

Es penoso comprobar cómo a menudo uno llega a confundir causa con efecto. Por ejemplo, hace ya de estos cuantos años, me había llamado la atención cierta cantidad un tanto excesiva de mosquitas que se veían rondando la puerta de mi apartamento. Se trataba de esas drosófilas o *drosophilla* o algo así, la llamada *mosquita del vinagre* o *mosquita de la fruta*, un bicho más bien inofensivo y por lo general poco molesto. La presencia de las mosquitas, reiterada, e incluso el progresivo crecimiento de su población, es uno de esos fenómenos que se van transformando en una fuente secreta de sufrimiento íntimo, nada más que porque el azar los situó en un lugar inadecuado, o en un momento inadecuado. Se da a veces con algunos problemas nocturnos como, por ejemplo, las almohadas. Una almohada, pongo por caso, no me deja dormir porque da mucho calor a la cabeza. «Mañana», pienso, «lo primero que hago al levantarme es comprar otra almohada». Pero al otro día me olvido, porque el que se despierta al otro día no es el mismo que se durmió por la noche; ha pasado toda una noche de actividad en la dimensión del sueño, ha vivido aventuras insospechadas de las que recuerda muy poco; cómo va (cómo voy) a recordar el problema de la almohada. Habitualmente pasan semanas de intenso sufrimiento a la hora de dormir, sin que en las viglias tenga la menor idea de lo que necesi-

riamente me espera a la noche. Es al apoyar la cabeza... ahí recuerdo, cuando ya no puedo hacer nada. Sí, algo puedo hacer, y finalmente es lo que hago: me convengo de que al otro día seré otro, y me dejó un mensaje escrito en un papel: «Cambiar de almohada», y asunto arreglado. Pero hay todo un largo proceso para llegar a esta sencilla solución, solo porque uno se resiste a admitir la idea de que puede ser otro.

El problema de las mosquitas se hizo difícil de resolver por varios motivos; uno de ellos, claro, era que no sabía cómo resolverlo. Pero, de los demás, el principal era su ubicación, no ya temporal, como la nocturna almohada, sino espacial o, mejor diría, psicoespacial, ya que se trata de un espacio que se asocia a una conducta, o a un modo de percepción, y aun los determina. Lo que progresivamente se fue transformando en una cortina de mosquitas estaba ubicado precisamente sobre un *umbral*, es decir, casi en ninguna parte. El umbral es un lugar de paso, lo que uno pisa cuando va hacia algún lado, o vuelve de algún lado. Siempre se tiene otra cosa en la mente. Por sí mismo casi no existe; nadie piensa: ahora tengo que ir al umbral. Por lo tanto, los problemas de umbral quedan casi infinitamente postergados.<sup>2</sup>

«A lo mejor es la lata de basura, lo que atrae a las mosquitas», pensaba, al atravesar la puerta rumbo a otros problemas. Yo sacaba la basura de noche, y la portera

<sup>2</sup> Al revisar este texto, me llama la atención el uso de la palabra *umbral*, y consulto el diccionario para asegurarme de que sea correcto. En realidad, debería decir *puerta*, que es el lugar que ocupaban las mosquitas, pero si digo *puerta* pienso en la puerta sólida, que también se llama así, y no en el hueco. Debería entonces decir *vano*, que quiere decir *hueco* y se usa para *puertas*, pero tampoco me convence, como no me convence *dintel*, que es la parte de arriba, opuesta al *umbral*.

pasaba de madrugada y vaciaba la lata en algún otro lado. Pero ese pensamiento no me tranquilizaba, porque los vecinos también sacaban sus latas de basura todas las noches, y yo no veía mosquitas más que en mi puerta. Además, las mosquitas estaban allí permanentemente, durante todo el día, hubiera o no hubiera basura.

Después de un tiempo, cuando era preciso apartar mosquitas a manotazos para entrar o salir, al mirar una vez hacia arriba descubrí una desprolija tela de araña, cerca de una lamparita eléctrica que yo tenía sobre el travesaño superior de la puerta. «Claro», pensé, «la cosa se complica. Es la ecología». Y pensé: «Tengo que sacar de allí esas mosquitas, porque se me va a llenar la casa de arañas».

Fue una amiga quien me mostró cuán equivocado era el rumbo de mi pensamiento; me lo hizo ver con toda sencillez e inocencia.

—Cuántas mosquitas —dijo, una tarde, al acercarse a la puerta. Miró hacia arriba, vio la tela, y agregó—: ¡Claro! Si tenés una araña.

Claro. Tenía una araña. Por eso venían las mosquitas, y había cada vez más mosquitas. Yo creía que las arañas simplemente hacían una tela en cualquier lugar que les pareciera apropiado, y esperaban, como los pescadores esperan a la orilla del agua. Pero evidentemente no es así: algo le pondrán a la tela para atraer a las víctimas; posiblemente, alguna mosquita que hayan conseguido, y que en lugar de comérsela (o lo que hagan las arañas con las moscas), la dejan viva, pegada a la tela, segregando hormonas para atraer al sexo opuesto. O algún truco parecido (si fuera una araña de dibujos animados, se disfrazaría, por ejemplo, de mosquita, con los labios

pintados, y cantaría con voz seductora alguna lenta canción de club nocturno y haría ondular las caderas).

Efectivamente, saqué la araña, saqué la tela, y la cortina de mosquitas desapareció.

*Este relato se llama «El secuestro de Ginebra» y la actual división en dos partes se debe solo a que es demasiado extenso para esta columna. Tal vez la mejor forma de leerlo sea esperar a tener el relato completo.*

#### Primera parte

Mi amiga Ginebra había sido secuestrada por unos maleantes, o al menos yo lo sospechaba de un modo tal que prácticamente era una certeza. Los maleantes eran por lo menos dos; si formaban parte de una organización mayor, cosa que era posible, yo lo ignoraba. Uno era claramente el jefe, un sujeto muy desagradable tanto por su aspecto como por sus maneras. El otro era mucho más corpulento y vestía siempre con ropas oscuras, y su apariencia era amenazadora; sin embargo, el más peligroso era el jefe; con el otro yo podría tal vez encontrar alguna remota fórmula de negociación, pero el jefe parecía por completo inaccesible. Mi angustia por el destino de Ginebra iba creciendo a cada momento, y me paseaba nerviosamente por las cercanías de la casa del jefe, donde sospechaba que la tenían prisionera. El otro andaba siempre vigilando por los alrededores, fuera de la casa, pero lo que menos esperaba era cualquier maniobra de mi parte, ya que mi aspecto es el de un hombre sedentario, completamente común, y él solo podía pensar en ataques de otras organizaciones delictivas o de la policía, y nunca de un particular de esos que pasaban azarosamente por el lugar. El barrio no era exactamente de tipo residencial, pero tampoco podía decirse que fuera un barrio pobre. Había casas antiguas, actualmente con un aspecto modesto,

que sin duda en el pasado habían sido mansiones. La casa del jefe ocupaba una esquina. Tenía un color gris, ese color gris de suciedad acumulada durante décadas, que ya no parece ser suciedad y pasa a ser un color, y la esquina era redondeada, como una ochava suavizada para intentar un aire majestuoso, impresión que tal vez en un tiempo hubiera conseguido. Aproveché una distracción del hombre vestido con ropas oscuras (a las que ahora había sumado un sombrero haciendo juego) y me introduje en la casa. No fue, de mi parte, ninguna proeza; no se trató de un movimiento rápido, ágil, silencioso, de quien se introduce clandestinamente en un mínimo descuido, sino que la distracción del hombre implicó su desaparición de la vista durante un lapso que podía calcularse lo suficientemente prolongado para darme tiempo a entrar con tranquilidad, con mi paso habitual, lento, pausado, de modo que si me descubrían no hubiera en mí más que el aire distraído de un hombre no muy inteligente, que cometió un error, o que si tenía alguna intención oculta esa intención era otra. Pero era inútil pensar en esas cosas, porque el jefe sabía quién era yo, y sabía de mi amistad con la muchacha secuestrada. Yo calculaba que a esa hora el jefe estaría durmiendo la siesta, y no me equivocaba. La casa se veía silenciosa, y pude entrar con facilidad y echar un vistazo al patio que aparecía inmediatamente después de abrirse una puerta vidriada, con vidrio esmerilado, que no permitía ver del interior más que algunos bultos imprecisos, sombras no significativas. Entré al patio y vi que se abría a varias piezas distintas, y aparentemente también a otro patio más amplio y con una claraboya, porque allí se veía una fuerte iluminación de apariencia natural; a la vista había una serie de puertas que estaban, algunas, abiertas; también había una puerta cerrada, y con llave, y me pareció que en ese

lugar era donde tenían oculta a Ginebra. No tuve oportunidad de ninguna otra acción, porque de pronto apareció el jefe, emergiendo de ese lugar que yo imaginaba que era un patio con claraboya. Traía cara de cansancio, los ojos enrojecidos como si no hubiera dormido lo suficiente, y tenía la ropa en un cierto desorden, propio de quien ha dormido la siesta sin desvestirse, y el cuello desabotonado y el pelo sin peinar. Me hizo ver que mi presencia lo había despertado, no le había permitido descansar en profundidad ni todo el tiempo que habría necesitado; no lo dijo con palabras, no dijo nada en realidad, pero toda su actitud denotaba disgusto, fastidio. Era como si me estuviera reprochando amargamente con palabras, pero no hablaba. Tampoco estaba quieto, sino que continuó su camino en dirección a otra pieza, y me hizo un gesto, y un movimiento del brazo y un hombro que significaban claramente que él se sentía muy molesto de que yo estuviera allí; que haría mejor en irme, porque él era un hombre peligroso, pero no quería hacerme daño en ese momento porque estaba en su casa y quería mantener su casa libre de sospechas; me decía con ese gesto que si quería buscar, que buscara, porque en la casa no había nadie y mi amiga Ginebra no estaba allí. No quería decir que él no tuviera nada que ver con el secuestro; al contrario; ese secuestro para él era simplemente uno de sus negocios, y yo significaba la molestia que significa para cualquiera que tenga entre manos un negocio que alguien se entrometa en su casa y busque perjudicarlo, de alguna manera, en su buena realización. Me hizo ver que yo había hecho mal en entrar allí, que yo no había pensado bien las cosas, porque un delincuente hábil y experimentado como él no traería jamás a su casa a la víctima de un secuestro. Yo entendí todo eso; le di la razón; pensé que me había equivocado, pero al mismo

tiempo sentí que mi acción había sido lo único a mi alcance, y que, por otra parte, si había logrado inquietar al jefe con mi presencia, era porque mi presencia era significativa, ya que él sabía que yo era amigo de Ginebra y que entre la gente ya se había corrido la voz de que Ginebra había desaparecido, presumiblemente secuestrada, y entonces mi presencia allí significaba que él se había hecho sospechoso, lo cual no calzaba en absoluto con sus planes, ni con sus aspiraciones, ni con su manera de encarar el delito. En cualquier caso, no obtuve en ese momento ningún resultado y era muy claro que debía irme de inmediato, aprovechando que el jefe no había reaccionado violentamente.

*(Finalizará en el próximo número.)*

*«El secuestro de Ginebra». Mi amiga Ginebra ha sido secuestrada, y yo entro a la casa del jefe de los maleantes pensando encontrarla allí. El jefe aparece y me hace entender que al entrar en su casa he cometido un error.*

### Segunda (y última) parte

Cuando el jefe completaba su acción atravesando la puerta hacia otra pieza, en forma simultánea el otro, el maleante de ropas oscuras, entraba a la casa por la puerta del frente. Este otro me condujo afuera, pero no por el mismo camino que yo había hecho al entrar, sino por unos lugares llenos de vueltas que llevaban al otro extremo de la casa, probablemente para hacer más discreta mi salida. Yo aproveché el largo recorrido para hablar con el maleante y tratar de convencerlo de que dieran marcha atrás con el secuestro; le expliqué que Ginebra era mi amiga, que yo la quería mucho, y que para mí era muy doloroso saber que en estos momentos ella se estaría sintiendo mal, y que esa acción de ellos era del todo injustificada. Pero obviamente mi razonamiento era inútil; el hombre escuchaba, y no respondía; no le importaba en absoluto lo que yo pudiera sentir, ni la calificación moral de sus acciones. Finalmente hicimos un breve viaje descendente en un ascensor, y me acompañó hasta la calle, sin brusquedad pero también sin ninguna clase de simpatía. Esa calle era completamente distinta a cualquiera de las dos que formaban la esquina, y la casa debía de ser muy grande para que sus fondos dieran a esta tercera calle tan distinta de las otras, tan diferenciada que parecía pertenecer a otra región. Era más bien una carretera muy amplia, y en

el medio tenía un ancho cantero con piso de tierra y pasto y muchas palmeras. Eché a andar por ese cantero, sintiendo un gran cansancio y una gran desorientación; ahora solo me quedaba una cosa por hacer, y era encontrar un edificio cuyas señas me habían dado tiempo atrás, porque yo no conocía a nadie en ese lugar y me sentía perdido en el mundo. Esas señas no eran muy precisas; más bien eran la descripción de un lugar, la descripción del edificio y de su entorno, y ese edificio estaba casi en el campo, en un paraje poco poblado. Se trataba de la sede de una comunidad religiosa, algo así como un convento, y yo sabía que tenía paredes de ladrillos y era muy antigua. En ese lugar encontraría gente dispuesta a ayudarme; y para llegar allí no podía hacer otra cosa que caminar y caminar, siguiendo el rumbo que me fijaba el cantero. Carecía de referencias objetivas; solo tenía la convicción de que el convento estaba en esa zona, pero nada más que porque la zona donde estaba el convento tenía, según me habían dicho, ciertas características similares, como las palmeras y el piso de tierra y el pasto, y las escasas edificaciones. Es cierto que por la carretera pasaban automóviles, pero para el esquema mental que yo tenía en ese momento, para la utilidad de la búsqueda que me ocupaba en ese momento, un automóvil no tenía ninguna significación, era como si perteneciera a otra dimensión de las cosas. Yo no podía hacer el intento de detener un coche y pedirle al conductor que me llevara a alguna parte, porque no sabía nombrar ese lugar adonde quería ir, y en un auto podría verme de un momento a otro lejos de esa zona —una zona con esas características que yo necesitaba para buscar el convento— sin saber cómo regresar a ella. Entonces solo debía caminar y estar atento a que la zona no cambiara, a que no aparecieran características diferentes, porque entonces sí,

tendría que cambiar el rumbo. Y seguí caminando durante mucho tiempo porque no podía hacer otra cosa; solo caminando podría llegar a ese convento donde me ayudarían, y allí podría descansar, podría recuperar fuerzas, y sobre todo podría compartir mi problema con otras personas, y tal vez entre todos halláramos una buena solución, aunque en ese momento yo ya no podía darme cuenta de qué cosa era que estaba tratando de solucionar, porque me sentía confuso y estaba cansado, muy cansado, y con pocas esperanzas de encontrar en un plazo razonable el edificio que buscaba, y sabía que tenía importantes problemas para resolver pero ni siquiera intentaba ver con claridad cuáles serían esos problemas.

Al fin vi a lo lejos una pared muy grande, antigua, de ladrillos, y reconocí el convento con todos los detalles que me habían dado; pero al mismo tiempo, a medida que me acercaba, tal vez por algo que se sentía en el aire, algo intangible pero convincente —como por ejemplo un silencio demasiado profundo, anormal—, yo iba adquiriendo la certidumbre de que había habido una lucha, de que toda la gente del convento había sido herida o muerta; supe que muchos estaban muertos, casi todos los que habían vivido allí, y que al llegar habría de encontrarme con dos o tres heridos, muy malheridos, y tendría que ocuparme de ellos, aunque poco o nada sería lo que yo pudiera hacer, ya que las heridas eran muy profundas y ellos habían perdido y seguían perdiendo mucha sangre.

Un hombre y una mujer están parados ante la vidriera de un comercio, con la mirada fija en la pantalla de un gran aparato de televisión. El hombre tiene el brazo izquierdo apoyado en los hombros de la mujer, con la mano izquierda oprimiéndole ligeramente el hombro. Al mismo tiempo, la mano derecha del hombre recorre, acariciando, el brazo izquierdo de ella, desde donde termina esa mano que oprime el hombro hasta llegar al codo.

Es verano, y el brazo está cubierto por la manga de una blusa negra, calada, muy fina, como de tul. Ella sonríe, pero no sé si por la caricia o por el programa que está viendo en la pantalla, o por las dos cosas, o por algo distinto. Me llama la atención el cuidado amoroso de esa caricia; es un movimiento pausado, como temeroso de causar daño, y algo, además del cuidado, evidencia un gran caudal de ternura; tal vez ese algo sea su carácter meditado, no mecánico, ya que la mano no se ve rígida sino que los dedos se mueven con gracia, y al final del recorrido la mano se levanta ligeramente y se despega del brazo que acaricia para comenzar de nuevo ese movimiento de descenso hasta el codo.

Pero algo anda mal. Lo pienso y llego a la conclusión de que para conseguir ese movimiento el brazo del hombre debería ser monstruosamente largo, ya que el hombre y la mujer no están frente a frente sino ambos frente a la vidriera, uno al lado del otro, y el brazo derecho del hombre

está bastante lejos del brazo izquierdo de la mujer. Eso me produce una especie de vértigo, casi de náusea. Imagino entonces una quinta mano, fantasma, que se ha materializado entre ellos dos para acariciarle el brazo a la mujer, y después imagino a un enano muy pequeño, pero con un brazo de tamaño normal, que la mujer podría llevar en un bolsillo, o en la cartera, y activar cuando siente necesidad de ser acariciada.

Al acercarme un poco más, descubro la verdad, y no sé si esta verdad es mejor o peor que mis fantasías: la mano que acaricia el brazo izquierdo de la mujer es la mano derecha de la propia mujer.

\*\*\*

«LATAS FRÍAS» dicen varios carteles en quioscos y puestos callejeros, a lo largo de la avenida. Sé de qué se trata, claro, pero no puedo dejar de pensar: «¿Puede haber algo menos atractivo que una lata fría?».

(Tal vez sí, pienso ahora; por ejemplo, un papel mojado.)

\*\*\*

Es de noche. La chica viene caminando enérgicamente, tan enérgicamente que su busto generoso sube y baja con un ritmo lleno de sugerencias. A uno se le ocurren muchas cosas. Y ella, para colmo, lleva una camiseta anaranjada que dice, en letras negras: «*Just do it!*» («¡Simplemente, hazlo!»).

un aroma lejano/ todavía sin nombre/ llega con insistencia/  
 hoy/ a este desierto  
 mis sentidos/ olvidados/ archivados/ secretamente vivos/  
 como mi sangre/ van despertando/ ahora  
 como en una primavera/ que aboliera distancias/ como en  
 una noche de verano/ caliente y sin sonidos/ como en  
 una estación de ferrocarril tras las montañas/ con un via-  
 jero único/ olvidado/ entre maletas polvorientas/ como  
 al abrir una caja antigua/ de una dama antigua  
 llega  
 despezándose/ desevolviéndose/ desarrollándose  
 lentamente  
 llega el llamado/ de una mujer sin nombre/ aún sin nombre/  
 tal vez aún sin cuerpo/ solamente  
 un aroma  
 que se desenvuelve/ partículas prensadas que se abren  
 moléculas cargadas de semillas  
 flotan  
 vuelan y flotan  
 llegan  
 me hieren el olfato  
 dulcemente  
 dulcemente  
 como una mujer/ amante/ que intentara despertarme/ dulce-  
 mente/ con una caricia/ porque siente deseos/ de mí

la vista/ el tacto/ el oído/ el gusto  
comienzan a retorcer sus músculos pequeños/ lombrices pe-  
queñas siempre bajo una tierra húmeda y oscura  
se despiertan/ reclaman  
mi cuerpo se endereza

(1974)

\*\*\*

Pienso:

«Un hombre mira la lluvia  
desde mi ventana».

Luego advierto  
que ese hombre soy yo.

(1997)

«No depondrás contra tu prójimo testimonio falso». Éxodo 20:16.

«¡Tu desnudez será descubierta y verán tus vergüenzas! Tomaré venganza y no me toparé con hombre alguno». Isaías 47:3.

«Porque si deliberadamente pecamos después de haber recibido el conocimiento, no queda ya sacrificio por los pecados, antes una pavorosa expectación del juicio y el ardor vengativo del fuego, dispuesto a devorar a los enemigos. En atropellando uno la ley de Moisés, sin compasión es llevado a la muerte sobre el dicho de dos o tres testigos. ¿De cuánto peor castigo pensáis será juzgado digno el que pisoteó al Hijo de Dios y consideró como profana la sangre de la alianza con que fue santificado, y ultrajó al Espíritu de la gracia? Pues conocéis al que dijo: *A mí me corresponde la venganza, yo daré a cada uno su merecido*». Hebreos 10:26-30.

Es de madrugada. Comienzo a pensar en irme a dormir, pero todavía me falta *chequear* el correo electrónico. A esa hora es fácil conseguir línea; me conecto. Veo bajar algunos mensajes, con la expectativa de siempre, un tanto infantil; claro que a esa hora difícilmente haya algo personal. En efecto, todos los mensajes son de *listas* (circulares, o boletines, que se envían periódicamente a suscriptores).



Por uno de estos mensajes me entero de que en cierta *página* de Internet se consigue gratis un pequeño programa, que puede defenderme de virus específicos del procesador de textos que uso. No abandono la idea de irme a dormir; pero primero buscaré la página de Internet y conseguiré el programita.

En esa página me detengo unos momentos a leer las especificaciones. Sí; el programa me interesa, y más todavía me interesa porque está escrito en un lenguaje que conozco bastante, y en el que a mí también me da por fabricar algunos programitas sencillos. Quiero ver el trabajo de un profesional, ya que el autor del programa se define como profesional; seguramente podré aprender unas cuantas cosas. También me detengo un momento a leer una curiosa advertencia: este programa, dice la advertencia, es gratuito para quien quiera utilizarlo, *excepto* para la empresa X (daba el nombre) y para cualquier persona relacionada con ella. «Curiosa advertencia», me digo mientras ejecuto la operación necesaria para que ese archivo se copie en mi computadora. Después me digo que ya puedo irme a dormir.

Pero no me voy a dormir. Ni siquiera miro la hora, que aparece en una fajita azul en el borde inferior derecho de la pantalla, y que muestra dramáticamente cómo corren los segundos, uno a uno. Me largo a *abrir* el programa; es decir, a dar los pasos necesarios para que exhiba, por así decirlo, sus entrañas. Me sorprende la presentación: encabezando un largo texto en inglés que contiene cantidad de instrucciones y recomendaciones, hay una fotografía, tipo carné: la imagen de una mujer. Y debajo, el autor dedica su programa: «A mi amada y amante esposa», dice, y agrega un nombre de pila.

Una suave brisa de horror comienza a circular en la cálida madrugada de verano. Todavía no es un soplo, ni una

mano de hielo que me toca la espalda; apenas un, digamos, susurro de horror. La mujer tiene algo raro. No podría decir qué es lo raro. La foto muestra solo la cabeza y el largo cuello de una mujer aparentemente joven, con una sonrisa apenas insinuada en los labios. Tiene cabellos largos. Mira hacia algo que podría estar muy lejos, o muy cerca. Podría ser una muñeca de cera. No es que sea fea. Es... rara.

Llevé la foto a un tamaño bastante mayor, y con el tamaño no apareció ningún detalle nuevo, pero aumentó la extrañeza que me producía, y que aún hoy, si vuelvo a mirarla, me produce. Hay algo en ese rostro que lo hace inolvidable.

Eché un vistazo a la escritura del programa y vi que podía aprender algunas cosas. Luego decidí hacerlo funcionar. Como suele suceder con los programas que uno consigue gratis, antes de comenzar la actuación propiamente dicha apareció una gran tarjeta con un mensaje del autor. Por lo común estos mensajes recuerdan al usuario que el autor sería muy feliz si uno le enviara tantos dólares, y que es un deber del usuario enviarlos, etcétera. Pero el autor de este programa no pedía nada. Solo deseaba contar su historia.

Entonces el horror se transformó en un dedo de hielo que me recorría la espina dorsal, a las cuatro, o las cinco de la madrugada, en el silencio de mi casa, y en el silencio de la ciudad, misteriosamente conjugado con esas fuerzas poderosas que me mantienen despierto por las madrugadas. Era una historia de dolor y de injusticia, narrada por una mente que ya no podrá volver a descansar, recorrida incesantemente por ideas de venganza.

Dice que la mujer de la foto fue atropellada por un camión y quedó inválida. Que el camionero fue encontrado

culpable. Que sin embargo el camionero y su empleador no solo se negaron a hacerse cargo de los gastos, sino que además les hicieron juicio a ellos (el autor del programa y su esposa) y les hicieron pagar a ellos, acusándolos de haber fingido el accidente.

Y se repite la interdicción para el uso de ese programa a la compañía x y empleados o personas relacionadas o dependientes así como a la casa matriz de la compañía, que está en Francia, y la compañía de seguros que puso a trabajar a su tropilla de abogados para defender al camionero culpable y a sus patronos.

Al pie de estos mensajes hay habitualmente un botón «ok» que permite pasar al uso del programa propiamente dicho, y otro botón «registrar», que conduce a la información de cómo enviarle el dinero al autor. En este mensaje no había al pie más que un largo, largo botón que decía: «Éxodo 20:16; Isaías 47:3; Hebreos 10:26-30» ————— y nada más.

Un amigo publicó un ensayo crítico que leí con gran interés; independientemente de si lo que se dice es acertado o no, o de si hace justicia o no a una obra, cuando el crítico es bueno construye estructuras de algún modo semejantes a novelas, o cuentos, que se dejan leer por el placer mismo de la lectura. Mi amigo es un buen crítico, y maneja con solvencia y precisión un rico lenguaje que no es meramente técnico. Pero en ese ensayo había una palabra que me producía algo parecido a una reacción alérgica.

«Hay una palabra (= una actitud) —le escribí, entonces, a mi amigo el crítico— que es como una piedra que encuentro a cada rato en el camino de la lectura de tu ensayo: la palabra realidad, que no dice nada y que parecería decir mucho. Tal como la empleás (y como se emplea por ejemplo en las citas que hacés de Ángel Rama), supone un conocimiento cabal del significado de la palabra, que a mi juicio más bien debiera sustituirse por las cosas tal cual las percibo, o lo que yo creo la verdad de las cosas.

El diccionario da vueltas como un perro que se persigue la cola: Realidad: “existencia real y efectiva”. Real: “que existe efectivamente”. Efectivo: “real y verdadero”. Vamos, vamos».

Pienso que debe de existir algún término que se pueda oponer legítimamente a *imaginación*, pero no se me ocurre

cuál es. Seguramente no es *realidad*, a pesar de lo extendido de su uso. Hay también quienes oponen *realidad* a *sueño*, siendo que lo opuesto a sueño es, por lógica, *vigilia*. El sueño tiene su realidad, su verdad que, aunque distinta de la realidad de la vigilia, no por ello es menos *real*, menos verdadera.

«No entiendo por qué ustedes oponen *realidad* a *imaginación*, como si la *imaginación* estuviera fuera de la *realidad*, o si lo que sucede en la mente o en el espíritu no tuviera existencia "real y efectiva", o fuera un ente "no verdadero", es decir, una mentira.

Creo que es la única palabra que manejas equivocadamente, o al menos ambiguamente, y esa falsa oposición con la imaginación crea importantes distorsiones del sentido en mucho de lo que comentás».

Yo creo que cuando alguien dice *realidad* está pensando, conscientemente o no, en una serie de parámetros muy concretos y definidos, pero no necesariamente los mismos en que piensan otras personas cuando dicen, u oyen decir, *realidad*. Creo que el término es poco compartible, salvo que se integre una especie de cofradía.

«Para algunos, la palabra *realidad* se asocia con dinero; para otros, con luchas políticas. En cualquier caso, se está tomando un paradigma o una escala de valores o, menos aun, una forma de percepción, como lo único existente, o como el Todo: LA realidad».

O bien yo no me expresé muy claramente —cosa probable porque ahora, al querer remitir estas inquietudes al

lector, le añado a mi carta estos trozos explicativos— o bien mi amigo el crítico leyó un poco apresuradamente lo que le escribí, ya que me contestó con una explicación poco satisfactoria; algo del tipo «bueno, cada uno se fabrica su propia realidad», etcétera, cosa que yo comparto y que no estaba en discusión. Le vuelvo a escribir, pensando ya en términos de una polémica:

«No me estás entendiendo. Lo que yo señalo es justamente el error de contraponer realidad e imaginación. La imaginación forma parte de la realidad, si entendemos la realidad como lo existente. Los productos de las operaciones de la imaginación también forman parte de la realidad, porque son existentes. Esa forma de dividir y oponer, realidad versus imaginación, da pie a que se formen bandos de quienes se ubican en la realidad, desde la cual juzgan a lo imaginario y lo analizan por medio de categorizaciones que se corresponden con patologías psiquiátricas. Se percibe esa diferencia entre realidad e imaginación como igual a verdad y mentira, o salud y enfermedad. Sin embargo, lo que relato en una novela no es mentira, sino que se corresponde con hechos, con sucesos interiores o interiorizados (percibidos desde la introspección), pero no por ello menos verdaderos (en cuanto a reales, o sea, existentes).

Paralelamente hay una verdad histórica, es decir, hay un relato de hechos aparentemente ocurridos no en la interioridad de un individuo sino en un ámbito social, que permiten una observación compartida por un grupo de personas; a esto se le suele llamar también realidad, aunque la verdad histórica es continuamente cuestionada por casi todos los que participaron en el suceso o lo observaron; cada relato suele diferir bastante de los otros, y la verdad histórica suele

reducirse a un denominador común que a veces es muy malo y deja fuera partes fundamentales de lo verdaderamente acaecido, que en definitiva nadie conoce. Esto vale tanto para los hechos lejanos en el tiempo como para los inmediatos. (Todas las semanas mi mujer y yo tenemos una sesión de terapia de pareja, donde la terapeuta recibe dos versiones diametralmente opuestas de un mismo hecho, a menudo lo suficientemente distintas como para anular lo que podría ser un perfil del hecho.) La realidad queda siempre en tinieblas.

No es posible situarse en la realidad y desde allí juzgar. Para el crítico que citás, la realidad es una realidad social que no tiene en cuenta la física contemporánea ni se interesa por el comportamiento paradójico de la luz, y de la materia-energía en general, ni muchas otras cosas existentes e incluso determinantes; y la suya es una realidad social armada desde el prejuicio ideológico, desde ciertas categorías de ideas preestablecidas.

Claro que no es solo cada autor, sino cada uno de nosotros en general, artista o no artista, quien se inventa su realidad; pero de los textos críticos no surge que esto sea así, sino que el crítico se sitúa y habla desde LA REALIDAD como si la conociera o, peor aún, como si fuera su único legítimo dueño».

Y he aquí que ahora mi amigo el crítico (que es, indudablemente, un caballero) comprendió lo que quería decirle y, para mi desilusión, no se inició entre nosotros ninguna polémica. Me escribió, simplemente: «ahora entendí; tenés razón».

## (I)

Uno de los problemas que más frecuentemente se plantean en esta ciudad al alejarnos de casa es la dificultad para encontrar un cuarto de baño apropiado cuando hace falta. En lo que me es personal, puedo citar el caso de aquella construcción amplia, de finalidad incierta, donde me encontraba observando desde una ventana interior un amplio espacio, una especie de patio cerrado; en el centro del patio, de piso con baldosas alternadamente blancas y negras, estaba parada una mujer que yo conocía, y que había desaparecido de mi vida hacía muchos años, aunque se conservaba tan joven como en la época en que la había conocido, o al menos tal era su apariencia, o mi percepción de su apariencia en esas condiciones de luz tan poco adecuadas para establecer afirmaciones rotundas. La mujer, o muchacha, se movió luego hacia una abertura amplia que había a sus espaldas, y se asomó a lo que imaginé un corredor. Un cartel, sobre la pared donde comenzaba ese presunto corredor, informaba que por allí se accedía al baño de caballeros. El dato me interesaba especialmente, ya que minutos atrás había decidido que, mal que me pesara en un lugar de ese tipo, debería ponerme en movimiento para buscar un baño, porque tenía una necesidad de orinar que poco a poco se iba haciendo insistente, y pensé que no demoraría mucho en volverse apremiante. Había un problema: el baño había sido ocupado por un niño pequeño, hacía ya largo rato, y el niño estaría muy probablemente

relacionado con esa mujer, que ahora se asomaba al corredor pensando, tal vez, como yo, que el niño estaba demorando demasiado. Para complicar la situación, también se había metido por ese corredor, aunque más recientemente, un hombre; se trataba de un hombre desagradable, de aspecto entre ruín y huido, aunque no puedo dar razones objetivas para fundamentar esta impresión. Tenía algo de esos delincuentes extranjeros que llegan huyendo de la policía de su país, y aquí rápidamente encuentran formas de fácil prosperidad, pero jamás abandonan del todo su condición y sus hábitos de delincuentes. Usaba un sombrero de esos que ya no se usan, con una banda de fieltro de color aceitunado rodeando la base de la copa. Se me ocurrió que la presencia simultánea de un hombre de ese tipo y del niño suponía cierto peligro para el niño; y esa suposición aparecía acentuada a cada momento que transcurría sin que el niño, ni el hombre, volvieran a aparecer. Era justificada la actitud de la mujer, que asomaba la cabeza hacia ese corredor, pero de todos modos no me parecía conveniente que una mujer se aventurara en dominios de baños para hombres, así que la llamé por la ventana y le dije que no se moviera del centro del patio. Al mismo tiempo me puse en marcha para investigar el asunto por mí mismo, aunque mi interés fundamental era, naturalmente, usar el cuarto de baño; en realidad me di cuenta de que yo no creía que el niño estuviera en peligro, y más bien había estado acumulando entre rencor y fastidio por su tardanza. Lo imaginaba entretenido en cualquier tontería que no tenía la menor relación con motivos para preocuparse.

Salí, pues, de la habitación donde me encontraba, que supuse una sala de espera, ya que el patio se correspondía con lo que podría ser la recepción de un viejo hospital, o sanatorio. En ese momento el lugar parecía desierto, salvo

por la presencia de la mujer y mi propia presencia, y estaba casi a oscuras; y en cierta forma creaba la impresión de un edificio público abandonado, impresión que suelen dar muchos de nuestros edificios públicos, incluso los que están en uso, especialmente si tienen relación con la salud. Me acerqué entonces a esa abertura que efectivamente daba acceso a un corredor; el corredor era mucho más largo de lo que yo hubiera imaginado. Yo había imaginado concretamente un pequeño corredor de cuatro o cinco metros de largo, que desembocaba directamente en un par de puertas de vaivén, de esas que por algún motivo se utilizan en los baños públicos y dejan a la vista la parte inferior de las piernas, y los pies, de quienes se sientan en su *watercloset*, o incluso una pared de azulejos blancos recorrida por un caño perforado del que fluye agua constantemente, al pie de la cual corre una canaleta también esmaltada y blanca, aunque con el tiempo el color blanco se pierde y, a pesar del flujo continuo del agua, el color y el olor de la orina van impregnando la pared de azulejos e incluso, por lo que respecta al olor, las otras paredes y el techo. En este caso, aunque tal vez fuera simple autosugestión, me parecía que todo ese corredor, tan largo, tan antiguo, tan mal iluminado y tan abandonado y solitario, estaba todo él impregnado de una humedad que rezumaban las paredes y despedía un ligero olor amoniacal. De cualquier manera, las cosas no eran como yo las había imaginado, y el corredor se prolongaba mucho más allá de esos pocos metros, y luego torcía hacia la derecha, ocultando de mi vista lo que serían los baños propiamente dichos. Aun así, antes de llegar a ese recodo yo confiaba en que el acceso a los baños sería ahora inmediato; pero también en esto estaba equivocado. Después del recodo el corredor se ampliaba, o más bien terminaba abruptamente, o se transformaba en un gran espacio no muy

bien determinado, como un galpón, o más exactamente como los fondos de algunos edificios dedicados a la atención del público, como pueden serlo los restaurantes o los mercados, un lugar donde se guardan las cosas de los empleados o los feriantes, donde están los refrigeradores, donde se deposita mercadería, dentro de espacios limitados por tejido de alambre, como de gallinero, con cajones cubiertos con lona verde en su interior; un lugar compartido, donde los lugares más pequeños que lo integran se van formando y creciendo como al azar, por imperio de necesidades cambiantes, sin un plan que determine una estructura racional. Así, me fui abriendo paso entre esas jaulas como gallineros, puertas cerradas con rejas o candados, rincones vacíos, e incluso ventanitas de acceso a otras habitaciones donde había luz eléctrica encendida y gente conversando. La gente estaba vestida de blanco, y se vivía ese clima especial que se crea con los intercambios apresurados de saludos e informaciones entre personas que comparten una tarea o un lugar de trabajo, cuando temprano por la mañana se encuentran al comenzar su jornada, de modo que me parecía muy inconveniente asomar la cabeza por esa ventanita y preguntar por los baños. Seguí buscando, bien a alguien a quien preguntar, bien los baños mismos, que no podían estar ya mucho más lejos, a menos que me hubiera perdido entre esos espacios y hubiera dejado sin registrar una parte de ese lugar inmenso, cosa bastante probable. Así, buscando, llegué a un lugar mucho más amplio aun, lleno de gente, y me pareció que ahora era mucho más sencillo preguntar.

Sin embargo, aquel lugar era demasiado grande. Yo no tenía otro camino hacia adelante que unas escaleras que parecían interminables, y tenían una perspectiva tan curiosa que no podría decir si subían o bajaban; en realidad, su-

bían, pero no de un modo constante, sino que eran más bien onduladas como médanos, lo que permitía ver a lo lejos y además hacía que esa subida fuese menos penosa; se podía transitar por allí como paseando. También se veía otra escalera, paralela, inmensa como esta pero probablemente un poco más angosta, por la que la gente bajaba sin lugar a dudas. El lugar parecía ser una terminal de ómnibus o ferrocarriles, y al mismo tiempo un gran mercado y al mismo tiempo otras cosas que no podía definir. Asombrosamente, tenía techo; un techo muy alto y oscuro. El lugar ocupaba fácilmente varias manzanas.

Yo seguí subiendo, es decir, caminando en dirección opuesta a la gente que bajaba. Esa gente cargaba bolsos y paquetes, pero no había nadie cerca de mí que llevara la misma dirección que yo; es decir, nadie a quien preguntar. Pensé en los que atendían los puestos del mercado, pero esos puestos estaban en otro sector, no accesible desde las escaleras. Allí, en las escaleras, solo se podía subir o bajar; no sabía dónde irían a desembocar estas que subían, y me imaginé que toda esa gente que bajaba no habría de terminar, toda, en aquel corredor con olor a amoniaco que me había traído hasta aquí pero, realmente, no era capaz de darme cuenta, por las distancias y por la forma de las escaleras, del lugar adonde se dirigían en realidad todas aquellas personas. Yo ahora buscaba una forma de acceder al mercado, porque seguramente la gente de los puestos me podría informar acerca de los baños, y además ellos mismos deberían necesitar los baños en todo ese tiempo que pasaban allí, de modo que, pensaba yo, los baños no podían encontrarse muy lejos de los puestos; los baños hacia los cuales yo me había dirigido al principio, o cualquier otro baño; me daba lo mismo, porque no

pensaba, ya, regresar forzosamente al lugar desde el que había partido.

Llegué a una especie de puente, por llamarlo de alguna manera. Era el acceso a una amplia explanada, más alta que el nivel del piso del mercado, pero al parecer desde allí podría accederse fácilmente a los puestos. En los bordes de esa explanada había cantidad de comercios pequeños, todos con sus puertas y sus vidrieras mirando hacia adentro del gran recinto, como en un moderno *shopping center*; solo que el lugar no tenía nada de moderno. Al igual que las escaleras, las paredes y el piso eran de una pesada y antigua textura de piedra, como si hubieran sido talladas en una montaña de roca marrón. La antigüedad estaba sugerida por pequeñas grietas que se veían en los bordes de algunos escalones, y en ciertos lugares de las paredes; sin embargo, el edificio en su conjunto parecía perfectamente sólido, sin rajaduras importantes ni grandes fallas. Tenía la majestuosidad de un templo. Cerca de mí, cuando estaba caminando por esa especie de puente hacia la explanada, oí una animada conversación entre dos hombres. En realidad, el que hablaba era principalmente uno de ellos, quien con un tono de voz más bien desagradable por la forma de martillar las palabras, le explicaba al otro que esa zona, durante la noche, se poblaba de prostitutas. Eso sucedía, al parecer, inmediatamente después de que los negocios cerraban sus puertas, a eso de las siete, o siete y media de la tarde; la hora exacta dependía un poco de la época del año, porque las prostitutas no aparecían nunca mientras hubiera luz natural. No alcancé a ver a los hombres, porque no seguían el mismo camino que yo ni llevaban la misma velocidad; yo caminaba mucho más lentamente. Alcancé a percibirlos como dos bultos oscuros que se desviaban hacia mi izquierda, mientras yo más bien

buscaba la forma de acceder a los puestos del mercado, a la derecha. Así, buscando, de pronto me encontré ante una pared desnuda, siempre de piedra, que formaba una especie de nicho, o más bien unos complicados ángulos en una esquina; lo cierto es que al tratar de encontrar en ese sitio alguna pista para acceder al mercado, me fui dando cuenta de que había hecho todo un camino bastante complejo que ahora no sabía cómo desandar; de alguna manera había cambiado de nivel, y ya no estaba dentro de aquel recinto grande como una montaña, sino en un espacio mucho más pequeño, similar a un balcón grande o una pequeña terraza de una casa de apartamentos. Y también el estilo de ese lugar era distinto; ya no podía hablarse de templo, ni compararlo con una gran estación de ferrocarril. Era un edificio más bien moderno, supuestamente en un piso superior del otro edificio, como un lugar reservado para la vivienda de empleados o funcionarios de ese otro edificio inmenso. Ese lugar era casi privado, aunque yo estaba del lado de afuera de la parte de vivienda propiamente dicha; me encontraba ante una puerta cerrada, con una cerradura tipo Yale, y a mi alrededor había formas difíciles de discernir, probablemente pasamanos de escaleras estrechas, como de caracol, o similares, unos pasamanos retorcidos, como si fueran formando lentamente la torsión de una hélice o de un tirabuzón; pensé en la cinta de Moebius.

## (II)

Me recosté contra uno de esos pasamanos retorcidos y miré hacia arriba; no era fácil ver el techo, por las muchas vueltas y esquinas que presentaban las paredes, e incluso por momentos se creaba la ilusión de que no había techo, o de que el techo era muy claro, como si tuviera una claraboya, porque la sensación que experimentaba era más de estar afuera que adentro; y sin embargo el lugar era cerrado y bastante estrecho, y además sin formas visibles de salida. Me parecía imposible no poder desandar el camino; yo no había hecho ningún movimiento extraordinario como para haber accedido a ese lugar del que parecía imposible volver atrás; solo había caminado un poco distraídamente.

No sé desde dónde, si salió de algún apartamento cuya puerta yo no tenía a la vista en ese momento, o si llegaba desde un lugar parecido al que yo venía de recorrer; lo cierto es que apareció un hombre que de inmediato se acercó a mí de una manera que podía considerarse amistosa. Era un hombre bastante mayor, al que sin embargo no correría a llamar *viejo*, especialmente porque tenía un aspecto dinámico y jovial, con una permanente sonrisa en los labios, aunque cabe señalar que la sonrisa no parecía muy sincera. Este hombre se dirigió a mí sin sorpresa, como si encontrara a alguien en mi situación fuera la cosa más natural del mundo, y comenzó a hablar fluidamente acerca del edificio y sus raras formas arquitectónicas, y muy especialmente acerca

de la persona que lo había ideado y había llevado adelante el proyecto de su construcción. Al parecer, esa persona era una mujer. Pronto me di cuenta de que este hombre era uno de esos individuos a quienes les agrada hablar mucho, hablar constantemente, y creen que sus palabras son muy interesantes para todo el mundo, sin detenerse a pensar en la oportunidad de sus discursos. Lo interrumpí para preguntarle dónde estaba la escalera.

—¿Escaleras? —preguntó a su vez, con expresión de sorpresa; de inmediato sonrió, como haciéndose cargo de que yo había llegado allí por alguna ruta poco legal—. No —dijo, divertido—, escaleras no hay —y pasó a explicarme un complicado sistema mediante el cual yo podría salir; para empezar, había que pararse encima de esa baranda retorcida, que estaba fabricada con algo parecido a aluminio esmaltado, algo liviano y elegante, de soporte metálico rígido pero no muy fuerte, y que al mismo tiempo por su forma no permitía ninguna base de sustentación confiable; después, con los brazos levantados, había que agarrarse con la punta de los dedos de unos salientes que se veían allá arriba, como pequeños aleros, y forzando al máximo los músculos ir elevando el cuerpo hasta alcanzar lo que parecía ser el techo del apartamento. Moví la cabeza negativamente, descartando con horror la idea. El hombre continuaba sonriendo jovialmente, y al ver que yo no intentaba ninguno de los movimientos que me había indicado retomó su discurso sin más trámite. Hablaba de aquella mujer con la reverencia y admiración con que se habla de los pioneros; evidentemente, el hombre era un adepto a esa figura, y con sus anécdotas trataba de crear una especie de leyenda. Contó que una vez ella fue capaz de importar de Escocia sesenta litros, o cajones, o toneles de whisky; en principio entendí que se trataba



de litros, pero luego me pareció que era una cantidad muy pequeña para que ese hombre lo señalara como un ejemplo de solución magnánima; al parecer, el whisky había servido para llevar adelante la construcción del edificio, no entendí bien, porque el hombre no lo dijo, si por haber sido utilizado para sobornar a los peones, o capataces, o responsables de la construcción material de la obra. El discurso daba la idea de una mujer con una gran visión de futuro y un gran empuje, capaz de llevar adelante un proyecto muy difícil, casi imposible, y a la vez necesario y generoso, importante para el país. Era un discurso típico de los momentos más pujantes de la era industrial, y este hombre parecía dedicar su vida y toda su energía a este tipo de panegíricos. Yo no veía manera de salir de allí y mi necesidad de un cuarto de baño se iba haciendo más urgente; imaginé que ese hombre iba a entrar en el apartamento junto a cuya puerta estábamos conversando, y que tal vez si yo me mostraba cortés y paciente con él, me dejaría usar su baño; pero en ese momento llegó un grupo de personas, sin que me percatara desde dónde. Eran tres, cuatro o más hombres de aspecto dinámico, más jóvenes que mi interlocutor, y tenían ropas claras, que incluso podrían confundirse con túnicas blancas; por lo menos el que encabezaba el grupo estaba vestido así, ya que a los otros no les presté mayor atención. Este hombre era alto, usaba lentes sin aros y tenía una cara más bien llena, aunque no redonda. El grupo podría pasar perfectamente por un conjunto de estudiantes de medicina haciendo la recorrida de las camas de un hospital junto a su profesor; en ese lugar, en cambio, pensé más bien en ingenieros, o gente de algún modo relacionada con la construcción, quizás porque era precisamente de este tema que trataba el discurso del otro hombre. Me dirigí de inmediato a quien

encarnaba ese rol de profesor y le pregunté por dónde habían llegado, pues yo tenía sumo interés en salir de allí y no encontraba las escaleras.

—Ah, no hay escaleras —dijo el hombre, sonriente, mirando a sus compañeros como si compartiera una ocurrencia. Todos, al parecer, lo festejaron—. Sí, a veces llega aquí gente que después no encuentra la manera de salir —y volvió a sonreír ampliamente.

A mí me resultaba de lo más perturbador haber llegado hasta ese lugar sin saber cómo. De pronto, a uno del grupo se le ocurrió decir:

—Pero hay un ascensor.

—¡Claro! —exclamó el de lentes, muy solícito—. Casi no se usa, pero anda perfectamente. Aquí está —agregó, señalando algo en una pared blanca que había frente a donde él estaba parado. Me acerqué y vi que, en efecto, allí había algo muy parecido a las rejillas de un ascensor antiguo; es decir, una puerta corrediza hecha de pequeñas varillas metálicas, pintadas de negro, trabadas de tal forma mediante remaches que al abrirse la puerta se disponen casi verticalmente todas, ocupando muy poco espacio; en cambio, al correrse la puerta en el sentido inverso, tienden hacia la horizontal, y hacen que la puerta cubra toda la abertura de la pared. Detrás de esta puerta enrejada podía verse un recinto oscuro que, supuse, sería la caja del ascensor.

—¡Apriete el botón, apriete el botón! —me urgió una voz, como para evitar que el ascensor fuera reclamado desde otro piso, mientras varios ayudaban en una tarea de adecuación. Evidentemente, el ascensor no se usaba muy a menudo. Tenía un candado, que fue abierto, y descubrieron la puerta. En el interior había objetos de madera,

como paneles barnizados, incluso un banco de escasa altura que corría todo a lo largo de la pared del fondo del ascensor, y algunos listones de madera, también barnizados; creí ver además papeles de diario que cubrían algunos sectores, como protegiéndolos del barniz que estuvieran aplicando. Las paredes de la caja del ascensor eran también de madera barnizada, vetada, y tenían espejos largos y angostos a los costados, pero no en el fondo. Me recordó esos objetos antiguos, como reliquias, que pueden encontrarse a veces en las casas de remate.

—Ya está —me dijo el hombre de lentes—. Suba nomás, que todo está bien.

Yo mostraba cierto recelo, y se me notaba, por lo que insistió, amable y firmemente.

—Suba, suba —decía—. No hay nada que temer. Marcha perfectamente.

Les di las gracias a todos ellos y entré a la caja del ascensor. Alguien cerró la puerta enrejada y yo cerré unas puertas interiores, de madera vidriada, que permitían ver hacia afuera, y sin necesidad de apretar ningún botón el aparato se puso en marcha. Arrancó lentamente, y en pocos instantes cobró una velocidad importante, que en cierto momento casi llegó a ser de caída; no logré ver gran cosa a través de los vidrios, apenas una impresión de pisos que iban quedando atrás, o arriba, en parte por la velocidad pero sobre todo porque la iluminación de esos pisos era demasiado pobre, o difusa, como para permitirme individualizar imágenes o al menos hacerme una idea de cómo eran esos ámbitos; y cuando empezaba a temer que el viaje se prolongara mucho más, y siempre a velocidad creciente, se sintió el accionar de unos frenos, suaves pero efectivos, que fueron reduciendo gradualmente la

velocidad hasta que el aparato se detuvo. Había llegado sin ningún problema a la planta baja, o donde quiera que fuera que me habían enviado. Salí del ascensor, pensando cómo debía dejarlo, si con las puertas abiertas o cerradas, y vi que en el suelo de la planta baja había más papeles de diario y más objetos de madera barnizados o en trámite de serlo; había además un tacho con barniz y un pincel. Miré alrededor pero no vi a nadie a quien preguntar qué hacer con el ascensor, y resolví cerrar las puertas, aun que me parecía que antes debía acomodar en su interior esos listones de madera que estaban sueltos sobre el piso. Finalmente me desentendí de estas cavilaciones, dejé el ascensor cerrado y salí de ese pequeño espacio, pensando que por una puerta que veía, bastante amplia, con marco de metal, accedería a aquel mercado y a sus cuartos de baño, pero me encontré en un espacio al aire libre, más amplio pero también reducido, que parecía corresponderse con los fondos de una casita. Se trataba de un jardín, con dos o tres árboles no muy frondosos, piso de tierra, y un cerco todo alrededor que me aislaba nuevamente de la calle; ante mí estaba la pared del fondo de la casita. Ahora no había duda posible: no tenía otra manera de salir de allí que entrando a la casa, por una puerta que veía en esa pared; la puerta tenía una cerradura tipo Yale. También se veía un par de ventanas, con los visillos echados. Mi necesidad de ir al baño ya era insoslayable; el mecanismo de entretener al que duerme para que no se despierte comenzó a dar muestras de estar perdiendo el dominio de la situación, ya que volvió a echar mano de aquel hombre insoportable que hacía discursos allá arriba. Apareció, sin que supiera desde dónde, y trató nuevamente de darme conversación, siempre con su aire muy amable y sonriente; pero

yo ya estaba alerta, me dije que las cosas habían llegado a punto insostenible, y logré despertarme.

*(Fin del relato.)*

Sentado a la puerta del hotel, en el balneario, caigo en la fascinación de los trabajos de una hormiga que se mueve cerca de mis pies. El piso es de pedregullo. Es un día de viento considerable. La hormiga carga con un trozo enorme de hoja verde, algo que es mucho más grande que ella. El viento la derriba a menudo, y a la hormiga le cuesta volver a pararse sobre sus patas y levantar la hoja y seguir avanzando. Es un esfuerzo titánico que, por otra parte, sé que no le resultará; lo sé porque me levanté pesadamente del asiento donde estaba tan cómodo y seguí el camino de hormigas, en el que por cierto otras hormigas vivían fatigas similares, aunque con distintos grados, y vi que se extendía hasta muy lejos, hasta quién sabe dónde. Debía incluso atravesarse un túnel de rígidas matas de pasto donde fatalmente se engancharon y quedaban detenidos trocitos de hojas aún más pesados que aquel de mi hormiga. De cualquier manera, el hormiguero sabe cómo regular esas cosas, y lo que no consiga de un modo lo conseguirá de otro. Al hormiguero no le importa la hormiga; puede sacrificar cualquier cantidad de esos estrúpidos individuos que solo saben cumplir órdenes, morder el trozo que le han destinado y llevarlo hasta donde puedan, mientras les quede aliento —igual que nosotros.

Desde el mismo cómodo sillón, en el porche del hotel, sorprendo un movimiento particular, muy leve, en un seto

cuidadosamente podado en forma de muro que corre a unos cuantos metros de la fachada del edificio. El movimiento era como el aleteo de una mariposa o, para ser más preciso, como el único movimiento de las alas al plegarse. Tal vez el movimiento me llamó la atención solo porque no seguía la dirección del viento, que soplaba hacia mi derecha. Pero no pude distinguir ninguna mariposa.

Al rato, vuelvo a captar un movimiento parecido. Me obligo a un registro minucioso, siempre a la distancia, forzando la vista, y me parece distinguir la forma de una mariposa, grande y oscura pero no negra como esas mariposas nocturnas que suelen confundirse con murciélagos; su color era apenas un poco más oscuro que el verde de las hojas del seto. Y tal vez fuera simplemente una hoja, o un grupo de hojas, que a la distancia, por alguna razón, se veían distintas. O un objeto cualquiera, o un capricho de mi imaginación. Porque si realmente fuera una mariposa tendría que haber levantado vuelo, en busca de un lugar mejor; allí había un viento molesto, no estaba protegida, no tenía nada que hacer allí.

Hubo, al rato, un nuevo aleteo, y no pude más con la curiosidad. Dejé con pereza el asiento y caminé sobre pedregullo y después sobre césped, hasta llegar junto al seto. Y allí estaba. Una mariposa rara —al menos, rara para mí—, con un delicado, complejo, delicioso dibujo en las alas; de inmediato se me asoció ese dibujo con motivos persas, no sé bien la razón; algo que hubiera visto en algún libro, o en alguna película. Creí comprender que la mariposa era vieja, muy vieja. Estaba aferrada a ese lugar azotado por el viento, y era el viento lo que la obligaba a veces a mover las alas, porque probablemente no podía volar: una de las alas tenía un pequeño desgarrón y eso le debilitaría tanto la fuerza

como la capacidad de orientación del vuelo. Pero había algo más que hablaba de vejez; los tonos del laborioso dibujo daban la impresión de haber sido opacados por el tiempo, ya que era el tipo de dibujo y el tipo de color que exigen brillo. Y vi también una extrema vellosidad en el cuerpo y la cabeza del insecto, que me lo hizo imaginar como un anciano de barba. El conjunto imponía respeto. Lo sentí como un cansado mensajero que llegara desde muy lejos; como si hubiera traído un mensaje para mí, y yo lo hubiera recibido. Aunque no supiera traducirlo. No hacía falta traducirlo.

Por un instante tuve el impulso infantil de atraparla y guardarla en una caja. Pero en seguida pensé: que muera en libertad. Y la dejé, aferrada a una ramita del seto. Al otro día ya no estaba allí. La busqué durante unos minutos por los alrededores, pero ya no estaba.

Por la tarde, una tarde ventosa y gris, fuimos en auto y quedamos estacionados sobre un montículo desde donde, a no mucha distancia, se veía el mar embravecido. Es lindo observar la violencia de los elementos desde un lugar protegido. Dejé perder la vista, ávida de horizonte después de tanta pantalla de computadora, hasta que de pronto me pareció ver algo imposible: algo como una hormiga que llevaba una hoja verde más alta que ella, pero en el mar. «Wind surf», dijo mi mujer, que también lo había visto. Sí, un hombre, aparentemente sin que ningún poder superior se lo hubiera ordenado, repetía la historia de la hormiga, y para peor en el agua. La vela verde era continuamente azotada por el viento y a veces con tal fuerza que derribaba al surfista. Él se reponía, se organizaba, volvía a armar trabajosamente todo el aparato. Después el viento lo volvía a derribar, y él volvía a reconstruir el sistema. Y después el

viento lo derribó otra vez, pero no se le vio reaparecer. «¿Y ahora qué hacemos?» No había nada que hacer; aunque hubiéramos tenido los medios y hubiéramos sabido a quién avisar, nadie podría haber llegado a tiempo para salvarlo. Y el tiempo pasaba, del modo que suele pasar en esos casos; la angustia suele estirar al tiempo como un chicle; imposible tener una medida. Más de un minuto, creo yo. Bastante más. Pero no cronometré, no miré el reloj; estaba pendiente de la falta de sucesos en ese lugar donde había visto hundirse al hombre y a todo su equipaje, y tenía un sentimiento de total irrealidad: yo no podría haber sido testigo de tanta estúpida tragedia. Y allá surgió de pronto la cabeza. Y luego la tabla, y luego la vela. Y aquel aparato volvió a ser armado con mucho esfuerzo. Y heroicamente la hormiga siguió su camino.

Coincidí durante unas horas, en una casa donde estaba de visita, con un viejo médico, recién casado no sé en qué nupcias con una obesa dama un tanto más joven que él. El médico tenía un fuerte acento extranjero, y hablaba mucho, y con fuerza y convicción. Me pareció que le gustaba presumir ante su flamante esposa, mediante una actitud didáctica, más bien pedante, y me pareció también que la dama se aburría de un modo atroz, porque los temas tratados no eran precisamente lo que más podrían despertar su interés. Sin embargo, ella lo miraba con una expresión que intentaba ser de arrobamiento, es decir con la expresión que ella suponía que él esperaba ver en ella; pero la delataban los ojos, opacos, muertos, sin ninguna chispa de interés, alegría o vivacidad. Imaginé que ella estaría calculando mentalmente cuánto faltaría para la cena, cuánto para irse a dormir, cuánto para verse libre de la fatigosa charla.

Yo fui una víctima indirecta de la situación, ya que me tocó oír una parte de la conferencia con todo detalle.

—Los hombres, cuando se afeitan, siempre se hacen algún pequeño corte —pontificaba el médico, en el mismo volumen y con el mismo tono de voz que emplearía un profesor frente a una clase de cuarenta alumnos—. Para evitar infecciones, basta con tener a mano un frasco con alcohol yodoado y un poco de algodón. Se moja el algodón en el alcohol

yodado y se aplica sobre el corte durante un segundo, y ya no corre más riesgo de infectarse.

Creo que fue el ademán que hizo, en el momento de decir «se aplica»: fue realmente un ademán teatral, efectista y eficaz, convincente; me pareció que estaba viendo el frasco con alcohol yodado, y el algodón entre los dedos del doctor; con qué facilidad volcaba un poco de alcohol sobre el algodón, inclinándolo apenas el frasco, y con qué rapidez llevaba el algodón a la mejilla. Creo que dijo algo así como «zas», o su equivalente en algún idioma centroeuropeo, a continuación de la palabra «aplica» y en el momento de llevarse a la mejilla el algodón imaginario. La mujer lo miraba con ojos bovinos. Y a mí me quedó la lección impresa para siempre; desde aquel momento, tengo siempre un frasco con alcohol yodado en el botiquín, y cada vez que me hago un corte, zas, me aplico el algodón con alcohol yodado. Si no lo hago pienso que fatalmente el corte se me infectará, y que después lamentaré no haber apelado a un procedimiento tan sencillo. Y lo peor de todo: me acuerdo del médico, de su mujer, de la cara de cada uno, de la voz de él, de su arrogancia y de todo aquel momento. Por eso siempre pongo el máximo de cuidado para tratar de no cortarme, pero eso ya significa que de alguna manera secreta estoy pensando en él, estoy temiendo cortarme porque no quiero volver a recordarlo una vez más. Creo que la única solución sería dejarme la barba. No, tampoco eso; cada vez que me vea de barba en el espejo, recordaré cuál fue la causa de mi decisión de no volver a afeitarme. Nada que hacer; deberé convivir con esa reiterada presencia de un hombre que murió hace muchos años.

\*\*\*

Reflexión en una tarde lluviosa: la intolerancia hacia las formas de pensamiento que difieren de la propia, no deja de ser un homenaje hacia esas formas de pensamiento, por parte de quien sabe, íntimamente, que está equivocado. Dicho con otras palabras: quien te da con un palo en la cabeza porque expresaste una opinión, está reconociendo que la razón está de tu parte.

Desde luego, eso no quiere decir que *realmente* tengas razón; solo quiere decir que eso es lo que cree en el fondo de su alma quien te da con el palo.

Hace tiempo, por suerte, que no me visita; pero sé, íntimamente, que no debe de faltar mucho para la próxima. Es una vieja horrible, espantosa, que me produce un pavor indecible. La veo cruzar la calle, desde mi ventana en el primer piso de aquel apartamento que ocupé durante tantos años en la calle Soriano. La veo y veo que levanta la cabeza y me mira —es a mí a quien busca— y trato de levantar todas las barreras posibles para impedir que llegue: cierro las persianas, cierro la ventana, pongo una cadena en la puerta, y me quedo allí aterrado, palpitante, hasta que me despierto sudando.

Bueno, en realidad fue así la primera vez, hará unos quince años, tal vez no tanto. La segunda vez fue un poco diferente, apenas diferente, pero lo suficiente como para hacerme pensar. La vieja seguía siendo horrible, pero no tan horrible; yo seguía teniéndole miedo, pero no tanto miedo, e incluso junto con el miedo había mezclado otro sentimiento, algo parecido a la piedad, como si dijera «pobre vieja». Volví a rechazarla, y volví a despertarme inquieto, pero ya no sudando ni con palpitaciones, sino con una gran profundidad vacía de pensamiento, un gran signo de interrogación.

¿Cómo será la próxima vez? ¿Llegará a parecerme una mujer hermosa? ¿O la piedad será tan grande como para dialogar con ella aunque siga siendo horrible? ¿Dejaré que me lleve? ¿En esta próxima aparición, o en la siguiente, o en alguna otra más distante en el tiempo?

\*\*\*

«¡Soy demasiado joven para morir!», «¡Soy demasiado bueno para morir!» pensaba, muy triste, el perro Snoopy; su casilla estaba amenazada por un enorme carámbano, estalactita de hielo que podía desprenderse en cualquier momento, mientras Charlie Brown y Linus le gritaban que saliera de allí, que corriera. El pobre Snoopy estaba demasiado aterrado para moverse. Y su siguiente reflexión era: «¡Soy demasiado yo para morir!». Y ese es el asunto: el yo. El yo es lo único que muere, el yo es esa ficción utilitaria que el ser humano necesitó crear para sobrevivir. Pero el ser no muere —ese ser que es ácido nucleico, y que es mis padres y mis hijos y mis amigos y todos los perros y todas las hormigas y todas las plantas y... Y detrás de ese mar de ácido nucleico hay todavía una voluntad, la voluntad de vivir que lo creó, y con unos pocos elementos y mucha paciencia esa voluntad puede volver a construir la vida allí donde desaparezca. El problema de la muerte es el problema del yo. Por eso, quizás, como cada vez se quiere poner mayor distancia con la idea de la muerte, y nos quieren hacer vivir olvidados de la muerte, y nos quieren prolongar la juventud y que luego desaparezcamos limpiamente sin que los demás se enteren demasiado de los detalles... por eso tal vez aceptamos ser masificados por la publicidad, por los líderes, por las formas infinitas del trance y del olvido de la vida que nos ofrecen, cada día más, esos oscuros organizadores de nuestra esclavitud.

Cuando llega la hora de morir, si nuestro yo está disuelto previamente, no hay muerte. Podemos disolverlo voluntariamente, por medio de una sabiduría que ciertos trabajos permiten alcanzar; disolverlo y crearlo voluntariamente, como se carga un programa en la computadora

a partir de unos archivos sueltos. También podemos hacer como la mayoría, y dejar que otros disuelvan nuestro yo a su antojo mientras, de paso, destruyen sus pilas de moneditas; lástima que de esa forma habremos pasado vanamente, sin haber siquiera atinado a soñar con nuestro real, positivo, verdadero Ser.

**Posdata:** Snoopy se salvó porque Charlie Brown le hizo llegar hasta la casilla el aroma de una pizza recién hecha, su comida favorita, y la gula se impuso al terror y Snoopy salió corriendo hacia la pizza un instante antes de que el carambano cayera y partiera la casilla en dos.

Una vez recibí una carta de un amigo, prestigioso profesor de matemáticas que vive en Brasil, instándome a colaborar con «una obra de bien». Era en realidad una *cadena*, esa especie de carta de la que uno debe hacer un montón de copias y enviarlas a otras tantas personas para crear un alud de correspondencia. En este caso se trataba de un niño llamado Craig, enfermo de cáncer, quien tenía la ilusión de ver su nombre en la Enciclopedia Guinness de los Récords por el mérito de haber recibido más cantidad de cartas que nadie en el mundo. No solo había que copiar la cadena, sino también escribirle un mensaje personal a Craig. La carta de mi amigo, o sea, la cadena, venía prestigiada además por una montaña de firmas de gente respetable, y se respaldaban unos a otros como garantía de seriedad. Debo decir que el caso me tocó el corazón, y escribí a Craig, diciéndole no sé qué estupidez, y gracias a mi máquina de escribir electrónica lo de las veinte copias resultó fácil. Fue un poco más difícil elegir los candidatos, ya que deseaba hacer las cosas bien y enviarlas solo a personas confiables, que continuaran la cadena y permitieran que el pobre Craig se fuera al Más Allá envuelto en un hábito de gloria.

Pasaron muchos años, y ya en época del correo electrónico me vengo enterar por uno de los más famosos *nerds* de Internet, Patrick Douglas Crispen, que el tal Craig alcanzó su meta de figurar en la Enciclopedia Guinness, que no



murió, que se curó del cáncer, que creció y es ahora un hombre, y que su dirección postal sigue tapada de cartas. Y las cartas siguen llegando. Porque cuando uno empieza una cadena, no sabe dónde, ni cómo, ni cuándo podrá terminar—si es que este tipo de cosas tiene fin—. Al parecer, y a pesar de distintas medidas tomadas por el correo norteamericano, este problema en particular sigue vigente para desesperación de muchos, entre ellos, algunos empleados del correo, y el propio Craig.

Y el problema en general se multiplica ahora, con la facilidad del correo electrónico, porque esa progresión geométrica de correspondencia corre casi a la velocidad de la luz. Es inimaginable la cantidad de correo inútil que va dando varias veces la vuelta al mundo, desde el momento en que un gracioso pone en marcha el mecanismo. Está bien, yo caí una vez con Craig. Pero si se piensa un instante, el caso de esta niñita cancerosa ávida de correo electrónico no debería tener mucha chance de prosperar:

JESSICA MYDEK IS SEVEN YEARS OLD AND IS SUFFERING FROM AN ACUTE AND VERY RARE CASE OF CEREBRAL CARCINOMA. THIS CONDITION CAUSES SEVERE MALIGNANT BRAIN TUMORS AND IS A TERMINAL ILLNESS. (...) THE AMERICAN CANCER SOCIETY AND SEVERAL CORPORATE SPONSORS HAVE AGREED TO DONATE THREE CENTS TOWARD CONTINUING CANCER RESEARCH FOR EVERY NEW PERSON THAT GETS FORWARDED THIS MESSAGE. PLEASE GIVE JESSICA AND ALL CANCER VICTIMS A CHANCE.

Y sin embargo, con este mensaje se han comprometido personas serias y bien intencionadas, incluso algunos amigos a quienes respeto por su inteligencia. Esta cadena dice,

entre otras cosas, que por cada nuevo envío, la American Cancer Society y una serie de instituciones no determinadas donarán 3 centavos de dólar. ¿Por qué alguien habría de hacer eso? ¿A quién le interesa que el correo electrónico se congestione con el tráfico demencial de mensajes? ¿Quién es capaz de donar 3 centavos multiplicados por un número incierto y a cada rato más grande? ¿Quién podría además llevar la cuenta, y cómo? Es un completo absurdo. Le escribí al experto Crispen, quien ya conocía esta cadena, y me respondió, entre otras cosas, que además la American Cancer Society no *hace* donaciones, sino todo lo contrario: *recibe* donaciones para poder seguir investigando.

Y hay todavía algunos absurdos mayores, como este que también llegó a mi casilla de correo electrónico:

PARA TI BESA A ALGUIEN QUE AMES CUANDO RECIBAS ESTA CARTA Y HARAS MAGIA CON AMOR TODO ES POSIBLE. ESTA CARTA HA SIDO ENVIADA PARA TU BUENA SUERTE. LA CARTA ORIGINAL ESTA EN NUEVA INGLATERRA. HA DADO LA VUELTA AL MUNDO NUEVE VECES. AHORA LA SUERTE TE HA LLEGADO. RECIBIRAS TU GOLPE DE BUENA SUERTE DENTRO DE CUATRO DIAS SIGUIENTES DE HABER RECIBIDO ESTA Y TU OBLIGACION EN RESPUESTA A ELLO SERA ENVIARLE TU SUERTE A OTROS. ESTO NO ES BROMA. NO ENVIES DINERO, PUES LAS BUENAS INTENCIONES NO TIENEN PRECIO. NO MANTENGAS ESTA CARTA EN TU PODER . DEBE DEJAR TUS MANOS EN MENOS DE 96 HORAS A PARTIR DEL MOMENTO EN QUE LA RECIBAS. UN OFICIAL DE DAN AM. RECIBIO 170 MILLONES DE DOLARES LUEGO DE HABER ENVIADO LAS COPIAS A SUS AMIGOS. LOS ELIOS, RECIBIO 70 MILLONES Y LOS PERDIO POR HABER ROTO LA CADENA, MIENTRAS QUE EN FILIPINAS, CANA KALSH PERDIO A SU ESPOSA LUEGO DE UNA ENFERMEAD DE 6 DIAS A CONTAR

DESDE EL DIA QUE RECIBIO LA CARTA, FALLO EN HACER CIRCULAR ESTA CARTA ENTRE OTROS, PERO ANTES DE SU MUERTE RECIBIO 7 MILLONES DE DOLARES. POR FAVOR, ENVIA 20 COPIAS Y VE QUE OCURRE DENTRO DE LOS PRIMEROS CUATRO DIAS (... etcétera).

Algunos seres humanos fueron capaces de crear prodigios como la computadora, como el correo electrónico, como Internet. Otros siguen pensando que unas líneas escritas por un débil mental pueden ser la causa de su fortuna o de su desgracia, y se apresuran a hacer circular versiones multiplicadas de semejante basura. Es un mundo extraño, este.

\*\*\*

Pensamiento en una madrugada invernal: a veces siento que mi computadora me desprecia.

Mi amigo había vivido muchas experiencias de tipo paranormal, y estoy seguro de que me leyó la mente cantada de veces; esto, al contrario de lo que la mayoría de la gente cree y espera, no implica ningún poder especial sino más bien, en casi todos los casos, alguna clase de debilidad, ya que esos fenómenos se dan a expensas del yo. Pero voy al hecho de que mi amigo, con esas experiencias, se había vuelto muy sugestionable y crédulo, y muy entusiasta de lo maravilloso y lo inexplicable.

Hace unos cuantos años, este amigo me visitaba con frecuencia por las tardes; tomábamos mate, fumábamos y charlábamos. Más bien el que charlaba era él; era un gran conversador y siempre tenía alguna historia interesante, y si no era interesante la hacía aparecer interesante por el modo de contarla. A veces llegaba a una hora apropiada para el té y entonces lo invitaba con té, pan tostado y queso. Como yo era muy pobre, él siempre insistía en comer la cáscara del queso, diciendo que era lo que más le gustaba, y lo mismo con alguna tostada que se quemara.

Después de un tiempo fui advirtiendo que su presencia en mi casa a la hora del té se hacía cada vez más frecuente, como si viniera expresamente para eso. Esa presencia no implicaba ningún gasto extra importante, ya que además del hecho de que él no era exigente con las tostadas y el queso, por mi parte ponía un montoncito de un té barato en

un coladorcito metálico y después echaba agua hirviendo en la taza, a través del colador; nada de sobrecitos ni de otros lujos. Y si había segundas y terceras tazas, salían siempre del mismo puñadito de té.

—¿Cómo lo querés? —le preguntaba, o le habré preguntado la primera vez, porque de ahí en adelante era siempre él quien sacaba el tema.

—Para mí, bien cargado —decía, y se quedaba mirando fijamente la taza. Yo prefería el té bien liviano, casi incoloro. Le servía entonces su taza de té bien cargado, echando el agua por el pico de una caldera que había calentado sobre un viejo primus, me servía mi taza de té bien liviano, y seguía escuchando sus historias.

Empecé a notarle una mirada rara, entre burlesca y desafiante, y a veces lo oía murmurar cosas que yo no lograba entender bien, algo acerca de un truco, pero nunca decía nada claramente porque, después supe, estaba acechando, quería sorprenderme, aunque a veces la frustración lo obligaba a casi delatarse con esos refunfuños. Después yo no me acordaba de aquella conducta extraña y nunca me había detenido a tratar de entenderla, hasta que un día no pudo más y estalló:

—¡Basta! ¡Me doy por vencido! —gritaba—. ¡Hace noches que no duermo! ¡Decime por favor cómo lo hacés, o me vuelvo loco!

—¿Cómo hago qué? —pregunté, con el mayor asombro. No se me ocurría ningún motivo para aquel estallido.

—¡Cómo hacés con el té!

—No entiendo.

Al final conseguí que se calmara y me explicara las cosas detalladamente: él me pedía té cargado, y yo le servía té car-

gado. A mí me gustaba claro, y me lo servía claro. Si él pedía otra taza, se lo volvía a servir bien cargado. Y siempre pasaba por el mismo colador el agua de la misma caldera. ¿Por qué para él salía cargado, y para mí salía clarito? Bien podía ver él que yo no tenía nada oculto en las mangas, arremangadas hasta el codo, y había revisado varias veces la caldera cuando yo estaba distraído; y había revisado las tazas, y todo parecía normal e inofensivo. Venía casi diariamente siempre con la esperanza de descubrir el truco; porque tenía que haber un truco; era imposible que la misma agua y el mismo té dieran resultados tan diferentes, y a pedido.

Bueno, era algo que yo hacía en forma automática, y no creo que siquiera lo hubiera pensado alguna vez. ¿Té bien cargado? Sencillamente, hacía que el chorro de agua mojara todas las hojas de té. ¿Té bien liviano? Un chorro finito que pasara siempre por el mismo sitio, tocando apenas unas pocas hojas. Nunca se me habría ocurrido pensar que por eso alguien pudiera perder el sueño.



### 1. Mi amigo el ratón Mouse

Allí estaba el ratón Mouse, muy quieto, mirándome fijamente desde el medio del living.

En realidad no estaba muy quieto, sino que breves temblores recorrían de tanto en tanto su frágil cuerpecillo y le hacían oscilar los largos bigotes.

Es raro el ratón Mouse, es misterioso. No es, por así decirlo, un verdadero ratón, aunque me pregunto qué es lo que queremos decir exactamente cuando decimos *un verdadero ratón*.

El ratón Mouse es mi amigo y yo no debería hacer estas reflexiones, o por lo menos no debería compartirlas; si él se enterara, seguramente se sentiría muy mal, porque se ve claramente que él es de aquellos que aceptan con toda naturalidad a sus amigos y no se les ocurre reflexionar sobre ellos y menos que menos cuestionarlos.

Sin embargo, no creo que pueda decirse que yo lo estoy cuestionando; simplemente he dicho que es raro, que me resulta misterioso.

Después de todo, ¿qué cosa no es rara, qué cosa no es misteriosa? ¿De qué cosa podemos decir sin temor a equivocarnos: «yo esto lo conozco»? El hecho de que el ratón Mouse no se parezca a ningún otro ratón no me da derecho a pensar en el ratón Mouse como en una especie de rareza o monstruosidad. ¿Qué es ser ratón? ¿Por qué ratón, y no oso, o culebra? ¿Qué fue lo que decidió que el ratón Mouse fuera el ratón Mouse, que un ratón fuera un ratón? Vuelvo a preguntarme: ¿qué es ser ratón? Con esto quiero decir: ¿por qué la Vida eligió tantas múltiples formas de manifestarse? ¿Por qué precisamente un ratón? ¿Por qué no es todo osos? Múltiples osos, todos iguales entre sí, o bien un solo oso que ocupe el cosmos. ¿Qué fuerza especial de voluntad o de deseo, qué impulso innominado y remoto llevó a esas formas plurales de la Vida y, entre ellas, a la forma ratón?

Y entre todas las formas ratón, el ratón Mouse, mi amigo.

O:  
—En la puerta hay un niño con bigote postizo.

O, simplemente:

—Una escalera blanca y una escalera azul.

Es mi forma de promocionar el surrealismo en un mundo muy apegado al sentido común. Todavía no he llegado a conocer una mayor belleza que la del absurdo.

Cuando más tarde mi amigo recuerda estas intervenciones mías, lo hace con una expresión de asombro infinito.

—Este tipo... —le cuenta a la madre, con un desconcierto que no llega a ser otra cosa, ni siquiera fastidio; más bien parece una preocupación por mí, por mi salud—. Hoy me dijo algo, no sé qué de un árbol que apareció en la cocina...

—Un ombú —le recuerdo.

\*\*\*

Me doy cuenta de que vivo en el tiempo como en una prisión, y muchas, casi todas las cosas que hago, las hago para tratar de engañar al tiempo, o para no darme cuenta de que no lo puedo engañar. Hago programitas en la computadora, y en su mayoría tienen relación con el tiempo: almanagues, alarmas que suenan avisando que debo pagar alguna cuenta que está por vencerse o avisos de que he estado demasiado tiempo frente a la pantalla.

Borges lo decía de un modo perfecto:

«El tiempo es la sustancia de que estoy hecho. El tiempo es un río que me arrebata, pero yo soy el río; es un tigre que

—Ya llegaron los escoceses. Trajeron las gaitas. ¿Qué les digo?

Estoy parado en la puerta del cuarto de mi amigo Juan; alguna que otra vez, muy de vez en cuando, me despierto antes que él. La madre probablemente ha intentado hoy despertarlo sin mayor éxito. Yo no intento despertarlo, sino hacer que aproveche poéticamente su sueño.

Él trata de recordar una improbable cita con escoceses, o incluso la propia palabra *escocés*, ya que en ese momento, su primer contacto con la vigilia, todavía está dominado por el fluir onírico. Según me explicaría más adelante, le parece que en esos casos actúa el mecanismo de protección de los sueños, igual que cuando hay algún ruido que a uno lo pondría despertar pero el sueño lo absorbe, lo integra dándole una explicación inofensiva, creíble, y uno sigue durmiendo. *Escocés* entonces pasa a querer decir algo, no muy preciso, pero no importa; el significado que se le inventó a la palabra le permite seguir un rato más sin despertarse del todo.

También puedo decirle:

—¿Y cómo hacemos entonces con el asunto de las gaitas?

*me destroza, pero yo soy el tigre; es un fuego que me consume, pero yo soy el fuego. El mundo, desgraciadamente, es real; yo, desgraciadamente, soy Borges».*

Desde luego, cuando me doy cuenta de estas cosas es peor, porque no sé qué hacer. Me pongo a prestarle atención al paso del tiempo, y sí, es peor, no hay peor forma de perder el tiempo que mirarlo pasar. Y el corazón parece acompañarse al tictac del reloj, y el reloj parece empezar a correr, y el corazón atrás. Huyo de esa consciencia. Entonces vuelvo a distraerme, y cuando tomo consciencia de nuevo, a la hora siguiente, la semana siguiente, o el mes siguiente, claro, el tiempo se me fue. Y no hay otra alternativa: se pierde de este modo, o se pierde de este otro.

Qué problema para los avaros: he aquí algo que, por suerte, no se puede atesorar.

No sé si tendríamos ambos rutinas muy rigurosas que nos hacían coincidir por un azar todas las noches, o si era el acto de encender la luz lo que la llamaba; tampoco sé si todos los días la hormiga era la misma, o si era siempre una distinta, porque vaya uno a distinguir una hormiga de otra. Quiero decir: vaya uno a distinguir una hormiga de otra hormiga de la misma especie, ya que esta hormiga en particular era de una especie más grande que las comunes, y tenía otras particularidades.

El hecho es que, por las noches, o más bien las madrugadas, en medio del silencio, yo me instalaba en el baño, casi siempre con un libro, y en un momento dado advertía con el rabllo del ojo izquierdo un leve movimiento. Después me acostumbé a la presencia de la hormiga, y podría decir que la esperaba, incluso que si tardaba mucho empezaba a preocuparme. Pero nunca falló. Venía caminando por una cañería pintada de blanco, para el agua caliente, y nunca supe desde dónde venía. No hubo manera de encontrar un principio para su recorrido; parecía que se creaba por generación espontánea en ese preciso instante en que yo la veía. Nunca pude detectar una boca de hormiguero apropiada, aunque había algunas, sí, de otras hormigas y en otro sector del baño. También me costó mucho averiguar adónde iba, pero eso sí lo conseguí.

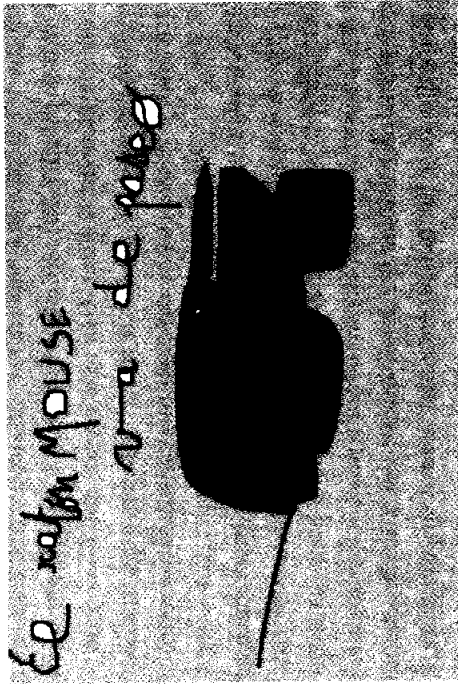
Me costó mucho averiguarlo porque esta hormiga, y hablo de ella como si fuera una sola, y después de todo creo que sí, que era siempre la misma, esta hormiga, a diferencia de sus hermanas o primas de menor tamaño, me veía. Las hormigas de cierto pequeño tamaño ignoran la existencia del hombre; podrán suponerla, por indicios, pero estoy seguro de que no nos ven. Uno puede acercar un dedo a una hormiga, que ella lo esquivará, o preparará por él, y seguirá andando tranquilamente sin darse cuenta de que el obstáculo apareció allí súbitamente, como llegado de otra dimensión; la hormiga común no se altera, no se preocupa, no se pregunta —probablemente porque no ve muy lejos, aunque se trate de cosas muy grandes. Para estas hormigas, esas cosas grandes como, por ejemplo, nosotros los humanos, pertenecen realmente a otra dimensión, distinta de la suya; o al menos es lo que yo creo.

Pero esta hormiga noctámbula sí veía, y se escondía apenas yo hacía algún movimiento. Y una vez que se escondía, yo no conseguía encontrarla, aunque parecía imposible que algo negro pudiera realmente ocultarse en esa blanca lisa de los azulejos y de la cañería esmaltada. Por eso me costó mucho seguirla en su recorrido, hasta ver que llegaba a la ventana y desaparecía por un agujerito en el marco de madera pintada de verde. Según supe más tarde, ese orificio conectaba con el hormiguero de unas hormigas especiales, de porte aristocrático, aladas en cierta época del año; en esa época aparecían y quedaban, algunas de ellas, atrapadas en el baño, ignorantes —a causa de la posibilidad de volar— de que podían salir caminando por aquel agujerito.

Hay otras cosas para decir de esta, y de muchas otras hormigas; tengo más de dos y más de tres veranos com-

pletos ocupados en mi difícil relación con las hormigas, a veces de colaboración, a veces de simple y admirativa observación, a veces de enfrentamiento —como en el caso del último año que pasé en una ciudad del interior, cuando unas hormigas chiquitas, muy tesoneras, llegaron a meterse en mis platos de comida y aun en mi cama, y finalmente me derrotaron en toda la línea. Fue una guerra que duró todo el verano, y que perdí a pesar de que yo parecía tener todos los triunfos, y de que estaba desesperado y dispuesto a todo.

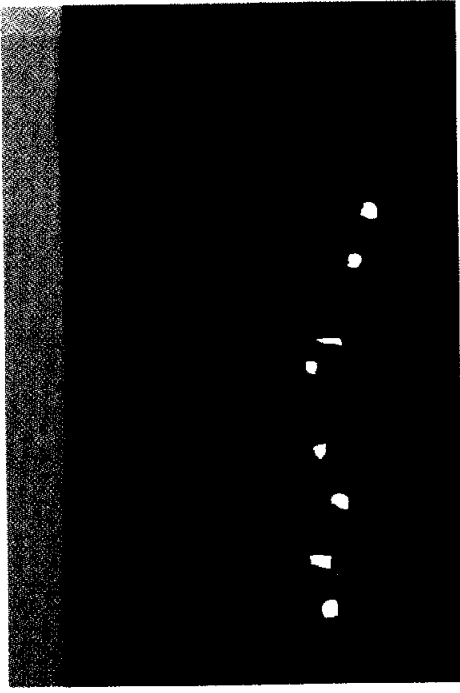
Pero estas son otras historias; me excedí en mis recuerdos y me dejé llevar por caminos que no esperaba recorrer ahora. Esta vez yo solo quería evocar a aquella hormiga solitaria, siempre una y sola, en cierto modo una compañía, un algo viviente en mi soledad, un ser que noche a noche, quizás al influjo de la luz que yo encendía, quizás simplemente porque éramos, ambos, muy rigurosos en nuestras rutinas, aparecía como una motita negra sobre aquella blanca y hacía un complejo recorrido, en muchas partes fuera de mi vista —un recorrido cuya finalidad, como tantas otras cosas de este mundo, nunca fui capaz de comprender.



### 2. El ratón Mouse va de paseo

El ratón Mouse salió a la calle con idea de explorar el mundo. Hacía muchos días que estaba allí, quieto, en el living, sin hacer otra cosa que mover los bigotes; los ratones tienen, a veces, conductas incomprensibles.

Salió, y se perdió rápidamente de vista, como un rayo. Pensé que nunca volvería a verlo, pero a los pocos días estaba de vuelta, otra vez en el living, quieto, casi inmóvil, los ojos brillantes y los bigotes con su temblor característico. Quien lo ve, no lo diría; pero yo, que lo conozco, estoy seguro de que en estos días el ratón Mouse ha visto muchas cosas y vivido cantidad de maravillosas aventuras.

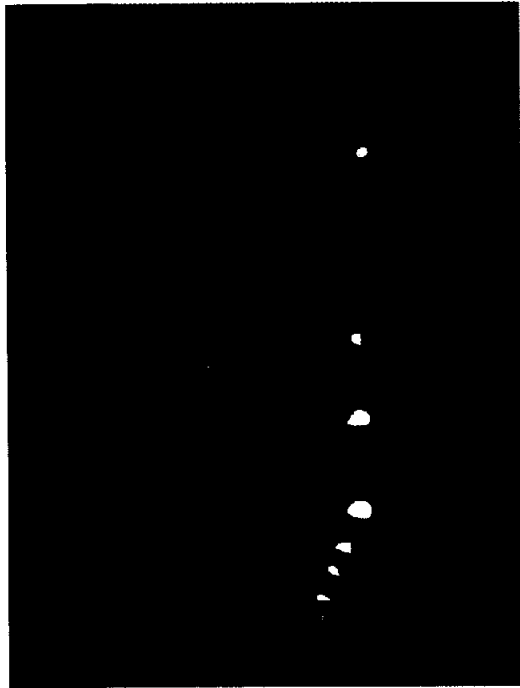


### 3. Yo amo al ratón Mouse

Yo amo al ratón Mouse. Veo su delicada y tierna figura, veo el difícil y permanente ejercicio de su dignidad de ratón, no solo ante el gato, sino ante todos los problemas y quebrantos de esta vida, y no puedo menos que amarlo.

El ratón Mouse, a su manera, es grandioso.





Hace unos días, sin embargo, soñó con una cosa informe, pequeña, marrón y con pelos. El sueño transcurría en un lugar desconocido, y no se veía gran cosa del paisaje; solo recuerda un suelo de tierra, muy irregular y seco, y ese objeto cuyo significado no logra desentrañar.

#### 4. El ratón Mouse tiene sueño

Ya es de madrugada. El ratón Mouse ha tenido una jornada difícil, y ahora está cansado. Sus rojos ojos se entrecierran, pero él todavía no se da por vencido: sigue allí en el living, como si esperara algo, quién sabe qué cosa.

¿Qué puede esperar un ratón? Muchas veces me hago esta pregunta, cuando lo veo parado allí, de madrugada, mientras yo comienzo a guardar mis cosas para irme a acostar. Yo también tengo sueño, ahora.

Cuando duerme, el ratón Mouse sueña con un hilo enormemente largo y enormemente delgado, que se extiende hasta que se pierde de vista tras una arboleda lejana.

—Este tipo de moneda —dijo el ciego pausadamente— dejó de circular hace más de cinco años.

—Usted no es ciego —repliqué con desprecio, o más bien con ese tono aparentemente despreciativo que solo trata de ocultar el despecho, el temor o la culpa.

—No —respondió—. No soy ciego —metió la mano en el interior de su inmunda chaqueta y extrajo una billetera; de allí extrajo a su vez un pequeño documento plastificado—. Inspector Bloomingfield, de la Brigada de Homicidios.

Yo me arranqué la barba postiza y sonreí diabólicamente, sin decir una palabra.

—Ah —dijo, entonces. Y movió la cabeza como para expresar un sentimiento de fracaso.

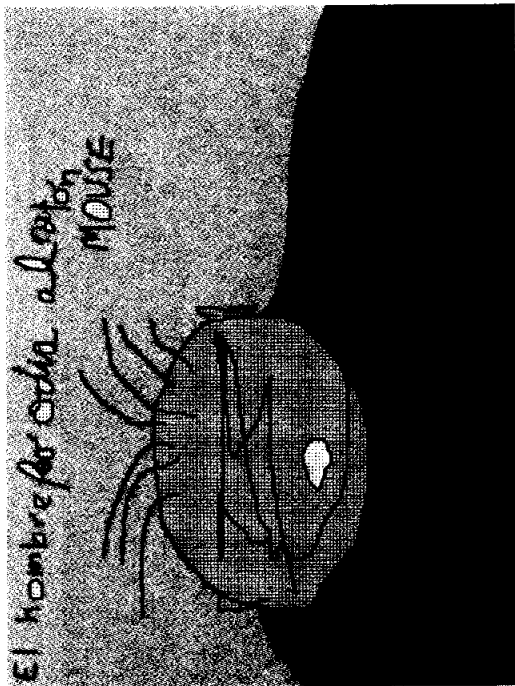
En la calle, alguien tocaba el acordeón.

\*\*\*

Revuelvo una carpeta que contiene relatos de sueños, y encuentro una serie de hojas unidas con un broche, correspondientes al mes de octubre de 1979. Los relatos del martes 16 ocupan dos páginas; no hay nada con fecha 17 ni 18; los del viernes 19 ocupan tres páginas. Ahora bien: entre los relatos del martes 16 y los del viernes 19, hay una página sin fechar, sin título, sin la menor indicación. Dice textualmente lo que sigue, y ninguna otra cosa:

1. La gente va al zoológico
2. a ver a un mono
3. llamado Saúl.
4. El mono hace piruetas muy divertidas
5. y la gente se ríe
6. pero hete aquí que el mono se escapa por la chimenea
7. y roba a un niño pequeño
8. a quien arranca de los brazos de su madre,
9. una señora gorda con bigotes,
10. y toda la gente chillá y protesta
11. pero después se aburre
12. y se toma el autobús para su casa
13. mientras la madre desesperada le grita al mono
14. que le devuelva a su niño
15. que no se lo coma
16. porque si no, qué va a cenar ella esta noche.
17. El mono se encoge de hombros
18. y se trepa más alto en el árbol.
19. Después, eructa unos escarpines
20. que van a caer a los pies de la madre.

Hasra ahí el texto. Si solo contara con mi memoria, y no estuviera escrito con mi máquina de escribir, y no recordara buena parte del contenido de todas las otras hojas, diría que es la primera vez en mi vida que lo veo. Ni siquiera puedo estar seguro de que lo haya escrito yo. No lo recuerdo, en absoluto. Pero no diría que no reconozco mi estilo, porque ciertamente se parece mucho a alguno de mis estilos, y lo leo y lo releo y no aborino de él, y la presunción de mi paternidad no me ofende. Pero me desespera no poder imaginar para qué habré puesto esos números.



Me fui a dormir, como casi siempre, muy tarde. Sabía que a la mañana siguiente, en alguna parte del mundo, un cuadro de fútbol que representaba a Uruguay disputaba la final de un campeonato. De modo que no me sorprendió cuando cerca del mediodía fui despertado por un gran estruendo en la calle: bocinas, gritos, cornetas, voces que coreaban repetidamente «Uruguay, Uruguay», cohetes. Eso duró mucho rato. Dormité un poco más y me levanté.

Me gusta hacer ver que, aunque mis horarios de sueño no son muy regulares, de todos modos estoy enterado de las cosas. Adopté un aire mundano:

—Así que ganó Uruguay —comenté.

—No —me respondieron—. Perdió.

Hubo una pausa.

—Ah —dije, y supe que iba a tener un día difícil.

### 5. El hombre feo odia al ratón Mouse

Todas las mañanas, invariablemente, un hombre muy feo, con las cejas despeinadas, los pocos pelos del cráneo totalmente revueltos y una mueca desagradable en la boca, me mira desde el espejo del baño y me dice: «Debes des-  
prenderte hoy mismo de ese sucio animal». Aunque parezca mentira, se refiere nada menos que al ratón Mouse.

Durante el desayuno me voy olvidando un poco de ese hombre feo, y más tarde ya no lo recuerdo en absoluto. Por las dudas, no vuelvo a mirar el espejo del baño.

El ratón Mouse  
y sus amigos

#### 6. El ratón Mouse y sus amigos

Parece que el ratón Mouse tiene cantidad de amiguitos. Yo nunca he podido verlos muy bien, porque vienen solamente en ciertas noches, y nunca a los lugares donde hay buena luz. Veo pasar algunas sombras pequeñas, creo oír a veces un menudo galope, y muchas veces oigo, sin duda, unas risitas como de ratón. Pero mientras estoy despierto, el ratón Mouse está solo, en el living, mirándome. Yo sumpongo que esas sombras que pasan son amigos de él, y por eso pienso que tiene muchos amiguitos; pero tal vez yo esté equivocado.

El ratón Mouse  
va al campo

#### 7. El ratón Mouse va al campo

El día había amanecido espléndido. El ratón Mouse se asomó a la puerta de su cueva, contempló el maravilloso color del cielo claro, completamente despejado, y aspiró profundamente el aire de la mañana. «Este es un día especial para ir al campo», se dijo, y no se tomó mucho tiempo para pensarlo: en pocos minutos preparó una canasta con alimentos y partió raudamente, dejando tras él una tenue, casi invisible estela de polvo.

Siempre pensé que el Coco era hijo de la Chiquita, porque ambos tenían en el lomo algunas manchas muy similares —negro sobre blanco— y, aunque vista del lado de afuera la cabeza era un poco distinta, la mentalidad de ambos era bastante parecida. Coco era bastante feo, con la cabeza un poco grande, o más que grande, abultada en la parte posterior, como si tuviera un gran chichón; en cambio la Chiquita había sido proporcionada y elegante, linda. La Chiquita, a diferencia del Coco, tenía una comprensión perfecta del idioma español. El Coco era más intuitivo, más *psíquico*. Y muy inteligente él también.

La Chiquita no tenía la independencia que tenía el Coco. A ella no le gustaba salir sola, y siempre esperaba que alguno la sacara a pasear, aunque siempre estuvo suelta, allí, en el balneario, donde nunca supe que se atara a los perros. Pero a ella le gustaba la gente y tal vez tenía miedo de alejarse mucho sin compañía, porque siempre esperaba que alguien la invitara a salir. Bastaba con decirlo, hablando con cualquiera: «Bueno, dentro de un rato voy a pasear por la playa». La Chiquita salía afuera y se sentaba rígidamente, como haciendo la guardia en la puerta, y desde afuera lo miraba a uno a través de la puerta de un modo fijo insoporrible. No decía nada, pero la presión psicológica era muy fuerte.

Una vez, un amigo y yo habíamos estado con los dueños de la Chiquita en un lugar no muy alejado de la casa de ellos,

pero lo suficiente como para que la Chiquita se sintiera en tierras extrañas. De algún modo que no entendimos, los dueños desaparecieron, y la Chiquita quedó pegada a nosotros, y nosotros teníamos que ir en la dirección opuesta a la de su casa. Pero no había forma de impedir que nos siguiera. La echábamos, la amenazábamos con piedras; nada. Ella se retrasaba un poco, pero venía siempre atrás. Al final comprendí.

—No sabe volver a la casa —le dije a mi amigo—. Le voy a explicar —me agaché y la llamé a mi lado; le hablé lentamente y traté de pronunciar las palabras lo mejor posible, como hablando con un niño pequeño. Tal vez no era necesario, pero así fue como lo hice—. Nosotros vamos para allá —le dije, señalando el rumbo que llevábamos—, y tu casa queda para allá —agregué, señalando el rumbo opuesto—. Si venís con nosotros, no vas a llegar a tu casa. Para ir a tu casa tenés que ir para allá —volví a señalar el rumbo correcto—, y cuando llegues a la avenida, doblás a la derecha. A cuatro cuadras de allí está tu casa.

Me levanté, y no bien lo hice la Chiquita se dio media vuelta y salió corriendo a toda velocidad en la dirección que le había indicado. Aunque yo había tenido la iniciativa, nunca había creído demasiado que me fuera a entender; el resultado nos dejó estupefactos. Nos quedamos mirándola, y la vimos llegar a la avenida y doblar a la derecha.

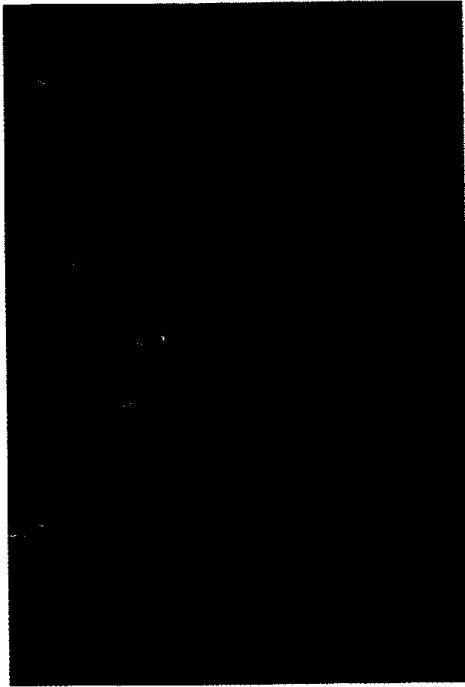
Tiempo después yo estaba en Europa. En un frío anochecer recordé de pronto vivamente a la Chiquita; tenía una insensata urgencia de verla, más a que cualquier amigo o pariente. Después me enteré de que por esos días había muerto. Murió de parto; era muy chiquita.

Cuando vi al Coco, reconocí a la Chiquita en seguida. Tenía esa finura, esa inteligencia. De algún modo se hizo amigo de cantidad de gente que lo recibía en su casa y le daba de comer; nunca un perro callejero tuvo tal aspecto de niño bien. En algún momento, una señora amiga lo adoptó oficialmente, y le compró un collar, del cual el Coco siempre estuvo muy orgulloso; esa señora hasta le pagó una patente y le puso la chapita colgando del collar. Pero él siguió siendo el perro de muchos; iba y venía, se quedaba un tiempo aquí y otro tiempo allá. Mi madre me contó que cuando ella jugaba a las barajas por las noches con sus amigas, llegaba el Coco y se acomodaba en un sillón que yo había comprado, uno de esos sillones donde uno se hunde en un asiento de cuero que forma como una bolsa sobre unos aros de hierro. Y que a cierta hora, siempre alrededor de las once, el Coco «se ponía a practicar yoga». Bueno, yo mismo llegué a verlo una vez; en cierto momento, como si recibiera una orden inaudible para nosotros, se tiraba de pronto panza arriba y quedaba como muerto; parecía que ni respiraba. No movía ni un músculo. Mi madre me contó que la primera vez se asustaron; creían que le había pasado algo malo, que estaba realmente muerto. Pero al rato hacía un pequeño movimiento con una pata, de estiramiento o acomodo, y después con otra. Y al final, después de mucho rato de esa especie de meditación, se incorporaba bruscamente otra vez y volvía a ser el perro de siempre.

Como la Chiquita, me acompañaba en mis largos paseos por el balneario. Pero el Coco no venía caminando detrás, como hacía ella, que parecía imitar todos los movimientos que uno hacía, sino que se adelantaba o se atrasaba, investigaba el mundo olfateando aquí y allá, intercambiaba alguna

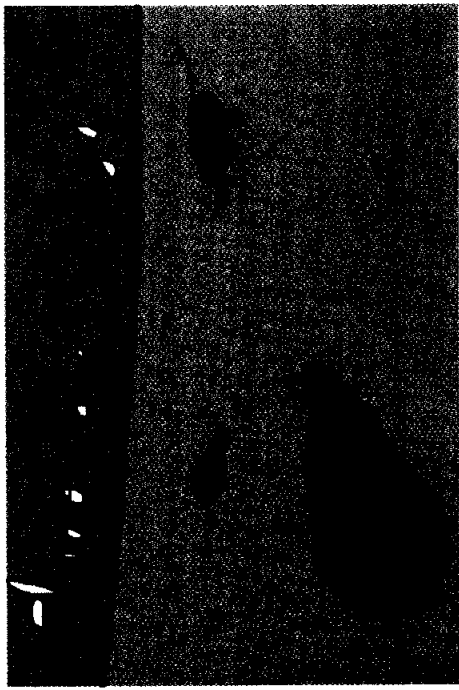
clase de información con algún colega, aunque siempre yo era el eje del paseo: cuando salía conmigo, salía conmigo, y no era cosa de perderse de vista por ahí, o cambiar el rumbo, o seguir a otro. Una vez se me ocurrió hacer un experimento de relepatía; como el Coco claramente no entendía español, traté de enviarle imágenes, y no palabras. Formé la imagen de él, del Coco, cruzando la calle al llegar a cierto punto de la cuadra. Insistí en esa imagen; le enviaba la orden mental de que, cuando llegara a cierta marca ahí en la cuadra, cruzara la calle. Y llegó al lugar indicado y cruzó la calle. Y cuando estuvo en la vereda de enfrente mostró un total desconcierto, miró a un lado y a otro, como preguntándose «qué mierda estaré haciendo aquí», y después quedó para-dito mirándome fijamente, esperando más instrucciones.

Siempre se había burlado de la perrera, que lo perseguía igual aunque tuviera la chapita con la patente, porque al balneario le estaban molestando los perros sueltos. Una vez lo enlazaron en la puerta de la casa de mi madre, aunque mi madre estaba ahí, sentada junto a él; lo agarraron dormido, confiado. Lo rescató en seguida, pero el Coco no quedó muy bien; tenía la garganta lastimada, y como un desencanto de la vida y de los seres humanos. Cuando llegué al balneario, días más tarde, seguía igual, y entonces estuve hablándole durante un largo rato, y eso lo animó, y empezó a comer de vuelta. Pero poco después apareció envenenado, muerto, en la calle. Alguien, y todos imaginamos quién, alguien que, como sucede siempre, valía mucho menos que él, lo había envenenado. Yo, en Montevideo, me enteré por un sueño. Estaba nevando. El Coco tenía mucho frío. Yo lo agarraba en brazos y lo apretaba contra mi cuerpo, pero él seguía helado, y la nieve seguía cayendo.



### 8. El ratón Mouse se divierte

¡Al ratón Mouse lo invitaron a una fiesta! Es una gran fiesta. Hay luces de colores, mucha gente, mucho ruido, mucha música. El piso se va cubriendo de papel picado y serpentinas de colores. El local es enorme, impresionante. Pasan mozos con bandejas cargadas de bocadillos y de bebidas. El rumor de las conversaciones es incesante; todo el mundo tiene algo que decir, aunque es imposible distinguir las palabras. Hay una gran pista de baile, donde la gente se contorsiona de mil maneras diferentes. Se oyen sonoras carcajadas y tintineantes risas femeninas que se abren paso abruptamente en medio del fragor y quedan unos instantes como flotando por encima de las cabezas. Todo es luz, color, bullicio y movimiento. Es una gran fiesta.



### 9. El ratón Mouse investiga

Es de noche, y en esa casa suceden cosas misteriosas. El ratón Mouse decide llevar a cabo una investigación. Todo es silencio. El ratón Mouse aguarda, disimulado en un rincón. Una larga experiencia le permite estar completamente quieto, sin mover siquiera los bigotes. Todo está oscuro, lo cual no hace sino aumentar el misterio. A lo lejos, muy a lo lejos, allá en la calle, en una calle lejana, se oye el sonido de un automóvil que pasa a gran velocidad. Más lejos aún, se hace oír el destemplado canto de un gallo. Es extraño, un gallo en plena ciudad. Pero esto al ratón Mouse lo tiene sin cuidado; a él le preocupa lo que suceda en esta casa, y no allá afuera.

Es una agradable noche de verano. El día ha sido demasiado caluroso, pero al caer la noche una agradable brisa comenzó a refrescar el aire. Ahora, la temperatura se ha vuelto muy agradable.

El ratón Mouse aguarda. No tiene apuro. Está acostumbrado a las largas vigiliass nocturnas; ya ha resuelto una infinidad de casos. Esta investigación es para el ratón Mouse, por decirlo así, solo una cuenta más de un largo rosario.

En la casa no se oye el menor rumor. La apariencia de tranquilidad es completa. Muchos que no fueran el ratón Mouse se dejarían sin duda engañar por esta apariencia. Pero el ratón Mouse aguarda, pacientemente, porque sabe que no hay misterios insolubles; todo es cuestión de razonamiento, paciencia, perseverancia, y un poco de coraje.

Cuando niño, hubo una larga temporada durante la cual padecí de un miedo intenso a los fantasmas. Aunque si me hubiera topado con alguno, probablemente no me habría dado cuenta; los fantasmas a los que yo temía eran los de los chistes y las historietas, esas sábanas con dos agujeritos para los ojos. Concretamente, temía, sobre todo por las noches, que se me apareciera de pronto un bulto blanco y me diera un susto. Estaba seguro de que no podría resistir algo así, de modo que jamás me pregunté qué vendría después; mi imaginación llegaba solo hasta el susto, probablemente una voz que dijera «¡Buuuuu!». Si los fantasmas abrigan otros propósitos, yo lo ignoraba, y no me lo preguntaba, y ni los chistes ni las historietas informaban nada al respecto.

A veces me despertaba de madrugada y en la penumbra veía bultos sospechosos, que con la primera claridad del sol habrían de revelarse como ropas amontonadas sobre una silla, pero que mientras tanto me mantenían despierto, sospechando, fingiendo con los ojos entornados que seguía durmiendo —porque si ese bulto era realmente un fantasma, y veía que yo me movía o abría los ojos o cambiaba la respiración, zas, nadie me salvaba del susto—. Entonces repartía el susto en cómodas cuotas de aprensión, mucho mejor tolerables, hasta que aparecía la claridad del día. O eso creía yo, porque seguramente parte de mi vigilia era sueño, de esos sueños que repiten los temas de la vigilia y no permiten descansar.



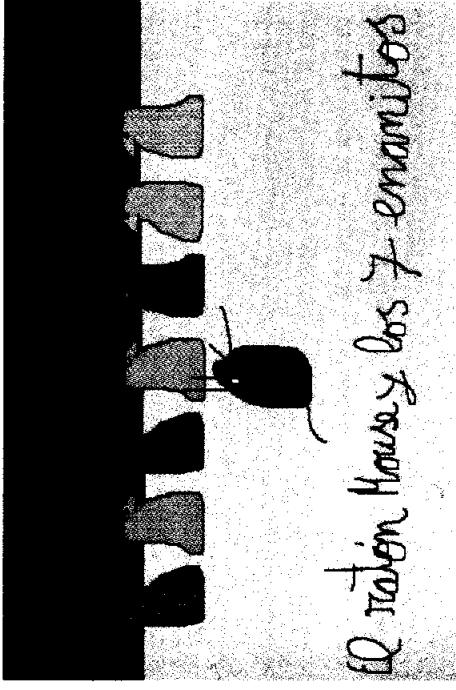
Ya un poco mayorcito, encontré tal vez una forma de exorcizar a ese miedo, que ya no sentía pero que seguramente allí estaba, solapado. El recurso fue materializar al fantasma en una fotografía. El truco, que alguien me explicó o que leí en alguna revista, consistía en una doble exposición: se saca una foto de una persona con cara de terror, no se hace correr el rollo y se vuelve a sacar la misma foto, pero ahora con alguien disfrazado de fantasma ubicado frente al protagonista, en una pose amenazante. El fantasma recibiría la mitad de la exposición, y por lo tanto se vería transparente. El proyecto me fascinó, y de inmediato quise realizarlo, para lo cual tuve que convencer, con muchísimo trabajo, a los únicos actores posibles que en ese momento tenía a mano: mi madre y mi abuela. Mi madre y mi abuela se resistieron tenazmente; en especial mi madre, ya que mi abuela era capaz de cualquier cosa con tal de verme contento.

El problema más grande eran los vecinos. La foto, por un tremendo error de concepción de todo mi operativo, debía sacarse en la terraza, donde había luz natural; la cámara de cajón que yo tenía no servía para interiores. Nuestra terraza, que al mismo tiempo era azotea de los pisos de abajo, estaba expuesta a las miradas de quien quisiera asomarse a cualquiera de las innumerables ventanitas que se veían por encima de nuestras cabezas, de un lado y de otro; había grandes probabilidades de que cualquier acción nuestra fuera observada, y mi madre era altamente sensible al ridículo. Se resistió, pues, tenazmente, y solo mi propia tenacidad pudo derrotarla. Pero fue una victoria a lo Pirro, porque mi madre colaboró de mala gana, y eso en la fotografía se nota.

Yo seguí cometiendo errores. Para facilitar la inmovilidad de la escena durante el lapso que iba desde la primera a la segunda toma, pasando por la entrada de mi abuela (el

fantasma) en el cuadro, no tuve más remedio que sentar a mi madre en una silla. A pedido mío, ella se había vestido como para salir, creo que con un viejo tapado de astracán, o así le llamaba ella, y la cartera colgada del brazo. Y así se sentó en la silla, mirando hacia una pared vacía, al rayo del sol, con un fondo de plantas en macetas y de otra pared vacía. La expresión que después se veía en la foto, tanto del rostro como corporal, era de un inmenso fastidio teñido de una cierta curiosidad temerosa; ninguna relación con la expresión de horror que yo esperaba.

Después de afirmar bien la cámara tomé con mucho cuidado la primera foto, tuve también mucho cuidado de no correr el rollo, e hice entrar a mi abuela en el cuadro. Mi abuela se había echado una sábana por encima, pero como se había resistido a hacerle dos agujeros para los ojos, y no quería andar a tientas, hizo que la sábana se abriera a la altura de la cabeza y por allí miraba. Más que un fantasma parecía alguien que hubiera intentado vestirse de árabe para un baile casero de disfraz. Con las manos sostenía los bordes de la sábana, para que no se volviera a cerrar tapándole los ojos, y se puso de pie frente a mi madre, que seguía esperando sentada en la silla, masculando una puteada tras otra. Me dio mucho trabajo controlar desde la cámara, sin moverla, que mi abuela quedara efectivamente dentro del cuadro; yo iba y venía, entre mi abuela y la cámara, acomodando a mi abuela unos centímetros más para este lado o para este otro, y en ningún momento presté atención al hecho de que, con su escasa estatura, ligeramente encorvada, con esas manos aferradas a los bordes de la sábana, resultaba una figura más patética que terrorífica; cuando la foto estuvo revelada, se vio claramente que no evocaba a un fantasma en lo más mínimo: aparecía como una figura



### 10. El ratón Mouse y los siete enanitos

Un día, el ratón Mouse salió a dar un paseo por el bosque y se perdió. Era muy fácil perderse, para una persona como el ratón Mouse, siempre atenta a las bellezas naturales, siempre en apariencia distraída para las cosas del mundo.

Lo cierto es que en determinado momento de su paseo, el ratón Mouse se dio cuenta de que se encontraba completamente perdido; no tenía la menor idea de dónde quedaba su casa, y todas y cada una de las cosas que tenía ante la vista le resultaban por completo desconocidas y, por su abundancia, imposibles de distinguir unas de otras de su mismo

especialmente lastimosa, algo como un leproso medieval, o uno de esos mendigos de la India; si todo hubiera transcurrido más cerca de estos días, podría haberse pensado en una imitación de la Madre Teresa de Calcuta. Después apréte el disparador por segunda vez y las autorizé a moverse, cosa que hicieron a toda velocidad para desaparecer de la terraza en un instante. Nunca supe si hubo vecinos mirando la escena, pero es casi seguro que sí.

Y después, como siempre, vino la desilusión —tras varios días de espera, ya que había que terminar el rollo con otras fotos y mandarlo a revelar, lo cual no se hacía de un momento a otro; todo demoraba—. Ahora hace mucho que no veo la foto; es posible que se haya perdido, pero durante muchos años me sirvió de terapia; pocas cosas en el mundo han sido tan eficaces durante tanto tiempo para hacerme soltar una risa abundante y despiadada.

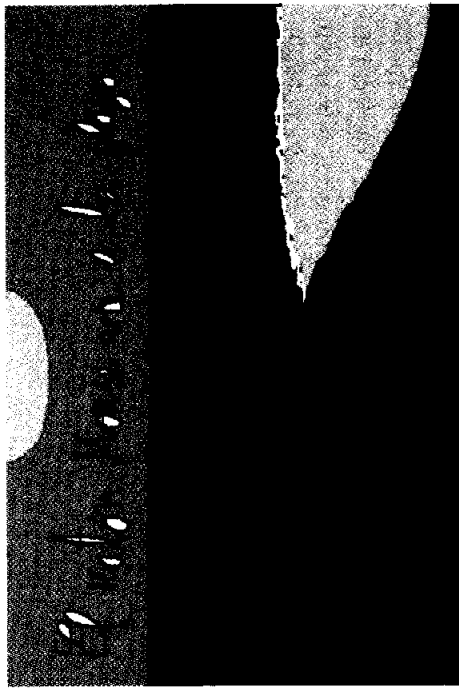
Por supuesto, si uno quería que realmente el fantasma se viera transparente, la exposición debía ser la mitad de la que se necesitaba, y no la mitad de la doble exposición que yo hice. Es decir, yo hice una foto común, al sol. Debí hacerla en interiores, en una penumbra muy calculada para que saliera como debía salir, es decir, como la foto de un fantasma. Pero lo peor de todo era la puesta en escena, esa silla, esa expresión de mi madre, las plantas de fondo, esa actitud entre humilde y benévola de mi abuela, que lo último que parecía expresar era una voluntad de asustar a su víctima. A cualquiera que mire esta foto y no conozca la historia, la intención exacta del fotógrafo le tiene que resultar absolutamente imposible de comprender.

género. Quiero decir que todo lo que se veía era árboles, como suele suceder en los bosques.

El ratón Mouse sintió un gran desconsuelo. Percibía que estaba por anochecer y que probablemente estuviera muy lejos de su hogar, y si bien la temperatura era agradable, pronto comenzaría a refrescar y sería hora de meterse en una cama abrigada, tal vez con una bolsa de agua caliente. «¿Qué haré, Dios mío, qué haré?», se preguntaba una y otra vez el ratón Mouse, cada vez más nervioso. Para colmo, ya comenzaba a sentir el reclamo del hambre y, lo que es peor, de la sed. El ratón Mouse sintió que si bien podía todavía esperar algunas horas para conseguir alimento, la falta de agua le resultaría insostenible. Ya tenía la garganta reseca, y la sola idea de no poder satisfacer la sed le resecaaba mucho más la garganta. ¡Pobre ratón Mouse! ¡Qué situación tan angustiada la suya!

Pero por suerte, en pocos minutos más divisó un camino entre los árboles, y esto le dio esperanzas. No sin fundamento, pues rápidamente, siguiendo ese caminito —que no era otra cosa que una huella de innumerables pies— se vio de pronto ante una casa.

Y como ustedes habrán adivinado, era la casa de los siete enanitos. Allí encontró agua para beber, comida y refugio para pasar la noche. Y también encontró la agradable compañía de siete buenos enanos, que ya nunca dejarían de ser sus amigos.



### 11. El ratón Mouse va a la playa

El día había amanecido espléndido. El ratón Mouse se asomó a la puerta de su cueva, contempló el maravilloso color del cielo claro, completamente despejado, y aspiró profundamente el aire de la mañana. «Este es un día especial para ir al campo», se dijo, y no se tomó mucho tiempo para pensarlo: en pocos minutos preparó una canasta con alimentos y partió raudamente hacia la playa, dejando tras él una tenue, casi invisible estela de polvo.

*(Fin de Las aventuras del ratón Mouse.)*

En Buenos Aires estuve viviendo dos años en un apartamento que tenía una cocina plagada de cucarachas. Eran una pesadilla, y parecía no haber manera de eliminarlas. Cuando usaba cierta clase de cucarachicida desaparecían por un tiempo, pero reaparecían transformadas: mutantes delgadas y largas, de color claro, como las que aquí se ven a menudo bajo las campanas con sándwiches de los bares. Esas cucarachas, según pude deducir en mi experiencia bonaerense, son ciegas; no huyen ni se inquietan cuando uno enciende la luz. En cambio tienen como compensación un oído finísimo; el menor ruido las espanta, y desaparecen a una velocidad increíble. Son mucho más rápidas que sus ancestros. Y si bien tienen una cierta elegancia y su sola vista no produce repulsión, ni la forma de huir da pie a que uno se empecine en perseguirlas como a las otras, cuando aparecen muy a menudo y andan husmeando por los tarros donde se guarda comida, uno quiere librarse de ellas, y entonces hay que buscar otro tipo de veneno.

No sé cuál marca fue, pero hubo un cucarachicida que según creo produjo una mutación asombrosa, aunque puede estar equivocado; cabe la posibilidad de que se tratara de otro tipo de insecto, aunque me sorprendería que fuera así. Lo que apareció, al desaparecer las cucarachas clásicas, fue una variedad de cucarachitas enanas, de color tirando a lila, o azul verdoso, fuerte, con forma de gora —con una cabeza

casi triangular y una cola gordita y redondeada—. Parecían pequeñas piezas de hierro esmaltado, unas hermosas gotitas brillantes. Aparecieron de golpe, por decenas, una noche. Con la luz encendida. Y no huían ni de la luz ni del ruido. El sentido superdesarrollado era el olfato; y lo que las traía a la cocina en forma instantánea era el olor del café recién hecho. Se abalanzaban adentro de la cafetera. Y si dejaba el pocillo con un fondo de café, al otro día aparecían algunas ahogadas ahí adentro. Por eso me acostumbré a dar vuelta el pocillo. Y cuando me mudé, y cuando cambié de país y luego de ciudad, lo seguí haciendo por costumbre, pero también por las dudas de que en cualquier momento aparezcan esas mutantes.

Y es esta toda la verdad acerca de mi hábito de dar vuelta el pocillo de café, en el que mucha gente ha querido ver algún tipo de maniobra esotérica.

... las mariposas revolotean alrededor de mi cabeza  
 el viento las dispersa/ ya es el viento de primavera  
 pero en mi casa todavía es invierno  
 el viento las distrae y las dispersa

Las mariposas

vuelven a reunirse trabajosamente  
 alrededor de mi cabeza  
 como alrededor de una lámpara

Mi cabeza es una lámpara que arde todo el tiempo

Algunas mariposas

se queman en la llama  
 con un chisporroteo  
 y luego

renacen transformadas

en otras mariposas

que el viento dispersa

distrae y dispersa

aleja y trae

une y desune

mariposas con alas arrancadas por el viento

mariposas

con polvillo de sus alas/ escamas grises arrancadas por  
 [el viento

moléculas de mariposas disgregadas

flotan y se reúnen formando nuevas mariposas grises

mariposas nocturnas  
 de una tarde de primavera  
 el sol de primavera las deprime las quema/ el viento las  
 [dispersa

mariposas viejas

mariposas viejas

también llamadas campos magnéticos

también llamadas

codornices

albúmina

niñas de miel y almendra

diamantes de perfil

iconoclastas

humedades de otoño

babas del diablo

mariposas nocturnas

también llamadas

prefijo inseparable que denota carencia

también llamadas

flores de papel

también llamadas

mariposas diurnas de brillantes colores

la sal de la tierra

el pan y el vino

también llamadas cielo inaccesible

también llamadas hambre

también llamadas inocencia

también llamadas

como yo me llamo

como nosotros

como tanta gente que el viento dispersa

Mariposas diurnas de hábitos celestes

con brillos amarillos/ con el oro y el juego  
mariposas de adrenalina  
de ácido fosfórico  
proteínas de espuma y de viento  
principios de incertidumbre  
lugares/ de máxima probabilidad de hallar a un loco  
Mariposas de lujo/ primaverales  
mariposas con aire decadente  
mariposas de papel  
como flores de plástico  
mariposas de plástico  
como bolitas de naftalina

Yo no quiero

esta libertad de los locos/ mariposas: que el viento se las lleve  
que el diablo que las trajo se las lleve  
yo soy un hombre honrado  
que busca ganar su pan y algunas proteínas  
no necesito mariposas diurnas

ni nocturnas

no necesito este dolor de espalda

no necesito estas

pedritas de colores

pedritas de dolores

rojas

anaranjadas

verdes

verdes

amarillas

violetas

cenicientas

sumisas

abochornadas

pálidas  
quebradas  
alfombradas

juguetes del viento irresponsable/ juguetes de los niños  
[como el viento

la libertad galopa en las llanuras/ las mariposas lloran en  
[mi cabeza calva

Mariposas de cuarto menguante/ lánguidas mariposas  
[famélicas

mariposas atropilladas que caen con giros lentos

mariposas en formol/ mariposas pinchadas con un alfiler  
mariposas con naftalina/ con naftalina

congregación de mariposas mustias/ cóncave de mariposas  
[antiguas

evanescentes/ deterioradas/ agujereadas/ mariposas nocturnas  
de cuarto menguante/ mariposas no clasificadas por los  
[zoólogos

lepidópteros inexistentes/ aullantes/ con dentaduras postizas

mariposas con alas apollilladas/ polillas/ mariposas que  
fueron gusanos/ mariposas con un pasado atroz/ con un  
[pasado atroz

mariposas que reptaron/ mariposas que royeron/ mariposas  
que se debatieron en su forma de gusano durante siglos

interminables adentro del capullo/ mariposas enfermas/  
mariposas freudianas

mariposas clavadas con alfileres sobre mi espalda/ aleteantes

mariposas fijas/ mariposas muertas

mariposas con zumbido de mosquito/ con persistencia de  
tábano/ con olor de caballos/ con esencia de pulpo

mariposas que se arremolinan y se dispersan/ se arremolinan/  
[y se dispersan

Mariposas llevadas de aquí para allá por el viento de  
[primavera  
cuando es invierno en mi casa y en mi ropa  
cuando es invierno aún en mi cabeza.

(1974)

84

Situación dramática, que a veces se da. Me distraigo con la computadora, mi familia está de viaje quién sabe por dónde, se hace tarde de noche, me olvido de comer hasta que siento vahídos y entonces debo arrastrarme hasta la heladera, para encontrar que no hay nada. O, como aquella vez, algo casi peor que nada: un plato con unas rodajas finitas de una cosa que parece carne, aunque es demasiado blancuzca; si es carne, es carne hervida, que me hace mal, y no me gusta, o bien carne de cerdo, pero tratada de un modo tal que no se le reconoce. El examen olfativo no da resultados de ningún tipo, lo cual es algo mejor que un olor a podrido, pero como estimulante para la secreción de saliva resulta completamente nulo. Hay, claro, otras posibilidades, tales como buscar en el freezer y deshelar algo sin rótulo y sin forma que quién sabe qué podría ser, pero eso significa tiempo, es decir, un lujo que no puedo permitirme porque estoy a punto de caer desmayado: me zumban los oídos, se me nubla la vista, me cuesta respirar. La cultura acude al rescate: aunque nunca lo leí, ni vi la película, me viene a la mente la historia de *Viven*, que me habían contado, y pienso: «Si ellos lo lograron, ¿por qué yo no?». Me dedico a hacer rollitos con las tajadas de carne y busco la forma de tragarla sin que toque demasiado las papilas gustativas. Tuestro además un poco de pan viejo.  
¡Sobrevivo!

\*\*\*

298

Irrupciones

Mario Levrero

299

Casi siempre que fabrico un programita en la computadora, por más sencillo que sea, al probar luego su funcionamiento aparece alguna cosa no prevista; completamente lógica, pero que no fui capaz de prever. Eso me hace sentir mal. Incluso, la repetición de este hecho me va creando una especie de complejo de inferioridad. Sin embargo, se me ocurrió hoy, debería alegrarme: quiere decir que todavía puedo pensar como un ser humano.

\*\*\*

Reflexión en una tarde soleada: Hay dos tipos de personas que no se quieren a sí mismas: las que no se conocen, y las que se conocen demasiado bien.

#### Agujero en un buzo celeste (primera parte)

Hasta hace pocos días fui el feliz poseedor de un buzo de color celeste, aunque este detalle del color es un dato sobre el que no me atrevería a hacer una declaración jurada, pues por lo general soy poco observador y recuerdo mal los colores y las formas; mi memoria aparenta ser un tanto más eficaz en relación a las palabras, aunque a menudo descubro que también esto es una ilusión. Por ejemplo (y ya al decir «por ejemplo» tengo la impresión de que me estoy repitiendo, de que la historia que quiero contar acerca de los trucos de mi memoria ya la conté en otro lado, pero no sabría decir dónde, ni cuándo, ni si es realmente así); por ejemplo, decía, recuerdo haber buscado afanosamente, hace ya algunos años, entre todos los libros de Borges un pasaje que había leído pocos días antes, y no lo pude encontrar. Se trataba de una traducción de *Las mil y una noches* (o *Las mil noches y una noche*, o como fuera que Borges prefería llamar a este libro) que, según mi memoria, Borges comparaba con otra traducción, mostrando terribles y abismales diferencias a lo largo de tres o cuatro nutridas carillas llenas de ejemplos. Todo lo que logré encontrar fue un par de citas, en un par de líneas; y si bien no quedó demostrado que nunca haya existido aquello que yo creía recordar con tanto empecinamiento —memoria que hasta incluía la posición del principio y del fin de ese tramo del texto (sobre la mitad de una página impar, y la mitad de una página par respecti-



vamente)—, tampoco pude encontrarlo en todos estos años para demostrar lo contrario. Pero como nada hay más lejos de mi voluntad que hacer esta simple historia demasiado complicada y demasiado larga, convengamos en aceptar que el buzo era celeste.

Era celeste, y sigue siéndolo, porque todavía existe; en estos momentos está encima de una silla, en mi dormitorio, mezclado con otras ropas. Sin embargo, no debo volver a usarlo porque a mi mujer le cae mal que lo use, y yo debo respetar sus sentimientos aunque no logre compartirlos ni comprenderlos. Le cae mal porque en estos días al buzo le apareció un agujero. Ese agujero, que en un principio era muy pequeño, no recibió ningún tipo de tratamiento y fue creciendo hasta hacerse bastante visible (está situado más o menos a la altura del estómago, de modo que esta opinión acerca de su visibilidad me parece bien fundada).

Ella, mi mujer, ha tenido un papel protagónico en la aparición y en el crecimiento de ese agujero, y es tal vez por ese motivo que se siente mal cuando lo ve. Aunque, en primera instancia y antes que con mi mujer, la aparición de ese agujero, aunque no su crecimiento, tiene una profunda relación con la herencia de mi padre que, si bien no me dejó ninguna fortuna, me dejó en cambio una herencia entre genética y cultural muy cargada de cosas. Entre esas cosas, algunos tics, algunas conductas, e incluso un gran lunar en una pierna.

Que haya una relación entre la herencia de mi padre y el buzo celeste no significa que yo haya recibido el buzo como herencia; mi memoria me señala de modo contundente que lo compré yo mismo, en Buenos Aires, hace unos doce años. Estaba en una vidriera a un precio de oferta que era casi un regalo; no pude resistirme y lo compré, aunque me cuesta

mucho resolverme a comprar ropa. Pero el precio era ridículo. Sin embargo, lo compré y después casi no lo usé.

*(Continuará, tal vez.)*

### Agujero en un buzo celeste (segunda parte)

En realidad, no estoy tan seguro de que a este buzo celeste lo haya comprado en Buenos Aires; es cierto que en Buenos Aires compré un buzo, tal vez dos; también es cierto que había una oferta y que los precios eran verdaderamente como un regalo. Pero no estoy seguro de que sea este mismo buzo, porque creo recordar que el buzo, o uno de los buzos, que compré en Buenos Aires hace unos doce años, lo primero que hizo cuando me lo puse fue agujerearse debajo de un brazo, y si bien es cierto que uno no anda todo el tiempo levantando los brazos para exhibir el agujero sobre la axila, y menos en invierno cuando uno lleva encima generalmente un saco, una campera o un sobretodo, también es cierto que siempre cabe la posibilidad de hallarse en una circunstancia tal que uno se vea obligado a levantar un brazo en público, dejando a la vista ese agujero. Se me dirá que es lo mismo un agujero sobre la axila que un agujero sobre el estómago, pero yo afirmo rotundamente que no es así; un agujero en la axila sugiere una transpiración tan fuerte como para agujerear la tela del buzo, mientras que nadie pensaría que uno se pusiera a transpirar copiosamente por la piel que cubre el estómago. Y aunque así fuera, la transpiración de la piel del estómago no está asociada con un olor fuerte, para muchos desagradable, que se produce por la corrupción de la transpiración de las axilas. A lo que voy es que si alguien levanta un brazo y deja ver un agujero en su buzo sobre la axila,

todo el mundo cree de inmediato sentir un fuerte y desagradable olor a transpiración, aunque ese olor no exista.

De modo que tal vez al buzo celeste no lo haya comprado en Buenos Aires, sino posteriormente, en Colonia. O incluso en Montevideo, hace de esto mucho menos tiempo. Pero no importa; estos detalles son más bien accesorios, y no hacen al grueso de la historia que deseo narrar en este tramo del relato, que es el tramo referido a la herencia de mi padre.

Sea como fuere, yo usaba, en lugar de este buzo celeste, un buzo marrón que me venía mejor al cuerpo y que era —y es, porque todavía lo tengo—, más abrigado; hace años que, en los días de frío, todo el mundo me ve con ese buzo marrón. Sin embargo en los últimos tiempos me he vuelto sumamente sensible, o alérgico, a una serie de sustancias e incluso de situaciones, como nunca antes lo había sido. Por ejemplo, me he vuelto alérgico a la aspirina, lo cual es una de las cosas más tristes que le pueden ocurrir a los varones de mi edad, que deberían tomar diariamente cierta pequeña dosis de aspirina para prevenir el infarto, o al menos descansar en la ilusión de que lo previenen. Otra entre las cosas a las que me volví sensible, o hipersensible, es a los efectos de la electricidad estática que puede cargar cualquier prenda de lana o de ciertos tejidos sintéticos. Me invade un gran malestar, una angustia infinita, una impresión creciente de algo que me está sofocando, y hasta ganas de llorar; en este punto me doy cuenta de lo que sucede, me quito el buzo de un tirón desesperado y zas zas zas se oye una serie de chasquidos y chisporroteos: el buzo marrón se había cargado de estática y me estaba haciendo daño, no comprendo de qué manera o afectando a qué órganos, pero indudablemente me estaba haciendo daño, porque me lo arranco y siento

### Agujero en un buzo celeste (tercera parte)

Sí, aquel buzo celeste era un buen buzo. Y todavía lo es, salvo el detalle de ese agujero demasiado visible porque, desafortunadamente, en medio del bagaje genético-cultural heredado de mi padre está la tendencia a dejarme caer algunas gotas de café sobre el estómago siempre, o casi siempre, que intento beber café de un pocillo. Esto no se corresponde con ninguna percepción mía directa, sino con una deducción: jamás me doy cuenta de que me esté cayendo café sobre un buzo o una camisa, pero las manchas de café aparecen, y estoy seguro de que si esas manchas se debieran a alguna otra causa ya me habría dado cuenta, porque no me parece posible que mis distracciones sean tan graves como para pasar por alto el hecho de que alguien se me acerque y me arroje contra el estómago unas gotas de café o de algún líquido similar. No; lo más probable es que yo mismo me chorree mientras bebo, que es exactamente lo que le sucedía a mi padre. O al menos eso es lo que afirmaba mi madre, ya que yo tampoco logré nunca apreciar el momento exacto en que a mi padre le caía el café encima. Pero, lo mismo que a mí, y por algo era mi padre, las manchas de café siempre le aparecían en la ropa.

Entonces, si la responsabilidad profunda y principal de que apareciera un agujero en el buzo celeste corresponde a la herencia de mi padre, hubo también una responsabilidad circunstancial de la que bien podría decirse que precipitó los

un alivio inmediato de angustias y sofocaciones. Entonces puedo volver a ponérmelo, pero quedo en estado de alerta, en tensión, porque quiera o no quiera está acechando el pensamiento de que en ciertas circunstancias que tal vez dependen de la temperatura ambiente, o quizás de los movimientos de mi cuerpo, el buzo puede volver a cargarse, dando lugar a la repetición de todo ese largo y penoso proceso del cual solo tomo consciencia cuando ya he soportado demasiadas incomodidades. En cambio, al buzo celeste, el agujero reciente, no le sucedía nada de eso, y por lo tanto a mí tampoco. Podía usarlo durante todo un día, con la temperatura que fuera, y nunca me afectaba, ni hacía chispas ni nada especial al sacármelo. Era un buen buzo.

*(Tal vez, continuará; tal vez.)*

acontecimientos, y en este caso el agente fue mi mujer. Ella se molesta por las manchas que aparecen en mis buzos y de tanto en tanto me insiste para que los haga lavar; cuando las cosas se demoran un tiempo mayor del que ella considera razonable, entonces es capaz de secuestrarlos y lavarlos ella misma. Esto fue exactamente lo que sucedió, más de una vez, con el buzo celeste. Y se ve que ella cuando lava pone especial empeño en hacer desaparecer las manchas de café, puesto que fue precisamente en la zona de esas manchas donde apareció el agujero.

Creo haber dicho ya que era un agujero pequeño, apenas como un punto de tejido saltado. Se fue agrandando, seguramente a causa de los nuevos lavados, y más tarde incluso por el simple estiramiento del tejido al ponérmelo, hasta que llegó a tener un tamaño verdaderamente llamativo. En los últimos días, si venía alguien de visita, casi antes de saludar yo estaba pidiendo disculpas por la falta de prolijidad; reconocía que ese agujero sobre el estómago era desagradable a la vista y producía una mala impresión, incluso una mala impresión poco definida, que quizás sea la peor clase de mal impresión. Y además tenía que explicar el problema de mi alergia a la electricidad estática, enfermedad que para el común de las gentes presenta una apariencia poco verosímil. Me daba cuenta de que me miraban con suspicacia, como si pensarán que yo en realidad tenía algunas otras razones, ocultas, para usar ese agujero en el buzo, aunque no pudieran imaginar cuáles, salvo la simple desidia. Esos pensamientos eran sumamente injustos, ya que antes de pensar en términos de desidia, bien podrían haberse dado cuenta de que me resultaría mucho más sencillo cambiarme el buzo que inventar toda una fantasía acerca de una alergia absurda, pero la gente piensa sin detenerse a pensar

si sus pensamientos son justos. Tal vez no pensaban eso; tal vez no pensaban nada, y simplemente me miraban con suspicacia porque es la manera de mirar que tiene la gente ante circunstancias que salen fuera de lo habitual. Es lógico que se hayan acostumbrado a pensar que aquello que sale fuera de lo regular y previsible lleve oculto algún sentido maligno o más comúnmente algún beneficio para el que lo ejerce. Porque hoy en día todo se hace por interés; todo el mundo se afana y se afana y se afana por ganar dinero y el dinero no le alcanza para cubrir todas las necesidades que cree tener, y cualquier distracción de lo que es afanarse para ganar dinero le parece una pérdida de tiempo incomprensible; pero verdaderamente no sé cómo he podido llegar a este punto de mi razonamiento o, mejor dicho, hacia dónde conducía este razonamiento, que me ha llevado un poco lejos del agujero en el buzo celeste.

Para ser breve: las cosas llegaron a un punto tal que ya no podía seguir usando ese buzo sin arriesgarme seriamente a perder el respeto y aún la estima de mis amistades; de modo que un domingo en que mi mujer se puso los lentes y vio el agujero en el buzo y dio un grito de espanto, le dije que sí, que está bien, que me iba a comprar un buzo nuevo. Y sin más salimos audazmente hacia el shopping.

*(Todavía puede continuar.)*

bias o música *pop*; comparto esa opinión, pero yo no quería correr riesgos.

—Y si hay desodorantes de ambiente, nos vamos —agregué.

También quedó claramente establecido que el único objetivo era la compra de un buzo que sustituyera al buzo celeste agujereado, y ninguna otra cosa; que ella no aprovecharía a entrar en tiendas o supermercados, porque después era posible que nos desencontráramos, y yo quedara dando vueltas insensatamente durante horas, sometido a todos los vejámenes que tuvieran a bien infligirme, y más que nada porque en un *shopping* soy totalmente incapaz de orientarme sin ayuda; no solo ignoro por completo dónde están los mejores lugares para comprar, o los más adecuados para aquello que busco, sino que además a los pocos minutos de estar allí no puedo distinguir un tipo de local de otro tipo de local, y después termino perdiendo incluso toda noción de lo que busco. Me marean las luces, la gente, el ruido, algunas chicas de minifalda, el movimiento, no solo de las chicas, sino el movimiento en general. Mi mayor preocupación suele ser mantener los pies bien apoyados en el piso, y dar cada paso muy conscientemente y con el mayor cuidado, porque por alguna razón, para mí incomprensible, no hay en el mundo nada más resbaloso que los pisos de los *shoppings*. Supongo que será una cuestión de *marketing*; probablemente haya quedado firmemente establecido que los sentimientos de inseguridad con respecto al propio equilibrio aumentan las ventas. Connigo, sin embargo, pierden plata; hago todo lo posible por evitar ir a los *shoppings*, ya que detesto resbalarme y caer, y detesto tener que hacer esos continuos esfuerzos por evitarlo. No veo por qué debería permitir que me mortifiquen de esa forma, cuando ya

#### Agujero en un buzo celeste (cuarta parte)

La ida al *shopping* en busca de un buzo nuevo fue planificada y llevada a cabo con una seriedad casi profesional, algo que más tarde me hizo acordar a esas películas que muestran la planificación minuciosa del asalto a un banco. En base a experiencias anteriores, de esas que uno preferiría no recordar pero, afortunadamente, quedan grabadas a fuego en la memoria, fuimos previendo y en lo posible previniendo las contingencias más desagradables, como por ejemplo que me tiraran chorros de perfume o que hubiera parlantes con publicidad; cuando no elaboramos una estrategia para enfrentar estas situaciones, luego sucede que mi mujer y yo nos ponemos a pelear en el lugar menos indicado, que es el lugar de los hechos. Ahora pactábamos las bases de la estrategia:

—Si hay parlantes con publicidad, me voy, y si yo me voy, vos también te vas —declaré tajantemente; la idea era eliminar las discusiones pero sobre todo evitar que, llegado el caso, me obligara a esperarla durante horas en la calle o adentro del auto.

—Está bien —dijo—; pero siempre hay música —aclaró de inmediato.

—La música la aceptaré —respondí, adelantando el mentón—, siempre que no sea Beethoven.

—No hay cuidado —respondió, pensando sin duda que en esos lugares no son capaces de poner otra cosa que cum-

la vida, de por sí, hace bastante por mortificarnos: el paso del tiempo, las enfermedades, los gobiernos, el clima, los mosquitos, los desengaños amorosos, la publicidad... —y encima esta gente que se empeña en pulir los pisos hasta dejarlos brillantes como espejos, y después, como si no fuera suficiente, los encera.

Esta vez las cosas no se presentaron tan negras como en la vez anterior. Claro que la vez anterior fue en la víspera de la Navidad pasada, y por algún motivo ese día en particular hace siempre que las cosas se presenten más siniestras que en días normales. Ya desde afuera se veía como un oscurecimiento, y unas luces psicodélicas que trataban de perturbar las percepciones y el entendimiento desde antes de pisar las escaleras de acceso. Esa vez no había planes, y el asunto de las luces no me pareció una razón suficiente para darme vuelta y volverme a casa; mejor dicho, sí, me pareció una razón más que suficiente, porque era un anuncio bien claro de lo que cabía esperar adentro, pero no tuve la rapidez mental necesaria para encontrar argumentos con los cuales tratar de convencer a mi mujer de que la empresa parecía demasiado arriesgada, y no pude menos que hacer de tripas corazón y seguir avanzando. Adentro, era el infierno. Habían colocado un armatoste especial, todo su interior forrado con una especie de terciopelo rojo muy vivo, y con un mostradorcito, tras el cual había una joven, toda de rojo también, disfrazada de diablo (¡nada menos que para Navidad!). La joven tenía una especie de máquina de flit y con ella echaba largos y contundentes chorros de perfume a los que pasaban cerca; y había una música estruendosa que superaba todo lo conocido en materia de decibeles, pensada como para ensordecer hasta la séptima generación de los que habíamos caído en la trampa. Di un grito de horror; me volví hacia salida y traté

de correr, pero mis pies patinaban sobre el piso encerado, y mi mujer me aferraba la ropa, no sé si para evitar que me cayera, para evitar que me fuera o para tratar de hacerme caer, pero aun con ella a rastras logré, en un esfuerzo casi sobrehumano, patinar todo el camino hasta la puerta y salir.

(¿Continuará?)

**Advertencia del autor:** el texto que viene a continuación es una pequeña pieza literaria, y no una crónica. Las cosas que allí se dice que ocurren, ocurren en la imaginación del personaje que monologa, y nadie debe creer que cuando se habla de vidrios rotos o cerebros que explotan se hace alusión a hechos físicos visibles y comprobables por un número considerable de personas dignas de crédito. Las personas y los roles sociales que se mencionan, aunque puedan corresponderse con personas y roles sociales de existencia efectiva y comprobable en el llamado *mundo físico*, en este texto cumplen el rol de personajes, es decir que son ficciones, y no responden más que a la imaginación del autor. Las expresiones como *terrorismo* o las alusiones a sistemas totalitarios, expresadas en relación a formas agresivas e invasoras de publicidad sonora, solo se refieren al espíritu de las mismas, quizás inconsciente, y no presumen por parte del invasor un ejercicio deliberado de alguna forma de ideología, entendiendo que quienes utilizan esas formas agresivas de la publicidad no están necesariamente motivados por un afán ideológico sino por el muy sano y democrático afán de ganar mucho, mucho dinero. M. L.

Pasa un vehículo ATROZ!!! tirando bombas de decibeles, bombas acústicas ATROCES —YO ESTABA TRATANDO DE ESCRIBIR estaba en mi casa yo me creía protegido PASA

UNA COSA TERRIBLE QUE TE APLASTA el sonido derriba las paredes la música golpea una voz grita algo, me da órdenes —es una terrible pesadilla TODO SE DESTRUYE estampidas de animales en la selva CAEN PEDAZOS DE VIDRIO, DE LADRILLOS, CAEN PAREDES nadie está a salvo, la bomba de sonido te aplasta contra el piso, te anonada —estallan los oídos, estalla el cerebro, tu sangre salpica las paredes TODOS ESTAMOS MUERTOS quieren vender por las buenas o por las malas APLASTAN para vender alguna porquería LOS MUERTOS BAILAN compren vayan vengan bailen por la plata baila el mono MIREN OIGAN OIGAN nadie nos defiende —se inició la temporada de caza del Hombre ESPECIE EN EXTINCIÓN cómo puede ser VÍA LIBRE bombas acústicas aplastan niños contra las paredes SE MEIEN EN TU CEREBRO te invaden la casa, te invaden el cuerpo NADIE NOS DEFIENDE NADIE PUEDE CON ELLOS tienen mucho dinero NADIE PUEDE es de ciencia ficción NUNCA PENSÉ EN ALGO ASÍ nadie los contiene DÓNDE ESTÁ SÚPERMAN DÓNDE ESTÁ BATMAN DÓNDE ESTÁ ROBocop ni el Presidente ni el Intendente ni el Ministro del Interior ESTO ES TERRIBLE nos atrastramos en pos de los trozos de cerebro TRATAMOS DE PENSAR EN MEDIO DEL CAOS ¿qué hemos hecho para que nos odien así? qué dice el arzobispo, qué dice el Papa, dónde está Moon, cómo es que Dios permite esto —qué violencia, cuánta violencia en esta ciudad NOS APLASTAN nos atropellan nos roban el alma NOS ROBAN EL ALMA !!!!! coto de caza la calle CAMPO DE CONCENTRACIÓN Montevideo —estamos indefensos PASA DE NUEVO ESE VEHÍCULO ATROZ el terrorismo acústico! MI CASA decibeles OH MI CASA megatoneladas ARROLLANDO TODO A SU PASO ejercen TODO SU PODER DESTRUCTOR —los niños lloran los animales huyen YO NO COMPRARÉ ESA PORQUERÍA no votaré NO VOTARÉ las almas

gimen. LOS CUERPOS BAILAN EN LA NOCHE ETERNA DE LA  
 CIUDAD CONDENADA la ciudad abandonada PERO RESISTI-  
 REMOS era mi casa RESISTIREMOS HASTA EL ÚLTIMO HOM-  
 BRE SÍ

### Agujero en un buzo celeste (quinta parte)

Había quedado debiendo el final de la historia; pues bien, se verá que termina sin mayores complicaciones, ya que la nueva aventura en el *shopping* fue mucho menos traumática que aquella otra en la víspera de Navidad.

Esta vez no había nadie que le echara a la gente chorros de sustancias ofensivas, y si bien la música estaba a un volumen muy, muy, muy alto, en este caso había dos atenuantes. Uno: no era música digital, como las de los discos compactos o la que suelen transmitir por las radios de FM y que tiene la virtud de taladrar el cerebro, metiéndose demasiado profundamente en los laberintos perceptivos e intelectivos, sino que la música era en vivo. Dos: por la misma razón de que era en vivo, uno podía alejarse de ella, y a cierta distancia el sonido se diluía un poco en sus estridencias, especialmente el sonido de una trompeta que alguien soplabo como si en ello le fuera la vida. Tal vez le fuera, pero no sonaba exactamente como Miles Davis, ni la música impresionaba como compuesta por Mozart. No vi la cara del mocito que soplabo porque no miré hacia la derecha, lugar desde donde avanzaba el frente sonoro, sino que giré rápidamente a mi izquierda y sin dejar de pisar con mucho cuidado sobre aquel piso resbaloso, traté de interponer la máxima distancia entre mis oídos y aquella guaracha. Cuando llegué a un lugar donde si uno gritaba podía hacerse oír, le pregunté a



los gritos a mi mujer cuál era el plan. Ella me gritó describiendo velozmente los próximos pasos; primero en ese nivel donde estábamos, luego, si era necesario, por la escalera hacia arriba. Estiró un brazo rematado en un índice extendido y gritó un nombre imposible de recordar, el nombre de una tienda. Allá fuimos.

La escena se repitió varias veces en distintas tiendas; vendedores solícitos, tratando de que sus rostros no expresaran tan claramente como lo hacían el sentimiento de que durante los fines de semana preferirían mil veces estar pesando, jugando al mus o ejerciendo de cualquier otra forma su derecho a la diversión, antes que estar allí atendiendo al público. Unánimemente ignoraban las cualidades de las prendas que vendían, y fundamentalmente ignoraban si acumulaban o no electricidad estática, y no parecían fantásticamente interesados en averiguarlo. Hacían hincapié en el color, cosa que estaba bien a la vista, pero ninguno se quiso comprometer con el problema de la electricidad. Yo pasaba repetidamente los dedos por la superficie de los tejidos, y siempre encontraba unos pelos sospechosos; por lo general, si tienen pelos perceptibles con la yema de los dedos, lo más probable es que se carguen de estática; y además es también muy probable que me produzcan en todo el cuerpo una picazón insoportable.

Pasábamos de un lugar a otro, con eficacia y velocidad. Mi mujer preguntaba por marcas o colores, yo preguntaba por la estática y manoseaba los buzos, el empleado movía la cabeza durante un rato y se iba a seguir charlando con algún compañero en los mostradores del fondo. Nosotros aprovechábamos para sacar más buzos de los estantes y tocarlos.

Después subimos por la escalera mecánica sin que sucediera ninguna desgracia, y repetimos la rutina varias veces

más en distintos locales de la planta superior, hasta que de pronto... lo vi. Lo vi y supe que era el buzo que necesitaba, y que no iba a encontrar otro similar. Lo vi, lo señalé y exclamé: «¡Es ese!»

Bueno, yo no tengo la culpa; quería terminar con esta historia, pero por algún motivo en la revista me prohibieron que escriba más de 3.000 caracteres. Van 2.974; así que solo puedo agregar:

*(Continuará.)*

### Agujero en un buzo celeste (sexta parte)

Mi mujer miró hacia donde yo señalaba y gritó: «¡Pero es amarillo!», en el tono de quien ha encontrado una babosa en la sopa. Según ella, el único color de buzo que puedo usar es el color café, y no voy a decir que no tenga razón; pero no habíamos encontrado buzos café que cumplieran con las condiciones esenciales para un buzo, mientras que este, cremita, se mostraba completamente inofensivo.

Le pedí a una amable empleada que lo sacara de vidriera y me di a la tarea de pasarle por toda la superficie, con suavidad y amor, al buzo, la yema de los dedos. La cara de mi mujer mostraba desaliento, incredulidad y amargura. La cara de la empleada era completamente neutra; ya dije que era amable, y lo era, pero se le notaba que hacía un esfuerzo por no salir corriendo de la tienda para ir a triscar alegremente por los prados, o lo que fuera que esperase de un domingo. Por mi parte, me llevé un disgusto cuando pregunté el precio; era muy alto, más del doble de lo que costaban otros buzos.

—Vamos a seguir mirando, y si no encontramos algo más barato, volvemos —le dije a la empleada, como si le importara.

Mi mujer dio un suspiro de alivio y salió de allí taceando, con la evidente determinación de encontrar por sí misma un buzo de color adecuado; en ese momento sentí que si le daba un par de agujas y un ovillo de lana café, hasta era capaz de tejerlo.

No encontramos, sin embargo, nada apropiado, y a pesar del precio y a pesar del color, tuvimos que volver. A mí me molestaba pagar ese precio, especialmente porque se trataba de un *shopping* y tengo prejuicios hacia los *shoppings*. No solo se me ha metido en la cabeza que allí todo es más caro, sino que además creo que esos comercios son sucursales de casas centrales que están en otros lugares, y que las mercaderías que llevan allí son sobrantes, cosas que no pudieron vender en las casas centrales. Seguramente nada de esto es cierto, pero ya dije que eran prejuicios, y los prejuicios son muy difíciles de desarraigarse; se hincan con gran profundidad en la mente de los seres humanos, y son capaces de desafiar incluso a la experiencia, y a los consejos de los sabios. Por otra parte, la idea de que en los *shoppings* los precios son más altos no es tan, tan descabellada, porque ALGUIEN pagará por el lujo de la edificación y el mantenimiento, por el mocito que tocaba la trompeta o cualquier otro de los muchos despliegues artísticos y culturales con que se busca elevar el espíritu de los concurrentes, por la cera de los pisos, por los guardianes de la seguridad, por todos esos aparatos electrónicos más o menos sofisticados que hay en distintos lugares, por los chorros de perfume, los desodorantes de ambientes y por una serie de detalles que se me escapan pero sé que existen. Así que no puedo evitar un desagradable sentimiento de haber sido estafado, de estar pagando una especie de impuesto por cosas no deseadas y que incluso me fastidian mucho, pero, ¿qué se puede hacer cuando uno necesita intensamente un buzo y es domingo? ¿Por qué estos comercios están abiertos los fines de semana, y los otros están cerrados? Evidentemente, en este mundo hay muchas, muchas cosas que ignoro.

Antes de llevarme el buzo me lo quise probar, y ya en el probador intenté ocuparme de cierto pequeño defecto que le había visto, y que consistía en un muñequito verde pegado a la altura de donde la gente suele pensar que tenemos el corazón. Era como un saurio que alguien hubiera bordado sobre un trocito de cuero o algo parecido. Estaba muy bien pegado y vi que iba a tener problemas para quitarlo. Así fue que...

*(Continuará.)*

### Agujero en un buzo celeste (séptima parte)

El buzo amarillo me venía bien al cuerpo, así que, aunque disgustado por ese muñequito publicitario que le habían puesto, discutí el precio, obtuve una importante rebaja, lo pagué y me lo llevé, pensando que ya encontraría la manera de neutralizar al muñeco. Todo el camino de vuelta mi mujer se mantuvo en un silencio ominoso, porque yo lo había comprado a pesar de su opinión. Pero las cosas no salieron tan mal, ya que lo estrené y después no lo manché muy a menudo, ni las manchas se notaban tanto después de todo, y además pronto vinieron días más calurosos y dejé de usar buzo hasta el próximo invierno.

Mientras lo usaba, vivía sin embargo bajo el permanente oprobio de aquel muñequito, y durante unos días anduve sin tiempo para intentar quitarlo. Cuando por fin lo intenté, vi que estaba muy bien pegado, unido probablemente con algún adhesivo sintético de última generación. Probé con bencina y con alcohol; inútil. Y cada vez que tironeaba para ver si aflojaba, el tejido comenzaba a abrirse, amenazaba con agujerarse, y alrededor del muñequito se agudizaba el aspecto de cosa que se va ajando.

Pensé en comprar alguna insignia neutra, pero la idea no me gustó porque quién sabe en qué me podría meter sin darme cuenta. Al muñequito se le podía hacer cierto daño en lo que era propiamente el bordado, con algo puntiagudo, como la punta de un cuchillo; pero solo desflrecaba el hilo

verde, sin quitarlo realmente; apenas se le iba una especie de pelusa. Mi mujer me descubrió una tarde rasqueteando al saurio con la uña, y me dijo que estaba loco; que ese dibujo era una marca prestigiosa, un símbolo de distinción. Yo le dije que si algún día me veía comprando algún objeto para prestigiarme con su marca, que directamente me pegara un tiro, porque para qué seguir viviendo así. También le dije que a los jugadores de fútbol les pagan por llevar propaganda en la ropa, y a mí no solo no me pagaban nada sino que me habían cobrado bastante por el buzo, y que qué clase de estúpido le parecía que yo era para andar haciéndole propaganda gratis a nadie. Mientras hablaba seguía rasqueteando el dibujo con la uña; probablemente todavía se adivinara que se trataba de un saurio porque la marca es conocida, pero visto objetivamente a cualquiera le habría parecido más bien un loro con las plumas alborotadas.

Y pasaron los días, hasta que una mañana me desperté con la solución, que sin duda había pergeñado durante un sueño: había que usar un *cutler* o *corte* o *cortante* —que de todas estas formas lo oí nombrar—; es esa especie de cuchillo de láminas que se van rompiendo y tirando, afiladas como hojas de afeitar, que se guardan dentro del mango hueco, y que para romperlas hay que tener cuidado porque solo se puede hacer de cierta manera; si se hace de otra, saltan a los ojos. Yo tenía varios de estos *cutters* porque los había comprado en oferta hacía años, y aunque no me habían servido de mucho, yo sabía que algún día habría de llegarles su momento de gloria. Con uno de ellos fui separando cuidadosamente del tejido esa especie de cuero blando que soportaba el dibujo, y descubrí con alegría que estaba unido solo en algunos puntos; había que cortar algunos hilos clave, y el resto se despegaba fácilmente. Es cierto que el buzo

se dañaba un tanto, al ir dando los tajos, pero supongo que ese debilitamiento del tejido no tendrá un efecto inmediato, y que al buzo, ya sin el muñequito, podré usarlo todavía durante algunos años, antes de que comience a formársele y a crecerle un agujero, como el de un buzo celeste que yo había comprado en Buenos Aires y cuya historia tal vez cuente en otra oportunidad.

(Fin de la historia del agujero en un buzo celeste.)

—¡Eh, señor! —me grita uno de ellos, sin moverse de donde está. Yo me hago el sordo—. ¡Eh, tío! —y da un silbido. Se ríen—. ¡Eh, viejo! —agrega uno al final, dándose por vencido.

—¿Tiene una moneda, abuelo? —en esa misma zona, un hombre gordito, con la cabeza rapada, que se hace el simpático. También él me grita desde lejos. Muevo la mano derecha, con el índice levantado, en una señal de negación. Qué cantidad de ineficaces. Y lo primero que tendrían que aprender es a no decirme «abuelo».

A veces aparece una mujer joven con un bebido de pocos meses. Pide «para la leche del nene»; desde luego, no le doy nada. Pienso que es un bebé alquilado, o prestado; o quizás un muñeco, porque a esos bebés nunca los veo despiertos. Si la mujer fuera la madre, podría darle el pecho y pedir para comprar carne, por ejemplo. De cualquier manera, me molesta que pidan para esto o para aquello; no me interesa saber en qué se gastarían mi dinero, sea en boletos, sea en leche, sea en bebidas o en drogas, o que simplemente lo quieran para ponerlo en el banco.

Puede darse el caso, pero hasta ahora no he dado nunca una moneda por temor. Cuando el aspecto del que pide, o los que piden, es atemorizante, algo en mí se rebela, y aun que mi respuesta parece, y seguramente es, la menos prudente, digo que no. Lo mismo que a esos fastidiosos que quieren contarme una historia larga y cargarme de culpa.

Eso de pedir por la calle tal vez tenga relación con la necesidad, pero también con una especie de juego. No

—Jefe, ¿le puedo pedir un favor? —me pregunta con toda corrección un joven de lentes oscuros, apenas salgo de casa y pongo un pie en la vereda.

Otro joven, que iba con él, sigue caminando unos pasos.  
—Podés pedirlo —respondo.

El joven no me entiende, no me oye bien, o tal vez oye el rechazo que quería oír: hace con la cabeza un gesto de asentimiento, y se aleja sin decir más nada. Quedo desconcertado.

Es todo un asunto, eso de salir a la calle y encontrarse con jóvenes, y a veces no tan jóvenes, que piden dinero. En general, piden «para el ómnibus», y en muchos casos me resulta evidente que es cierto: jovencitos con mochila, libros o cuadernos, que piden «un peso» y van juntando monedas, apretándolas en una mano, tal vez por experiencia de que si se pide mucho todo junto, nadie da.

Algunos son artificiales en su cortesía, como si se estuvieran burlando, o practicando un oficio. A esos no les doy nada. Ni tampoco a los gandules cómodos, o soberbios, que piden desde lejos, sin molestarse en separar la espalda de la pared o de la columna, y con un aire divertido. Hay dos, uno contra una columna, otro apoyado en un coche. Yo paso a varios metros, cerca de la pared, en un lugar donde la vereda es muy ancha.

deja de ser una forma de comunicación; para el que pide y para el que da, o el que no da. ¿Por qué salgo con monedas en el bolsillo, yo que antes, por principio, no daba? Esa pulseada, cuando los gaudules tratan de manipularme y yo me resisto, o esa mirada agradecida del chico que está lejos de su casa.

Y están los que no piden. Esos hombres desastrosos, esas mujeres envueltas en una serie de trapos, que llevan sus cosas en bolsas de arpillera, que buscan un lugar donde acomodarse para dormir. Siento por ellos una simpatía inmediata. Pero no piden; no sé cómo hacen para sobrevivir. Tendrán sus sistemas. Algunos están chiflados, como esa mujer negra que discute todo el tiempo con un ser invisible. Otros tienen una mirada entre sabia y benévola, como si estuvieran más allá del bien y del mal. Probablemente lo estén. Todos ellos, cuerdos o no, tienen en común la dignidad, esa cualidad tan rara de encontrar en los seres humanos. Y la libertad, condición más rara aún.

Miro por la ventana hacia la calle para, según la ropa que la mayoría de la gente lleve puesta, tratar de hacerme una idea del clima allí afuera. Pero me distraigo observando a dos inspectores de tránsito que tienen toda la actitud de poner una multa. En realidad, el de la actitud es uno de ellos; el otro solo acompaña. Hay un coche estacionado frente a un comercio; en esta cuadra no se permite estacionar a esta hora. El coche tiene las luces del señalero encendidas, en un claro aviso de que el chofer piensa regresar pronto. O de que se olvidó de apagar el señalero. El que pone la multa, de quien solo veo unos pelos negros muy largos que salen por debajo de la gorra y flotan al viento, y una mano que sostiene una libreta y otra que escribe (todo lo demás es uniforme), procede con lentitud, como si quisiera darle tiempo al infractor para aparecer e intentar alguna defensa. Pero el infractor no aparece. El compañero de quien escribe la multa saca un pañuelo y se suena la nariz, luego lo dobla o más bien lo enrolla y vuelve a guardarlo en un bolsillo del pantalón de su uniforme. Mira hacia todos lados, como buscando al infractor, o a otros infractores, o simplemente observando distraídamente el panorama de la calle, en eso que los etólogos quizás llamarían *esquema fijo de movimientos*, algo que hacemos todos sin darnos cuenta por razones que no podríamos sospechar si no las leyéramos en un libro. El otro termina por fin de escribir la boleta de la

supuesta multa, la arranca, también parsimoniosamente, de la libreta, y se acerca al coche infractor, cuyo señalero sigue en su irritante actividad; coloca la boleta contra el parabrisas, y la sujeta con uno de los limpiaparabrisas. La supuesta multa queda agitándose al intenso viento de la tarde gris. Los dos inspectores comienzan a alejarse del coche, hacia la derecha de mi campo visual. Aplasto un poco más la nariz contra el vidrio para ver si hay más coches infractores a la vista. No los hay. Los inspectores desaparecen de mi campo visual. Una señora sale del comercio y mira con alarma el coche; tal vez haya visto la multa. Pero no es para ella, o al menos no se hace cargo, porque no se acerca al coche. Se dirige hacia la izquierda de mi campo visual. Yo estoy pendiente del viento: ¿logrará desprender la boleta, arrancarla de la sujeción del limpiaparabrisas y llevarse la revoloteando alegremente por esas calles? En ese caso, ¿qué será de la infracción, qué será del infractor? ¿Estará igualmente obligado a pagarla? ¿Cómo se enterará? ¿Cuándo? No tengo respuesta para ninguna de estas preguntas; mientras tanto, la supuesta boleta continúa resistiendo. Se mueve, se agita, pero no se desprende ni se rompe. Nadie se acerca al coche por un rato. Yo no puedo despegarme de la escena; recuerdo haber pensado, en un primer momento, que los inspectores tenían un aire que los asemejaba a ciertos personajes de los hermanos Coen o de Tarantino, y pienso que fue eso lo que me hizo adherirme a la escena. Por fin el infractor sale del comercio, y me sorprende que efectivamente salga de allí como yo había pensado; por lo general las cosas no suceden como las pienso. Pero yo todavía ignoro que es el infractor, y realmente todavía no me sorprende. El hombre se acerca al coche por la parte de atrás, baja a la calle y lo rodea desde atrás hacia la puerta delantera, de modo que no ve la boleta,

que no está sujeta del lado del conductor, sino del otro. La boleta se sigue agitando al viento, como intentando soltarse y volar, y aun así el infractor no parece reparar en ella. Pone en marcha el motor, arranca y se va lentamente. Sale por la izquierda de mi campo visual.

—¡Tira, tira! ¡Tírame de la pierna! —la vieja parecía estar en la mejor parte de su representación; repitió la frase dos o tres veces, siempre chillando, y luego abandonó el lugar de una supuesta víctima y dio un paso a un costado. Con voz un tanto más normal, pero no por ello agradable, siguió contando que había quedado paralizada, que no sabía qué hacer. Lo repitió lo suficiente como para que se comprendiera cabalmente la situación, y volvió a moverse para ocupar otra vez el lugar de la víctima—. ¡Tira! ¡Tira! ¡Tírame de la pierna! —empezó a chillar nuevamente.

Era un almacén en la periferia de una ciudad de la costa. Detrás del mostrador había una familia entera hipnotizada. La gorda madre, el gordo padre y el gordo hijo, los tres estaban inmóviles, con la mirada fija y los ojos muy abiertos. No respiraban. Al parecer, hacía rato que la vieja prolongaba el climax de su narración. Su cara expresaba un goce maligno. Ahora cambió de lugar y repitió exactamente lo mismo. Cuando ocupaba el lugar de la víctima, los chillidos semejaban vidrios que se rompían contra un piso de mosaicos. Luego intentó repetir todo una vez más.

Me acerqué al mostrador.

—¿Me van a atender? —dije—. Quiero comprar cigarrillos. Los tres gordos respiraron y se movieron. Me miraron. Tardaron un instante en reconocermé. El sortilegio de la vieja se esfumó por fin.

—Cómo no, señor —dijo el hombre—. ¿Qué cigarrillos quiere?

La mujer se movió hacia unos estantes y comenzó a ordenar innecesariamente la mercadería. El muchacho pasó tras una cortina y desapareció de la vista. La vieja me miró brevemente como quien apuñala, con ojos que clamaban por mi destrucción, y se fue.



Una presencia indebida, algo que primero se percibe desde la espalda, desde la columna vertebral; no lo podía creer, pero tenía a alguien siguiéndome muy de cerca. Eran más de las seis de la tarde y la avenida estaba repleta de gente. «¿Qué puede querer este sujeto?», pensé; era difícil imaginar un asalto delante de tanta gente, pero sobre todo es difícil, siempre, imaginar que alguien me pueda asaltar a mí. Lo decía un amigo, unos meses atrás, de manera muy clara: «¿Quién te va a asaltar a vos, con esa pinta de bichicome que tenés?» Sea como fuere, esa presencia estaba ahí, inquietante y permanente, como una sombra tridimensional. Y oliente. No maloliente, sino oliente a algo que bien podía ser repollo digerido; un vaho con un toque de acidez que me alcanzaba rítmicamente a medida que avanzaba. Que avanzábamos. Alcancé a ver con el rabillo del ojo una camisa blanca, limpia. Imaginé a un horrible ladrón o asesino, impecablemente vestido. Estaba siempre muy cerca, y copiaba mis movimientos; cuando intenté zafar por la izquierda, él se movió a la izquierda; me entretaré un instante, como dejando pasar a gente que venía en dirección opuesta, y él se detuvo. Después volví a caminar, y él también. Y digo «él» y en ese momento pensaba «él» porque no era una presencia femenina; a una presencia femenina uno la deja que se acerque sin temor, tal vez equivocadamente; una presencia femenina se respira, se aspira, de otra manera, aunque no

lleve perfumes (*especialmente* si no lleva perfumes). No; eso que venía tras mí era un hombre, y de pronto me atacó una fobia repentina y doblé súbitamente a la derecha y me metí en un comercio, de esos con vidrieras que se prolongan mucho hacia su interior. La sombra oliente me siguió. Me paré a mirar la vidriera, una vidriera que jamás en otras circunstancias me hubiera parado a mirar; exhibía billeteras de cuero y marcos para retratos. Y entonces lo vi; no a él, sino a su reflejo en el vidrio. Estaba parado, en actitud de no saber qué hacer, mirando hacia el interior del negocio, como si no se hubiera dado cuenta de que yo estaba a su lado, a su derecha. Miraba hacia el fondo como buscándome con la vista. Y era muy parecido a mí. Con un poco más de pelo, un pelo más bien rizado en pequeñas ondas aplastadas. De mi estatura y con lentes iguales a los míos. Me volví bruscamente y empecé a caminar a paso rápido. Después miré hacia atrás varias veces, y no vi que me hubiera seguido.

No, no quiero hacer con esto un cuento de horror. Recordé a Poe, recordé a Maupassant, recordé a Graham Greene, y las obsesiones de ellos con sus dobles. Este no era mi doble. No parecía mala persona, pero no quiero que sea mi doble. No sé qué hacer con un doble; no me lo puedo imaginar, ni quiero pensar en ello. No quiero tampoco pensar en la posibilidad de que yo en ese momento estuviera desdoblado, en estado de trance, caminando por la calle como un sonámbulo con un plácido ectoplasma oliente a repollo digerido caminando tras mí. No, no. No sabría qué hacer con eso. Por suerte, no había comido repollo.

Pero tampoco sé qué hacer con el hecho escueto: un señor de mi edad, muy parecido a mí en una cantidad de detalles importantes, dedicado a transformarse en mi sombra, una tarde, en la calle.

### Elvis Presley (primera de una serie de cuatro partes)

Pienso que el edificio es demasiado majestuoso para la función que cumple; es una construcción antigua y sólida, con mucho lujo de mármol y laboriosas incrustaciones metálicas. Contra una pared, a la derecha, hay un piano, y junto al piano un hombre; este le da la espalda a otro hombre que está junto a otro piano, a la izquierda; el de la izquierda trata de enseñarme una estructura musical básica, sobre la que es posible componer cualquier melodía; el otro se ocupará de enseñarme a escribir una melodía determinada. Uno me explica la teoría, luego el de la derecha toma un papel pentagramado y me explica el valor de cada nota y, según su lugar en el pentagrama, su correspondencia con las teclas del piano. Me muestra que la redonda tiene un valor relativo de 4 y se escribe con un cuadrado o con un rectángulo grande; la blanca, valor relativo 2, con otro cuadrado, más pequeño; la negra, valor relativo 1, tiene una representación visual muy compleja: un círculo que concentra la atención sobre un detalle de la realidad como si uno mirara por el visor de una cámara fotográfica réflex de un solo objetivo; a través de ese círculo se ve nítidamente y en color, y el resto aparece como visto a través de un cristal despulido, unos matices de gris medio esfumados, borrosos. Cuando miro esta nota, veo que en ella se representan varias escenas, una de las cuales se corresponde con la realidad inmediata de lo que sucede dentro del local, e incluso fuera del local si

es que uno mira a través de la nota por los ventanales que dan a la calle. Un hombre de sombrero y lentes, que tiene cierto parecido con mi padre pero es más corpulento y con un inefable toque extranjero, nos mira desde un pasillo a través del vidrio de una puerta cerrada; a veces queda enfocado por el círculo nítido dentro de la nota. El teórico, desde mi izquierda, me explica que lo que está dentro del círculo es una nota musical, y que lo que está afuera y ocupa todo el resto del espacio, también es una nota musical y tiene el mismo valor relativo; que cada nota es por lo tanto doble, como uno de esos juegos visuales de figura y fondo de la *Gestalttheorie*; no simultáneamente doble, sino que depende de dónde quede centrada la atención. La corchea, en cambio, es un círculo partido, como en otro tipo de cámaras, con las que, para enfocar, es preciso hacer girar una ruedita que hace deslizar el objetivo junto con un telémetro, de modo que una imagen partida se mueva en una de las mitades del círculo hasta que se continúe perfectamente en la otra mitad.

Cuando vuelvo a casa me encuentro a mi amiga L.; está parada en medio del corredor que lleva a la cocina. Tiene puesto un camisón. Le digo que es preciso sacar la basura, y le entrego dos bolsas de nailon negras; una de ellas está húmeda. Me voy a lavar las manos, y pienso que L. debería hacer lo mismo, porque el contacto con la bolsa húmeda deja en la mano una desagradable sensación pegajosa.

Comienzan a llegar unos niños y me imagino que habrá una fiesta infantil. Mi madre está trabajando con afán en la cocina, como si preparara un gran banquete. La casa me parece mucho más grande que antes. Salgo a la calle, después de atravesar cantidad de habitaciones vacías y silenciosas, en penumbras. El color del cielo es también oscuro, como de

tormenta, muy cargado, con algo raro. La casa está rodeada por una inmensa valla circular, de tejido de alambre. Frente a mí hay un portón cerrado. Se acerca un desconocido y me informa que elementos subversivos tratan de impedir que llegue Elvis Presley, quien actuará en la fiesta. Oigo el ruido de una moto y pienso que llega Elvis. Vuelvo a la casa.

## Elvis (2/4)

Ahora que está iluminada veo que mi casa parece casi un palacio; hay unas enormes columnas de mármol, y es muy lujosa, alta y amplia. El lugar donde va a desarrollarse el espectáculo tiene las dimensiones de un pequeño estadio. En las gradas hay mucha gente, esperando. Mientras miro hacia el escenario, queda a mis espaldas la parte habitual, común, de la casa, y allí se ha reunido mi familia.

El ruido de la moto se oye ahora con mayor claridad, luego cesa, y casi en seguida aparece Elvis Presley, acompañado de su secretario, un sujeto a quien no logro ver con claridad y que pronto desaparecerá entre el público. Presley usa pantalones vaqueros y una campera oscura; es un hombre delgado y sencillo, no muy alto. Va hacia el centro del escenario y se pasea con un micrófono, hablando en inglés. Luego se acerca a nosotros. Me toma de una mano, y con señas hace que también mis padres accedan al escenario. Nos presenta como sus anfitriones y pide que nos aplaudan. Yo saludo con una inclinación de cabeza y me alejo rápidamente para no interferir. Tengo intención de observar desde lejos, desde el límite entre la parte habitual de mi casa y esa parte que parece un estadio.

Oigo el sonido de una campanilla, y veo que corresponde a un teléfono monedero que está instalado sobre una pared a mi izquierda. Vacilo en atender; tal vez sea una instalación precaria, necesaria para la organización del es-

pectáculo, y atender sea cosa exclusiva de quienes están a cargo. Efectivamente, se acerca una señora gorda, con un vestido de falda muy amplia, y un aire humilde, casi diría vulgar, aunque con un dejo de toque oficial, como el que podría tener la presidenta de una comisión barrial. Descuelga el tubo y mientras escucha me hace unos gestos de impaciencia, dando a entender que quien habla le está planteando problemas triviales y fuera de lugar. La conversación se prolonga durante largo rato, aunque la mujer casi no habla; mantiene, sin embargo, su gestualidad y sus ademanes de impaciencia. Mientras tanto Elvis Presley da por termina- da su actuación, que como tal es por cierto muy breve, y abandona la escena; yo no he tenido oportunidad de verlo ni oírlo actuar, distraído con el teléfono y los ademanes de la mujer.

Presley se me acerca y, en lo que parece ser una costumbre suya, vuelve a tomarme de la mano y me lleva al interior de la casa, donde se alojará; entiendo entonces que su actuación todavía no ha comenzado, que simplemente se ha limitado a saludar, presentarse y presentarnos, y que la verdadera actuación suya tendrá lugar más tarde; quizás se hayan previsto números de otros artistas para entretener al público. Como si conociera perfectamente mi casa, se instala en una pieza sin necesidad de que nadie se lo indique, y mientras desempaca sus cosas dice una palabra en español, que me suena muy nítida, muy bien dicha. Le digo entonces que habla muy bien el español, pero él dice que no, que no va a hablar más que en inglés porque cuando habla en español teme quedar en ridículo por su acento extranjero. Yo insisto en que su español es muy bueno, y le explico que nosotros en Uruguay tampoco hablamos realmente español ni usamos el verdadero acento, y para hacerle entender la

diferencia digo: «Los españoles hablan así...», y empiezo a imitar con mucha torpeza la forma de hablar de los gallegos. Me doy cuenta en seguida de que eso no tiene sentido y me callo, esperando que Presley no haya advertido mi confusión; y aunque no da muestras de percibir algo extraño en mi comportamiento, de todos modos me siento muy incómodo.

### Elvis (3/4)

Acompaño a Elvis al comedor, donde se supone que le espera un gran banquete; pero el comedor está a oscuras y desierto, la mesa está vacía y no hay nada preparado. Seguimos andando y llegamos a la cocina, donde tampoco hay gente. La luz está encendida. Presley se sienta ante una mesa bastante vieja y poco cuidada, y yo miro alrededor y sobre la heladera veo una caja muy grande, donde sé que mi madre ha guardado la comida para el banquete; le quito la tapa y en su interior solo encuentro una fuente sopera con algunos pescados. Los pescados están dispuestos en hilera y cada uno de ellos exhibe un ojo muy nítido y llamativo, redondo, con una circunferencia negra muy marcada alrededor; por debajo se ve una salsa con tomates, papas, huevos y aceite. Tomo uno de los pescados por la cola; es de color gris metálico, plomizo. Lo exhibo ante los ojos de Presley, diciéndole que es lo único que he encontrado para comer. Él me dice cortésmente que lo lamenta pero el pescado no le gusta. Le digo que me espere un poco; que mi madre organizó todo, y yo iré a buscarla para averiguar qué está sucediendo.

Ahora la casa se ve más ordenada y silenciosa, como si se hubiera ido todo aquel público. Cerca del escenario, también silencioso, veo unas niñas muy atarceadas junto a unas mesas pequeñas; están contando el dinero de la venta de entradas y hacen paquetes con las pilas de monedas. Un

asiento que debería estar ocupado por mi madre, está vacío. Desciendo tres escalones y veo a lo lejos que alguien me hace señas; parece ser un portero, o al menos es alguien de uniforme y está junto a una puerta muy grande. En ese lugar el edificio adquiere un aspecto de cosa oficial, algo —como todo lo oficial— con una majestuosidad decadente y gastada. Las señales del portero son ambiguas, como un llamado y al mismo tiempo indicando una dirección; su mano traza en el aire una línea oblicua que, creo entender, yo debería seguir. Cuando llego junto al portero, me hace una nueva señal hacia un lugar no muy preciso, supuestamente en la vereda de enfrente, cruzando una gran avenida, y en esa vereda veo a mi madre recostada a la pared de la estación de ferrocarril. También ella me hace señas parecidas a las del portero, en dirección a otra pared, perpendicular a la avenida y que se mete muy adentro en un ensanche de la vereda; junto a esa pared hay una mujer que usa lentes oscuros, redondos, y comienza a caminar hacia mí. La reconozco, aunque advierto que está muy envejecida y su rostro se ha vuelto desagradable. Yo no quiero saber de nada con esa mujer y me disgusta que mi madre trate de ligarme a ella; me alejo apresuradamente por un camino de tierra o pedregullo que se abre a mi derecha. Allí se me acerca una perrita muy amistosa, que me sigue y trata de jugar conmigo, pero también veo unos perros grandes, negros, con aire peligroso. La perrita se esconde en un edificio al cual NO SE PODÍA ENTRAR; se sabe que allí adentro hay grandes peligros, entre ellos un plantel de perros guardianes del que aquellos de la calle forman parte. Entro al edificio con mil precauciones y cuando encuentro a la perrita la levanto en brazos; después trato de salir de allí, también con infinitas precauciones, para no hacer ruido o movimientos que puedan crear

una alarma. Alcanzo la salida. Los perros que estaban en la calle parecen distraídos con algo que ven a lo lejos y que les llama poderosamente la atención. Siempre con la perrita en brazos, cruzo la calle para ponernos a salvo.

Elvis (4/4)

En la vereda de enfrente hay una serie de entradas a la Jefatura de Policía; una de ellas tiene carteles referidos a patentes y vacunaciones de perros, y al caminar por allí, siempre con la perrita en brazos, noto después de un rato que unos barrotes metálicos desvían insensiblemente hacia el interior del edificio a quienes andan por esa vereda; yo ya estoy dentro del edificio y me encuentro en uno de los pisos superiores, buscando la forma de bajar, sin comprender cómo he podido confundir de tal forma el camino. Las escaleras son complicadas, y así como subí sin darme cuenta ahora no encuentro una manera simple de bajar. Aparecen otras personas que vienen desde pisos superiores, de visitar a gente que está presa, o incluso enferma, porque hay señales de que el lugar también incluye un hospital. Esas personas tienen un aspecto entre irritado y culpable.

Por fin me encuentro en un lugar que me resulta más conocido, porque en un tiempo allí podía obtenerse la cédula de identidad. Recuerdo que desde ese lugar se puede bajar hacia la calle San José por una escalera retorcida y estrecha. Mientras descendo por esa escalera, veo sobre las paredes unos carteles en inglés que parecen ser la publicidad de algún producto. Pienso: «espero que no haya ningún cartel que diga PROHIBIDO SALIR CON PERROS; evidentemente, yo sé que generalmente no se puede ENTRAR con perros, pero yo no entré, sino que venía por la calle, y no es culpa mía que la

calle se continúe aquí adentro; sin embargo, tienen el derecho de prohibirme SALIR con perros. Pero no hay ningún cartel que prohíba ESTAR con perros, y entonces por ahora no he transgredido ninguna ordenanza porque no entré con perros ni salí con perros». No es cierto que no haya entrado con perros, pero eso es lo que pienso, en un razonamiento muy confuso. En rigor no encuentro ningún cartel con ningún tipo de prohibición acerca de los perros, aunque sí hay muchos cartelitos publicitarios en color sobre los escalones finales; es una publicidad de teatro o de cine para niños.

Dejo a la perrita en el suelo y cruzo a la vereda donde está mi casa, al menos el sector de mi casa que funciona como un estadio. Allí hay también un bar, y a través de la ventana veo que Elvis Presley está esperándome acodado al mostrador. Me acerco a él y le digo que me ha sucedido algo completamente extraordinario. Hablo en inglés, con mucho trabajo. Sentado a una de las mesas está mi abuelo. Elvis me ayuda a armar las frases en inglés, sugiriendo palabras cuando yo tartamudeo o vacilo. Quiero contarle que me he encontrado con esa mujer que ha envejecido, pero él ya conoce la historia; dice que la misma mujer se la ha contado no hace mucho tiempo. Me resulta muy extraño que él la haya conocido. Ella entra en ese momento al bar, mirando en todas direcciones como si buscara a alguien; seguramente me busca a mí. Yo bajo la voz, y le digo a Presley que no podemos seguir hablando de ella porque acaba de entrar, y que sería inútil hablar en inglés porque ella lo entiende. «Ella es muy inteligente», digo, con amarga ironía, y Elvis Presley me sonríe de manera comprensiva, casi cómplice.

*(9/97-2/98, sobre apuntes de 3/3/80)*

\*\*\*

Acostumbramos a festejar números redondos, como el 100, o el 1.000, o el 10.000. Otros son menos interesantes, como el 2.000. Pero el 100 es el que más nos atrae porque es igual a todos los dedos de ambas manos por todos los dedos de ambas manos. Si tuviéramos 4 dedos en cada mano, festejaríamos el número 64, y tal vez lo escribiríamos así: 100. El 65 se escribiría tal vez 101, y el 128, 200. No hay espacio para continuar. Salud, pues.

Ya es tiempo de que los lectores comencemos a despegar el concepto *literatura* del concepto *libro*; me refiero a los lectores amantes de la literatura, o sea, a esos doscientos o trescientos uruguayos que tarde o temprano terminan por conocerse personalmente, y que además de leer también escriben a veces, y a veces hasta publican.

El libro ha sido, y es, un soporte maravilloso para la literatura. Desde el punto de vista práctico no le cabe ninguna objeción y casi no puedo pensar en leer sin pensar en un libro (incluso, tal como comentábamos con una amiga, casi no podemos pensar en *comer*, sin pensar en un libro; pero eso ya entra en el terreno de ciertas patologías). Y sin embargo, parecería que a este espléndido y prolongado matrimonio literatura + libro le ha llegado, como a todo matrimonio, la hora de los cuestionamientos. La culpa, como siempre, la tienen los hacedores de dinero.

Las editoriales y los literatos estuvieron desde un primer momento relacionados por ese sencillo y universal esquema amo-esclavo. Ejemplos no faltan, sin llegar a casos extremos como el de Emilio Salgari, y sin necesidad de ejemplos todo el mundo está acostumbrado a asociar al talento con la miseria o la pobreza, y a los editores con tipos bien vestidos y dueños de automóviles, yates y edificios. Esto no implica

necesariamente, aunque a menudo sucede, que los editores arruinen la vida de los literatos; la relación causa-efecto es mucho más compleja. Y a la larga podría decirse que sí, que los editores arruinan la vida de los literatos, pero este «a la larga» implica una serie de consideraciones sociológicas que no soy el más indicado para desarrollar. Quiero decir, para hacerlo simple, que la editorial *x* que edita al literato *y* puede mantener una buena relación con el literato *y*, y no robarle ni engañarlo ni estafarlo ni quedarse con el dinero que legítimamente le corresponde a *y*, pero que, sin embargo, la existencia de la editorial *x* sumada a la existencia de las editoriales  $x_1, x_2, \dots$  y  $x_n$  da como resultado una concepción del libro y una concepción del literato que son funestas para el literato, y a la larga para todo el mundo.

\*\*\*

Cometo un error al hablar de literatos en general; las cosas se ven más claramente, me parece, si hablamos de escritores *aficionados* y escritores *profesionales*. Son los dos grandes caminos que puede elegir quien se dedica a las letras; caminos que puede elegir, o quizás caminos que lo eligen a él, ya que, a pesar de la creencia popular, pocas cosas de la vida están determinadas por la voluntad.

El escritor puede vivir de la literatura, o vivir de otra cosa. Desde el momento en que elige o es elegido por la primera opción, es poco probable que el aficionado, si lo era, siga siendo aficionado; lo más probable es que pase a ser un profesional y se quede en eso. Sin embargo a veces ambas categorías pueden coexistir en una misma persona y, a pesar de ello, podría decirse que el escritor aficionado y el profesional viven en mundos muy distintos, como es



distinto el mundo para el hombre que escribe, mientras está escribiendo, y para ese mismo hombre, cuando llega el momento de vender, o de dar a conocer el fruto de su trabajo.

Pero se me acaba el espacio, y ni siquiera empecé a desarrollar el tema... A manera de ejercicio, que el lector intente separar la idea de literatura de la idea de libro; al menos, comprender que son dos cosas distintas. Decimos: «voy a leer un libro»; habría que empezar por decir, o pensar: «voy a leer un texto».

(Esta nota forma parte de una serie, «Literatura, libros, libros», que se alternará con otro tipo de Irrupciones. M.L.)

Capté de reojo un movimiento extraño cuando pasaba cerca del banco de unos de esos refugios municipales, próximo a la esquina. Giré la cabeza y vi a un hombre mayor, es decir, mayor que yo, grandote, muy robusto, que estaba haciendo un movimiento inusual con el cuerpo; en realidad, se estaba cayendo hacia atrás, en cámara lenta. Un hombre joven hizo ademán de acercarse, pero lo pensó mejor y se alejó a muy buena velocidad. Yo había seguido andando unos pasos, mientras pensaba que el joven iría a ayudar al que se estaba cayendo, y cuando vi que no era el caso me detuve, aunque a mí tampoco me gusta meterme en líos. Miré a mi alrededor en busca de apoyo; solo vi actividad en la oficina (que ellos prefieren llamar *templo*) de una organización religiosa; estaban cantando. Mal lugar para buscar ayuda.

—La puta madre que lo parió —dijo claramente el hombre que caía.

Su cabeza había tocado el suelo sin violencia, y ahora él hacía esfuerzos por incorporarse; todavía tenía las piernas encima del banco, y las fue bajando hasta quedar totalmente acostado en el suelo. Seguía farfullando en voz baja y sin demasiado énfasis; como un rezongo.

Vi una mano grande que se agarraba de una tabla del banco, y el brazo que se tensaba en el esfuerzo. El hombre se incorporó a medias, pero volvió a caer. La gorra que llevaba en la cabeza cayó en un charco de agua; a esa hora de la

tarde ya había dejado de llover, pero había llovido durante toda la noche y todo el día, lo suficiente para formar un charco en un tramo de vereda donde faltaban algunas baldosas, y para empapar totalmente la gorra del hombre que había caído con la cabeza justamente sobre el charco.

—La puta que lo parió —volvió a decir, con el mismo tono de rezongo. La expresión del rostro lo hacía aparecer casi divertido, aunque la sonrisa tal vez no fuera sonrisa sino un rictus provocado por el esfuerzo.

A todo esto, yo no estaba inactivo. Soy de los que no se apresuran a actuar, para darle tiempo a las cosas; pero había ido girando lentamente alrededor del banco y quedé frente al hombre caído; antes de hacerme ver había estudiado su intento de incorporarse y su fracaso. Estiré el brazo derecho, y puse mi mano derecha al alcance de la suya.

—No —dijo en seguida—. Capaz que se viene al suelo usted también —y era una posibilidad que yo ya había calculado; aunque no soy precisamente un enano, la estructura ósea del hombre caído era apreciablemente mayor que la mía. Y nuevamente lo intentó, y nuevamente fracasó.

—¿Llamo a alguien? —pregunté. El hombre caído sacudió la cabeza. Vi que no quería ningún tipo de ayuda—. ¿Qué hago? ¿Me voy?

—Sí, sí —respondió en seguida, con vivacidad. Yo no podía convencerme.

—¿Pero está seguro? —insistí—. Mire que me voy, eh.

—Sí, vaya, vaya —respondió, con total seguridad; y volvió a intentar incorporarse, y volvió a fracasar.

Me apresuré a alejarme porque los que pudieran acercarse tendrían todo el derecho del mundo a pensar que yo lo había derribado y que, ahora, de pie junto a él y sin presertarle ayuda, solo quería robarlo o matarlo.

Al pasar de nuevo por allí, unos quince minutos más tarde, de regreso a casa, ya no había rastros del hombre. Ni de su gorra; esto último me llamó mucho la atención.

### Literatura, literatos, libros (2/?)

Estaba tratando de desarrollar algunos pensamientos acerca de los escritores y los libros, y anotaba diferencias entre aficionados (*amateurs*) y profesionales.

Si bien creo que el aficionado vive en un mundo y el profesional en otro, ambos pueden coincidir a veces, aunque sea temporalmente, en una única persona. Yo mismo, que soy un ejemplo nítido de aficionado, desde el momento en que empiezo a escribir regularmente para esta revista me transformo en un profesional. Si mañana me surge la imperiosa necesidad de escribir una novela, pasaría de inmediato a ser un aficionado, porque en mi caso es imposible la transformación en un novelista profesional; tal vez por haraganería, pero sobre todo por falta de interés. El dinero no es estímulo suficiente, y soy totalmente incapaz de ponerme a escribir algo que me va a dar mucho trabajo, y que no sé hacer sin la inapreciable colaboración de eso que llaman *inconsciente* o *musa*. En cambio, en la producción semanal de estas *Irrupciones*, a veces mi trabajo es inspirado, y a veces es forzado por la necesidad de entregar en fecha. A veces estas *Irrupciones* están escritas por un aficionado; a veces, por un profesional. El profesional no es mejor que el aficionado. Tampoco es necesariamente peor; hay quienes desprecian a los que se ganan la vida con su literatura, del mismo modo que hay quienes se ríen de los tontos que escriben sin ganar dinero. Son, como decía, mundos distintos, aunque a veces uno viva en ambos.

Si Kafka es el más claro ejemplo de escritor aficionado, el más puro y el mejor, si un Stephen King o un centenar de escritores como él pueden ser ejemplos claros de escritores profesionales, tenemos el caso de un García Márquez, el aficionado que escribió *Cien años de soledad* y el profesional que escribió casi todo lo demás que lleva su firma; y entre todo lo demás hay una obra maestra llamada *Crónica de una muerte anunciada*, y una buena cantidad de relatos y novelas muy valiosos. No digamos que una categoría es buena y la otra es mala, sino que el aficionado escribe por necesidad de escribir, y el profesional por necesidad de ganar dinero. Eso no impide que a veces el aficionado termine haciendo mucho dinero, ni que el profesional a veces escriba cosas inspiradas.

Demos un paso más, y aceptemos una propuesta esteoreopada, y por tanto falsa, pero tal vez útil: el aficionado no puede convertirse en profesional, y el profesional no puede convertirse en aficionado. Si las cosas fueran tan nítidas, se haría clarísimo que la literatura escrita por aficionados debería circular libremente, sin generar derechos de autor. De ese modo se eliminaría el factor distorsionante, o sea, la editorial; el creador se comunicaría directamente con el lector, por lo general, a su vez, también un creador, por medio de ediciones baratas y de bajísimo tiraje. O a través de Internet, o del correo electrónico. Si esto parece un delirio, sin embargo es lo que viene sucediendo con la poesía, el reducto de los aficionados, amateurs por excelencia que ni sueñan con cobrar derechos de autor. Desde hace décadas la mayoría de los poetas se financia sus libritos, y ahora los publica en Internet, porque los editores descubrieron hace mucho tiempo que

{ la poesía «no se vende». (Dijo un poeta argentino, cuyo nombre ya recordaré: «la poesía no se vende porque la poesía no se vende».)

Para quienes tienen la posibilidad de navegar por Internet, aquí hay una dirección donde hay buena literatura y hasta libros gratis: <http://www.chasque.apc.org/civiles/index.html>.<sup>3</sup>

<sup>3</sup> La página ya no está disponible (N. de la e.).

104

Cómo pasa el tiempo. Parece que fue ayer cuando festejamos el número 100 de *Irrupciones*, y ahora estamos festejando el segundo aniversario (real, no virtual, ya que son exactamente 104 semanas, de modo que no importa si las fechas no coinciden para nada, ni siquiera el mes).

¿Cómo podríamos festejar este segundo aniversario? Tengo la impresión de haber agotado mi capacidad de imaginar festejos. Por ejemplo, alguien llama a la puerta. Tiene en la cabeza un gorrito de papel, amarillo brillante, con la leyenda «MUY FELIZ SEGUNDO ANIVERSARIO», aunque del texto se ve poca cosa porque las letras son grandes y rodean el gorro, que tiene la clásica forma cónica, cómica, cónica cómica no (no sé cómo resolver esto; es cómica, y es cómica, pero las dos palabras juntas no deberían ser usadas en un texto que intenta ser prolijo) (tampoco la palabra *prolijo*, pues originalmente no tiene el significado que le atribuimos entre nosotros, y si este texto lo lee algún español, o cualquiera que hable un español no rioplatense, como lo haría un mexicano, o un checo que haya estudiado español en España, o incluso en Holanda, o, no sé, tantas variantes posibles de nacionalidades y de idiomas estudiados —y si vamos a fijarnos en estas cosas, terminamos por no decir nada; es enorme la cantidad de expresiones que no se usan con propiedad, aun entre nosotros los periodistas o mejor dicho: especialmente entre nosotros los periodistas).

Entonces, las letras que se ven en el gorrito, para quien lo mira evitando caminar alrededor de él, y siempre que quien lleva el gorrito enfrente a su interlocutor sin ponerse a gilar, si es que están hablando, pues de otro modo no podría llamarles *interlocutores* (se puede presumir que estén hablando, pues no es habitual que alguien abra la puerta y se haga silencio, por más que hay sin duda muchas situaciones capaces de conducir a ese resultado. Por ejemplo, que ambos personajes sean mudos; o muy tímidos, de una timidez casi diría patológica, porque el tímido común, normal, puede intentar hablar y tartamudea, pero no se queda necesariamente mudo, salvo que el otro personaje sea demasiado imponente, como un gorila de dos metros de alto, o una mujer bellísima. Si quien llamara a la puerta fuera un adolescente y si la mujer que atendiera la puerta estuviera desnuda, el enfrentar la súbita materialización de una fantasía recurrente produciría al personaje un shock considerable) (y cuando digo *el personaje* me doy cuenta de que estoy cayendo en una ambigüedad, y alguien podría entender, en vez de lo que quiero decir, que es el adolescente quien sufre el shock). Pero en este caso cuando llaman a la puerta soy yo el que atiende (cosa de lo más improbable, ya que jamás concertaría una entrevista con alguien capaz de venir con un gorrito cónico, cónico, amarillo, aunque tuviera una leyenda alusiva al segundo aniversario) y sin embargo no me doy cuenta de que la leyenda dice «MUY FELIZ SEGUNDO ANIVERSARIO» porque no alcanzo a ver todas las letras; veo unas letras sueltas que se pierden hacia los costados y hacia la parte posterior del gorrito, pero por otra parte no parece razonable leer esas letras antes de encarar al que tocó timbre y ver si hay que saludarlo o ponerse a la defensiva, porque casi siempre los que tocan timbre no lo hacen por

un motivo altruista sino al contrario, por motivos profundamente egoístas, como se verá.

(Continuará en el próximo aniversario.)

### Literatura, literatos, libros (3/?)

Estas reflexiones acerca de la literatura y algunos de sus aspectos prácticos y sociales tuvieron su origen en una preocupación: ¿qué decir a los alumnos del taller de literatura, o a cualquier autor inédito que quiere publicar un libro, hoy, en el Uruguay?

Hace unos cuantos años la respuesta era sencilla; se trataba de elegir entre un número no demasiado grande de editoriales locales, y la respuesta podía variar de un año a otro, según los cambios observados en la política de cada una. Ahora la respuesta no es tan sencilla, y de ahí la necesidad de reflexionar sobre el tema.

La narrativa (novela, cuento) nunca tuvo, salvo excepciones, una repercusión editorial importante en cuanto a ventas: pero mal que bien se publicaba todo aquello que alcanzara cierto nivel de legibilidad e interés literario, y muchas veces sin que alcanzara ningún tipo de nivel. Si bien en algunos casos los estantes de la editorial quedaban repletos de ejemplares sin vender, ningún editor murió de hambre (ni antes, ni ahora). Después comenzaron a conjugarse factores varios (y odio invadir el terreno de los sociólogos), tales como el auge de los medios audiovisuales y la pérdida de interés por la lectura, el empobrecimiento y adelgazamiento de los estratos sociales que eran los principales consumidores

res del arte narrativo, el auge de la literatura panfletaria, las crisis institucionales y políticas, el auge del libro como fuente de información en un mundo cada vez más desconcertante, y algunas cosas más. En resumen: si habitualmente una primera edición de cualquier novela o libro de cuentos tenía un tiraje de 3.000 a 5.000 ejemplares, estos números fueron haciéndose más y más pequeños; hasta hace poco 500, y actualmente se piensa en números más pequeños, ya que las técnicas computarizadas de edición e impresión reducen los costos aun en tirajes muy reducidos.

Pero incluso este panorama reciente pertenece a un ANTES. Eso era ANTES de la invasión del mercado uruguayo por multinacionales de origen español que se dedican, entre otras cosas, a fabricar libros. Actualmente, las editoriales uruguayas directamente NO PUBLICAN NARRATIVA, salvo contadísimas excepciones. Es más: algunas de las editoriales nacionales más fuertes se agruparon en un experimento similar al de Alianza Editorial española, para editar libros bajo un sello común. Pero esta alianza tampoco publica nuevos títulos de narrativa. Y al respecto han comenzado a manejarse ciertas políticas un tanto irritantes, como por ejemplo la de no avisar directamente que no quieren narrativa y en cambio decir al autor, después de MESES de espera, que su novela o sus cuentos «no tienen nivel suficiente». O «La semana que viene te contesto», promesa que se repite de semana en semana sin que nunca aparezca una respuesta. Eso es cruel, y tiene la finalidad de desalentar al autor, para que no vaya a alimentar a las editoriales extranjeras, o para que no se edite por su cuenta creando un nuevo competidor.

Quizás los editores no saben de las sutiles y maravillosas operaciones espirituales e intelectuales que a veces

desembocan en un texto. Ellos pertenecen al mundo del dinero, y su meta es el dinero (desde luego, el dinero es la meta de cualquier empresa comercial; es la definición de una empresa comercial. Y en ese mundo, la manipulación es cosa corriente. Hasta se fabrican guerras para vender armas, de modo que no debe extrañar la crueldad de los que ven en el libro, y en su autor, nada más que productos a colocar).

Pero los autores inéditos pueden ir enterándose de estas y otras cosas y, en principio, no aceptar la crítica literaria de los editores. Luego veremos si aparece alguna solución.

### Tía X (1/2)

Si me acordara de su nombre, tendría de todos modos que cambiárselo —porque existió fuera de mi imaginación y estoy obligado a decir de ella cosas que, si bien no son extremadamente ofensivas, por lo menos no son bonitas, y en esos casos no me parece bien poner el nombre verdadero de las personas; como no me acuerdo, o no me acordaba en el momento de empezar a escribir estas líneas, la llamo *tía x* con doble razón.

En rigor no era una tía, o por lo menos no era una tía mía; tal vez fuera tía de mi madre o, mejor dicho, la esposa de un tío, o más probablemente de un primo de mi madre. Este primo pertenecía a una rama de la familia que proviene de mi abuela materna y que estuvo siempre en franca desventaja numérica ante esa otra rama, casi diría tronco, originada en mis otros tres abuelos, todos italianos, que producía una innumerable cantidad de parientes. A este primo lo llamaré François, solo para utilizar esa  $\zeta$  del teclado que tiene tan pocas oportunidades de lucirse.

No recuerdo bien las facciones de *tía x*; hoy se me superponen en la memoria con las de Eva Perón, y es posible que la memoria no se equivoque por mucho, ya que la mujer del tío François era porteña y tenía seguramente el estilo de las mujeres porteñas de esa época, que trans-

curre poco antes del auge de Perón y Evita. No puedo recordarla muy bien porque la vi pocas veces, aunque, desde cierto punto de vista, tal vez demasiadas para mi gusto, pero demasiado pocas desde otro punto de vista, ya que debe de ser delicioso poder escribir largamente y con detalle sobre un personaje así.

Toda esta rama de la familia siempre estuvo distante de nosotros, o nosotros de ellos, no solo por el hecho de que ellos eran una minoría étnica sino sobre todo porque eran los parientes ricos. Al menos, eso creíamos, y especialmente eso creía mi madre, que nunca les perdonó su riqueza; en cierto momento de su vida incluso rompió con todos ellos de modo abrupto, para siempre, y sin motivos que yo tenga muy claros. Es probable que ellos hicieran una ostentación exagerada de esa riqueza, o que su porte fuera excesivamente aristocrático; es probable que hayan golpeado a mi madre duramente en algún complejo, sentimiento de inferioridad o zona dolorida. En ese sentido, ahora se me hace bastante claro que *tía x* cumplía una función de, digamos, sutil hostigamiento.

Lo cierto es que entre esos parientes había varios profesionales universitarios; uno de ellos me atendió como dentista allá por mi adolescencia. Tenía manos grandes y fuertes pero suaves, y un trato sumamente sencillo y agradable. Se llamaba Eduardo y yo le tenía verdadero aprecio. Pero François, que probablemente fuera hermano de Eduardo, no era profesional universitario sino empleado bancario. Era gordo y pelado, blando, y con el paso de los años se hacía más blando y más fofo. También con el paso de los años iba ascendiendo jerárquicamente en su empleo, y era justamente para traernos noticias de sus as-

censos que nos visitaba *tía x*. Llegaba, y apenas cumplido el mínimo ritual de formalidades y cháchara insustancial, informaba puntualmente del nuevo cargo y del nuevo sueldo de su esposo. Después se iba.

(Concluirá la semana próxima.)



## Tía x (2/2)

Una tarde mi madre me llamó desde el jardín; el jardín estaba entre la casa del frente y la del fondo. Había llegado tía x y había dicho que me traía un regalo. Esta anécdota jamás fue olvidada por mi madre, que la relató siempre igual prácticamente hasta el fin de sus días, sin poner ni quitar nada. Al regalo, tía x lo traía dentro de uno de sus guantes (era un día gris, de otoño o de invierno; tía x tenía puestos unos guantes negros, de cuero blando, con una piel grisácea alrededor). (Recién ahora me pregunto qué estarían haciendo ahí, en ese inhóspito jardín entre dos casas, mi abuela y mi madre con la recién llegada. Había viento.) Tía x sacó el regalo del interior de un guante y me lo alcanzó; yo quedé unos instantes sin saber qué hacer, porque lo que veía en su mano era un simple boleto de ómnibus. Tardé en agarrarlo y darle las gracias, porque no entendía bien en qué consistía el regalo. Seguía esperándolo, mientras ella me miraba con aire satisfecho. (En realidad, yo tenía cantidad de boletos similares, porque el hombre que alquilaba la casa del fondo era inspector de CUTCSA y siempre me traía paquetes enteros, apretados con unas gomitas negras, gruesas.) Bueno, el regalo de tía x era ese, el boleto del ómnibus que la había traído a nuestro barrio. No había ninguna razón para quedarme ahí parado y seguir esperando.

Pocos años más tarde, tío François y tía x llegaron súbitamente en un auto que se habían comprado. Nos subieron a él, quiero decir, nos subieron al auto a mi madre, a mi abuela y a mí, y nos llevaron a pasear. Nos mostraron un terreno que se habían comprado en un lugar de loteo reciente (reciente en esos años), el Pinar, Pinamar o algo por el estilo. El terreno vacío no se diferenciaba en nada de todo el resto de bosque que habíamos estado viendo durante el viaje; nunca entendí por qué tuvimos que bajar allí y caminar de un lado a otro, mientras François respiraba fuerte y sonreía con aire de feliz propietario. Al sonreír, mostraba con orgullo un diente de oro.

Luego nos llevaron a una especie de parque privado, tal vez un club de golf o algo parecido. No cualquiera podía entrar allí; había que pasar una barrera, junto a la cual un ceromomioso portero, de uniforme blanco, anotaba el apellido del que manejaba. No recuerdo qué gracia tenía entrar a ese lugar protegido por una barrera; no recuerdo que hayamos bajado y que nos hayan invitado a tomar el té, por ejemplo, aunque es posible que así haya sucedido. No tengo memoria de que en todo el paseo hayamos bajado del coche, más que en aquella parada en el lote recién comprado.

Esa tarde, como siempre, tía x tenía un cuello de piel, una piel con unos pelos duros, negros, quién sabe de qué animal, que hacían juego con un lunar con pelos que ella tenía en la mejilla derecha, cerca del labio; pero eran los pelos del cuello de piel los que me pinchaban la cara cuando se agachaba para darme un beso. Y de tío François solo recuerdo el brillo del diente de oro, y la nuca gorda y blanca, con varios pliegues, que yo no podía dejar de observar fijamente mientras él manejaba.

(1995-1998)

## Literatura, literatos, libros (4/?)

Esta serie de reflexiones partía de la necesidad de encontrar un camino para que los escritores aficionados (*amateurs*, los que escriben por necesidad visceral) tuvieran la posibilidad de darse a conocer, al menos entre sus cofrades. Las editoriales nacionales no están publicando narrativa inédita, y al parecer tampoco lo hacen las multinacionales de origen español que han copado la plaza nacional; sospecho que no se animan a publicar autores inéditos, porque antes prefieren incluso refritos de autores con cierta trayectoria.

Lo único que aparecía como posible y deseable para estos autores inéditos era la autoedición, o la publicación en Internet —la gran solución de los poetas, que ahora se extiende a los prosistas.

\*\*\*

Paralelamente a estos artículos, hubo un breve intercambio de mensajes por correo electrónico con mi editor, Pablo Harari. Me parecía poco ético hablar de los editores en general sin decir de ellos nada demasiado agradable, y que Pablo se enterara recién al verlo publicado, de modo que le envié un adelanto. En un *mail* que responde no sin cierto enojo a mis provocativas reflexiones, dice, entre otras cosas:

«Creo que caés —por pasión— en el maniqueísmo de escritor bueno vs. editor malo. Yo te aseguro que hay, entre esos dos términos, todas las combinaciones posibles. Y debe de haber —sin dudas— editores muertos de hambre de la misma manera que debe de haber ferreteros y escultores... aparte de tantos y tantos escritores que fueron y son editores. Citás a Kafka... no creo que habríamos sabido de su existencia si no hubiera sido porque —contra sus deseos— un editor se encargó de publicar su obra.

En breve: no caigo en el maniqueísmo contrario ya que para mí lo más importante es el creador y no el editor, ya que creación siempre hubo (y habrá!) mientras que editores, al menos como los describís vos, no.

En cuanto a separar literatura de libro creo que es pertinente ya que, si así no fuera, aquello que no tuviese forma de libro no sería literatura. El problema es que los escritores tienen necesidad de ser publicados (libro, revista, web, etc.) para que su obra se realice. El soporte cambia con las épocas pero la finalidad no. La relación conflictiva creador/publicista existe desde el momento en que ambos se precisan; es un tironeo de poderes. La solución es la existencia de reglas de juego claras y justas. No está en la autoedición o en la ausencia de derechos de autor: eso es crear clubes o guetos».

\*\*\*

Más allá de alguna discrepancia, todo lo que dice Pablo es muy atendible, y lo es especialmente la reflexión de que el autor necesita del editor, cualquiera sea el soporte material del texto. En realidad, para el autor es un gran alivio no tener

que usar demasiado esa parte de la mente que se ocupa de los negocios prácticos.

La cuestión es: cómo hacemos para que el editor vuelva a cumplir su función en lo que respecta a la narrativa.

\*\*\*

En eso estábamos, cuando recibo una gran sorpresa: me llega un boletín de la editorial Trilce, dirigida por Pablo Harari, y allí veo que se comenta la existencia de esta serie de artículos e incluso se recomienda su lectura. Entre otras cosas, dice Pablo: «... coincidimos en lo esencial: hay que dar oportunidades para que sean editados quienes nunca lo han hecho antes, superando el "mercantilismo" de la industria editorial».

De modo que en este panorama no todo es tinieblas, y entre los editores hay algún caballero... Es cuestión de seguir pensando y dialogando.

Hay, en el balneario, una niña de cinco o seis años ante una enorme máquina tragamonedas, tratando de maniobrar con unos botones para mover una grúa encerrada en una caja de vidrio. Aparentemente, con las mandíbulas de esa grúa podría atrapar una de las tantas muñequitas preciososas que se ven en el piso de la caja, y de algún modo sacarla de allí y llevársela a su casa. Bueno, la niña no lo consigue, y se la ve corriendo ansiosa y palpitante hacia el interior del local, seguramente en busca de otra ficha que le permita seguir intentando. (En este punto, podría superar el temor a lo cursi y escribir: «¿No somos todos un poco como esa niña?», lo cual, por otra parte, es rigurosamente cierto.)

Tal vez fuera posible maniobrar con los botones de modo que se pudiera conseguir una de esas muñequitas. Es obvio que la maniobra no puede ser muy sencilla, porque si lo fuera el comerciante perdería su dinero, ya que cada muñequita debe ser bastante más cara que una ficha; y se sabe que si hay una cosa que disgusta a los comerciantes, es perder dinero. Usted difícilmente los verá haciendo deliberadamente algo que los perjudique en sus economías.

Es posible también que en el mecanismo haya previstos factores de azar, que de tanto en tanto permitan obtener una muñeca con una maniobra más o menos sencilla, al alcance de una niña de cinco o seis años; pero ya estaríamos en los dominios de los juegos de azar, y aunque últimamente en

la calle se juega mucho a la mosqueta, me parece que a los particulares no les está permitido administrar ese tipo de juegos; y menos, creo yo, si está destinado a los niños.

De modo que me quedo con muchas dudas sobre este tema, del que solo tengo clarísimo un aspecto: la frustración de esa niña, que se reforzará con cada intento, y su creciente sentimiento de inferioridad.

\*\*\*

Me produce una honda tristeza cruzarme en la calle con esos pobres enfermos que gesticulan y hablan solos (lleven o no teléfono celular pegado a la oreja).

Me voy acercando a un lugar de la cuadra donde hay un taller mecánico; en la puerta siempre hay gente ociosa en reunión permanente; para mayor comodidad ponen un banquito junto al cordón de la vereda, y allí se sienta el encargado de cebar mate. A sus pies, hoy veo que hay echado un perro; cuando estoy a pocos pasos noto con gran sorpresa que ese perro es el mío. Siento una pequeña conmoción íntima, ya que jamás habría imaginado que mi perro tuviera tanta familiaridad con gente desconocida, y tan lejos de casa. Él también me reconoce, se levanta y se me acerca, moviendo la cola y con una especie de sonrisa que es casi una exclusividad suya; que yo conozca, no son tantos los perros que sonríen, sobre todo en momentos en que sonreír es adecuado.

Pero no es mi perro; ha de ser un hermano, un hijo, un primo, alguien que se le parece mucho, pero no es mi perro: este tiene unas pequeñas manchas marrones hacia la parte posterior del cuerpo, mientras que el mío es solo en blanco y negro. Además este tiene una pata lastimada desde hace tiempo, pues camina con la pata en alto, doblada, y lo hace con facilidad, sin mostrar dolor. Como sigo de largo, él vuelve a su sitio y se echa nuevamente. Me quedo pensando: ¿por qué me reconoció, si no me conocía?

—¿Viste que echaron a ...? —pongamos que el nombre fuera Lalo. Lalo era uno de los cadetes de la oficina bonaerense donde yo trabajaba.

—¿Y por qué? —pregunté, extrañado.

—No sé —respondió mi secretaria, para quien lo importante de la noticia era que lo habían echado; el porqué la dejaba indiferente—. Un problema de dinero, creo —agregó—, pero no sé bien. El que sabe es... —pongamos que se llamaba Fito, otro cadete.

Yo estaba asombrado. No podía imaginar a Lalo en algo deshonesto. Pero el ritmo bonaerense no deja mucho margen para cavilaciones, y al rato casi me había olvidado del tema. Más tarde, sin embargo, apareció Fito en su recorrida diaria por las oficinas; reponía lápices, bombitas quemadas, ese tipo de cosas; lo vi y me acordé:

—Che, me dijeron que echaron a Lalo.

—Es verdad —Fito es un flaco impagable, con un permanente rictus de humor.

—¿Pero por qué lo echaron? —pregunté yo.

—Ahora no puedo, me tengo que ir volando. Pero más tarde te cuento. Al mediodía.

Y se fue volando. Y me olvidé otra vez del asunto. Y pasó el mediodía, y pasó la tarde, y me fui para casa. Al otro día Fito se me volvió a escapar sin contarme nada («¡Hoy ni sabés cómo ando!», dijo, sacudiendo una mano para dar

énfasis, y voló). Así un día tras otro, hasta que me olvidé realmente del asunto, o dejó de interesarme, o ambas cosas.

Jueves, o viernes, tengo que salir de la oficina para cobrar un cheque. Aprovecho a caminar, porque el banco queda en una zona agradable, no en medio de la *city*, sino cerca de una plaza arbolada, con sombra y con fresco, que me gusta atravesar. Me aprovecho de la salida forzada para dar un paseo y para haraganear un poco fuera de la oficina, que no es lo mismo que haraganear adentro; haraganear afuera rinde mucho más. Hice el trámite en el banco, cobré el cheque —esas sumas que suelen cobrar los escritores, y que no dan para mucho pero tampoco se pueden dejar perder—, y salí dispuesto a repetir el paseo en sentido inverso. Pero doy dos pasos y noto que a mi derecha un gordito hace gestos teatrales, abriendo y cerrando los brazos.

—¿Usted lo vio? —me pregunta, mientras se agacha y recoge algo del suelo—. Me parece que se le cayó a aquel hombre. ¿Usted vio si se le cayó a aquel hombre? —y me muestra un impresionante fajo de billetes.

Yo, sin dejar de caminar, le digo:

—No vi nada —el gordito se pone a trotar a mi lado. Yo me siento muy, muy incómodo. Tengo miedo. No sé cómo es la maniobra, pero no me gusta.

—Lo que podemos hacer —insiste el gordito— es repararnos la mitad cada uno.

—No sé nada, no vi nada, no quiero nada —digo, tratando de quitármelo de al lado, y entro a caminar más rápido. Él parece que se resiste a admitir que las cosas no le salieron bien, y trota más velozmente junto a mí y quiere insistir con no sé qué historia, pero yo ya había llegado a la esquina y justo agarro un taxi que venía vacío. Adiós paseo.

Doy la dirección de la oficina y miro hacia atrás, pero ya no hay rastros del gordiro. Nadie me sigue. Trato de aflojarme. Me tiemblan las manos.

En la oficina encuentro a Fito sentado cómodamente en una silla, junto a mi escritorio, con todo el tiempo del mundo.

—Ahora te puedo contar la historia de Lalo —me dice—. Resulta que cayó en un cuento del tío. Fue, como siempre, a depositar al banco, y en el camino ve que un tipo encuentra un fajo enorme de billetes... El cuento viejo de repartirlos... ¡este Lalo!..., van a un baldío, viene uno que se hace pasar por cana, lo tienen que sobornar... y, mientras, le afanan la guita de la empresa, que llevaba en un sobre amarillo bajo el brazo...

Nunca llegaré a hacerme siquiera una vaga idea de cómo funcionan las cosas en el mundo —por ejemplo, qué o quién habrá determinado que Fito no me pudiera contar la anécdota mientras yo no hubiera vivido esa experiencia en carne propia.

Entre los materiales inéditos que he ido acumulando para esta columna encuentro, con fecha 15 de diciembre de 1997, una reflexión que dice, entre otras cosas:

«[...] estas *Irrupciones*, que oscilan entre la reflexión y el relato, están hechas para ser publicadas en una revista, donde los espacios no son todos míos, como en un libro, sino compartidos con multitud de autores y disciplinas, información y esparcimiento y, quíéralo yo o no lo quiera, eso determina que me mueva en cierta franja de expresión y descarte otras. Esas otras existen, y ahora que lo he descubierto, me he propuesto escribir también en ellas [...]».

En los meses siguientes fui descubriendo que no me resultaba tan fácil librarne de lo que imagino como *la mirada de los lectores*. Solo podía acceder a una inspiración condicionada por esa *franja de expresión*, y aunque una cantidad de materia prima en ebullición sigue enviando señales desde lo profundo, cada vez que intento atrapar algo en una red de palabras, indefectiblemente se me escapa, se vuelve demasiado oscuro como para que pueda traducirlo.

Tal vez el lector recuerde las reflexiones que vinieron luego, donde se hizo para mí muy importante la distinción entre escritores aficionados y profesionales. Me fui dan-

do cuenta, indirecta y paulatinamente, de que me había profesionalizado y de que temía no encontrar un camino de retorno a la escritura *amateur*.

Así, por fin llegué a la conclusión de que no debía seguir con esta columna; no puedo seguir soslayando esa necesidad imperiosa de escribir sin límites —límites que, desde luego, están en mí, ya que nadie jamás me controló ni los temas ni las formas de expresión. Lo peor del caso es que esas miradas de lectores que siento en la nuca, son miradas bondadosas. Pero también la mirada bondadosa condiciona, y no encontré la forma de seguir publicando estas *Irrupciones* sin sacrificar otras irrupciones que reclaman un lugar. De modo que... (Aquí vendría un lacrimógeno adiós y un sentido agradecimiento a los que hacen la revista y a los que la leen. El agradecimiento vale; el adiós no, ya que, como dicen el refrán, «cuando menos se espera irrumpe la liebre».)

### De vuelta

Hace un par de años suspendí esta columna, con idea de ponerme a escribir algo que parecía estar queriendo manifestarse desde adentro y que no podía sujetarse a cosas tales como plazos de entrega o esa «mirada de los lectores» que me parecía sentir en la nuca.

Pero no escribí nada.

### Aviso

Como participante del jurado de un concurso tuve acceso a un texto titulado «Camisa olvidada en un minigitorio», firmado con no recuerdo qué seudónimo. El texto, aunque con méritos suficientes, no recibió ni una mención porque predominó la opinión de que era demasiado breve. En todo este tiempo estuve tratando de identificar al autor para felicitarlo por el texto y para agradecerle de paso algunos burlones homenajes; se me ocurrió que debía de ser músico, por la arquitectura musical del texto, y estuve preguntando entre amigos músicos, pero sin éxito. Me gustaría conseguir una copia del texto para releerlo, y saber quién es el autor, y ver qué otras cosas ha escrito.

### Acerca de las mudanzas

Cada vez que cambio de domicilio, la mudanza es incompleta. Algo mío queda irremediablemente en la casa que dejé, y por eso yo nunca llego a ser del todo yo.

Eso empezó cuando tenía siete años; puedo recordar una caja de madera con algunas chucherías que para mí era un tesoro de gran valor; se me perdió cuando nos mudamos al Centro. Y también se me perdió algo íntimo, como aquella atmósfera de la tarde que entramos, mi abuela y yo, a la habitación de mi bisabuelo, que había quedado cerrada desde su muerte. Todo estaba increíblemente limpio y silencioso. Las cortinas tenían un olor particular, como un perfume vegetal, un tanto rancio, que solo estuvo en mi vida aquella tarde. Y el aire tenía una manera rara de ser transparente, como si flotara una niebla oscura pero invisible. Me veo junto a mi abuela, de pie, silenciosos, quietos. Algo mío todavía está allí.

### Auténtica irrupción

En casa de unos amigos, voy por un pequeño corredor mal iluminado. La luz difusa de un anochecer lluvioso llega desde un alto ventanal. Así es como no reparo en un bulto oscuro que hay en el piso, a mi derecha, hasta que el bulto oscuro salta hacia mí. Vivo un instante de pesadilla, porque el bulto se asemeja a un enorme murciélago, o a un vampiro de viejas películas; algo que promete un horror sin límites. Aunque también se parece a un paraguas.

Es, efectivamente, un paraguas que habían dejado abierto sobre el piso, secándose. De abajo del paraguas, y no sin

dificultad, sale la fuerza maléfica que lo impulsaba: Mishka, el gato de la casa, al parecer tan asustado como yo porque, apenas se destraba del mango, da un maullido angustiado y en tres saltos se pierde de vista.

### Mail

Le escribo a Verónica:

[...] tal vez por ese terror primitivo o por otras causas (como un aristocrático desprecio hacia los predadores y los invasores, o una especie de soberbia que se disfrazaba de humildad), tengo por norma (fantástica, desde luego, ya que cumplirla es imposible) hacer que mi paso por el mundo no se note, no deje huellas; vivo en mi casa como en una casa ajena, y trato de dejar las cosas en el mismo estado en que las encontré; uso suelas de goma, para que el ruido de mis pasos en la calle no altere el sueño de las niñas que duermen la siesta; jamás llamo por teléfono, si no es en respuesta a un llamado que me hayan hecho pidiendo que llame, y como verás, jamás titulo los mails porque siempre soy el que responde (el seducido, jamás el seductor). Mi héroe es Kafka: de visita en la casa de un amigo, al bajar por una escalera produjo un crujido y despertó de la siesta al padre del amigo. Kafka le habló suavemente: «Considéreme un sueño», le dijo.

Verónica responde:

Si yo tuviera una columna, publicaría eso.



Por supuesto, nunca he comprado rulemanes; para ser completamente honesto, ni siquiera estoy seguro de saber bien qué cosa es un rulemán. En el texto que sigue hablo de rulemanes para disimular la naturaleza de los objetos que realmente compré, y no porque sean de algún modo vergonzantes, que no lo son, sino para proteger la identidad del otro protagonista del relato.

### Rulemanes

En la vidriera de un comercio veo una oferta de rulemanes, de una marca que me merece confianza; el cartel dice «1 x \$20, 10 x \$150». Entro y me acerco al mostrador. Un adolescente ve cómo me acerco y en sus ojos se refleja algo parecido al dolor moral. Cuando quedamos frente a frente, el mostrador de por medio, avanza un poco los labios, separa apenas los dientes, y emite un sonido que no sé interpretar. Le digo:

—Quiero diez rulemanes.

El joven va hasta un estante y toma un rulemán. Me lo muestra, y dice:

—Veinte pesos.

Sacudo la cabeza.

—Diez. Quiero diez rulemanes.

Me mira con cierto desprecio, seguramente pensando que cambié de idea, que por qué no se lo dije antes, y ahora lo hago trabajar de más, caminar de más ese metro y medio de ida y ese metro y medio de vuelta que lo separan del estante. Lo veo contar trabajosamente diez rulemanes y tratar de tomarlos con ambas manos, pero la pila es demasiado grande y tiene que hacer verdaderos malabarismos para llegar al mostrador sin que se le desarme. Lo consigo. Los deja sobre el mostrador.

—¿Por qué no me das directamente una caja? —le pregunto, porque siempre son una garantía las cajas cerradas, como vienen de fábrica, y además si se abren con cuidado después resultan útiles para conservar los rulemanes usados. Él me mira con tristeza, y me explica que no, que las cajas las abren, y se rompen al abrirlas, y se tiran.

—Está bien —concedo.

—Se los pongo en una bolsita —me ofrece generosamente como solución.

—Está bien, está bien —le digo.

Ahora tiene que manejar una computadora para registrar la venta. Todos sabemos que manejar una computadora no es tarea sencilla. Le lleva algunos minutos.

—Pase por la caja —dice luego—. Son doscientos pesos.

—No —respondo—. Ciento cincuenta.

Su expresión dice claramente que yo estoy tratando de abusarme de su buena voluntad. Queda mudo, mirándome, con una mirada llena de reproches. Pero en su actitud también hay estoicismo; aprieta los dientes y adelanta el mentón desafiante, y me resulta evidente que resistirá hasta el fin mi intento de estafa.

—En la vidriera hay una oferta —explico—. Uno, por veinte pesos; diez por ciento cincuenta.

Él marcha hacia la vidriera; no se dejará engatusar así nomás, aunque se vea obligado a caminar diez o doce pasos. Cuando llega a la vidriera mira en derredor. Hay muchos objetos, de distintos tamaños y colores. No es fácil orientarse. Trato de ayudarlo.

—Ahí está —le digo, señalando el cartel de la oferta.

Él lo mira, asiente con la cabeza, y retorna a su puesto detrás del mostrador. Allí mira la computadora y murmura, como para sí, «esa oferta es por caja», y devuelve al estante la pila inestable de diez rulemanes. Esta operación es mucho más difícil que la anterior, ya que acomodar diez rulemanes sobre una pila de rulemanes no es lo mismo que quitarlos de allí y dejarlos sobre el ancho mostrador. Luego parece recordar que cajas no quedan, de modo que se encuentra con un problema insoluble. Reflexiona. Concluye que es preciso caminar unos cuantos metros más y consultar con el patrón, que se encuentra atareado en otro mostrador. Va hasta allí, intercambia con él algunas palabras, y vuelve. Se pone a abrir y cerrar unas pueritas que hay debajo de los mostradores, presumiblemente buscando cajas. No encuentra nada. Tras una nueva reflexión, se dirige al estante, vuelve a contar diez rulemanes y regresa haciendo malabarismos con la pila que, nuevamente, es depositada sana y salva sobre el mostrador. Luego va hasta la vidriera y hace deslizar unos centímetros un gran vidrio. Este vidrio cierra la cara que da al interior del local. El joven calcula cómo hacer para llegar hasta las cajas vacías que están de muestra.

La cosa tiene su riesgo; como ya he dicho, el piso de la vidriera está lleno de objetos, y habría que apartarlos, o bien caminar entre ellos con sumo cuidado; pero además el piso de la vidriera es un poco alto, de modo que habría que usar un banquito, o una escalerita, para subir dignamente hasta allí en

lugar de trepar. Sea lo que fuere que piensa, mientras la mano sigue aferrada al vidrio que ha movido recién, se ve que la perspectiva de alcanzar esas cajas no le resulta estimulante; más bien parece que ha tropezado con un nuevo problema insoluble. Vuelve la cabeza, me mira y casi sollozando me pregunta:

—¿Tiene que ser una caja?

—No, no —lo tranquilizo—. Una bolsita está bien.

Él sonrío, aliviado, y me mira casi con afecto; parece no recordar que el tema de la bolsita ya había sido tratado y resuelto favorablemente unos minutos antes. Haciendo gala de un arrebato de dinamismo juvenil, cierra el vidrio de golpe. Se oye un apagado quejido lastimoso. Había olvidado retirar a tiempo los dedos.

Va hacia la computadora agarrándose la mano izquierda con la derecha. Su rostro expresa una enorme congoja. Descansa un instante, trata de sobreponerse, ordena sus ideas, y por fin decide realizar de nuevo las complicadas operaciones cibernéticas. Un dedo va marcando tecla a tecla los signos necesarios.

En ese preciso momento se acerca otro cliente y le hace una complicada historia de cierta mercadería que había reservado y que pasará a buscar al día siguiente, a las once de la mañana. Es un hombre seguro de sí mismo, enérgico y autoritario. Le dice al joven que escriba claramente ahí, en una boleta que está apoyada sobre el mostrador, «once de la mañana». El joven no responde; no parece oírlo ni tener la menor consciencia de que alguien esté dirigiéndose a él; está totalmente concentrado en sus operaciones, casi en trance. Al cliente no parece preocuparle que lo oigan o no; repite «a las once» y se va con paso elástico y alegre.

Yo estoy seguro de que al día siguiente, a las once, habrá problemas.

### Confesión, descubrimiento y polémica (I)

Esta historia tiene tres partes; por razones de espacio se publicarán separadas. La primera parte narra una anécdota personal. La segunda, da cuenta de lo que considero un interesante descubrimiento en un tema literario. La última (que en rigor no es una polémica) muestra un intercambio de opiniones sobre el tema anterior.

#### I) Confesión

Estoy pasando una temporada en casa de una familia amiga. El dueño de casa es un bibliófilo, o bibliómano. Contra la mayoría de las paredes, y aun donde no hay paredes, separando ambientes hay cantidad de estantes repletos de libros. Los libros refieren a diferentes temas, aunque en su mayoría parecen orientados hacia temas de historia americana. Mala suerte.

Sin embargo, en una estantería enorme hay gran cantidad de volúmenes de pura literatura, y si bien descubro muchos autores que no me despiertan el menor interés, también hay muchos de mis favoritos. Mala suerte otra vez: casi todos los libros son ediciones de lujo, obras completas u obras escogidas, y están en un estado impecable.

Nunca podré saber si mi amigo ha leído o no todos esos libros, o cuántos ha leído; probablemente los lee con mucho

cuidado, cosa que a mí me resulta imposible. Cuando estoy leyendo entro en un estado como de trance y no soy capaz de mantener el control. Los doblo, los manoseo; incluso me produce gran placer sentirlos crujiir cuando los abro, aunque bien sé que el crujido indica que se ha roto la pasta a veces muy rígida que mantiene las hojas pegadas contra el lomo; a veces es el propio lomo lo que cruje, y por ese mismo acto se crea en el lomo una línea visible de cartulina plegada.

Por otra parte, me desagrada manejar volúmenes de gran tamaño, e incluso el lujo de una edición conspira contra el disfrute de la lectura. Me gustan los libros viejos, y en esta biblioteca es difícil encontrar alguno. Los hay, sin embargo, y me alivia descubrirlos. Durante unos días me limito a leer los cuentos de O. Henry, a veces un tanto empalagosos pero siempre placenteros, en un tomo que no es nuevo ni tiene mayores pretensiones; y releo una novela de Jorge Ibarngoitia, y relatos de Melville. Pero en determinado momento no me puedo resistir a un libro que desde un principio me llamaba a gritos: es un volumen impecable con relatos de Faulkner. Se titula así, *Relatos*, y por la contratapa me entero de que contiene las versiones primitivas de relatos que luego fueron incorporados a novelas, o que nunca habían aparecido en libros, sino en revistas o, finalmente, que nunca habían sido publicados. Echo una ojeada a la traducción, y por unas cuantas líneas me hago la idea de que es excelente; y ya me ha atrapado la magia de Faulkner, y no sin culpa me apodero del libro y lo llevo a mi cuarto. Me prometo cuidarlo.

Lo cuido bastante, pero cuando termino de leerlo, después de muchos días de deleite, el lomo amarillo muestra inequívocos rastros de que alguien lo ha leído, y de que ese alguien no lo ha tratado con todo el cuidado que habría

sido deseable. Antes de devolverlo a su estante trato de arreglarlo un poco; no se puede, desde luego, pero algo consigo disimular de esas marcas delatoras, golpeando el lomo con fuerza contra una mesa, como para plancharlo, y luego colocándolo a presión en su lugar, sin hacerle un sitio cómodo, de modo que los otros libros lo empujen y mantengan el lomo de este tirante, y así los feos pliegues verticales se vean menos. Una especie de *lifting*.

No le digo nada a mi amigo. Pasan los días y él tampoco me dice nada. Pienso que salí bastante bien parado de la situación, pero ahora me siento culpable y me autodenuncio poniendo por escrito la historia de mi censurable actitud.

### Confesión, descubrimiento y polémica (II)

En el número anterior se publicó la primera parte de esta serie de tres. Ahí narraba una anécdota personal que no hace falta conocer para leer esta segunda entrega. Basta saber que había estado manipulando un libro de William Faulkner titulado *Relatos*. En ese libro se recogen varias narraciones publicadas en revistas y que fueron posteriormente adaptadas por su autor como capítulos de novelas, otras que solo aparecieron en revistas, y algunas inéditas.

### II) Descubrimiento

Entre el comienzo y el final de la anécdota narrada, léi, por supuesto, el libro de Faulkner. Y además de disfrutar intensamente de la lectura, al irme aproximando a las páginas finales del libro me llevé una sorpresa. Me encuentro con un relato titulado «Idilio en el desierto». Empiezo a leerlo... y no lo puedo creer.

Se trata de un cartero que vive en un pueblo entre montañas. Cerca de ese pueblo hay una cabaña que se alquila especialmente a enfermos de tuberculosis, pues se cree que el aire de la zona es apropiado para este tipo de enfermos. Algo en mi mente hace sonar una campanita de atención. Sigo leyendo. A través de distintos diálogos con otros personajes, el cartero va armando la historia (campanadas más

sonoras) de un hombre que llega a ese lugar y se instala en la cabaña. Una vez por semana, el cartero hace su recorrida y le lleva las cartas y también víveres y otras cosas que el hombre pudiera necesitar...

En este punto empiezo a sentir una incómoda sensación de *deja-vu*. Ese cartero me hace acordar a cierto bolichero... Pienso que ahora debería llegar una mujer. Sigo leyendo. Llega una mujer.

«¡Ah, viejo sinvergüenza!», pensé, porque este cuento de Faulkner es de 1931... y si bien yo no sabía cuándo escribió Onetti *Los adioses*, no tenía dudas de que fue mucho más tarde.

Lo que más me llama la atención es el hecho de que Onetti nunca haya comentado que se inspiró en este relato de Faulkner, al menos que yo sepa. Yo no hablaría exactamente de plagio o apropiación; a mi modesto entender, es una recreación. No sé qué habría opinado un juez en el caso de un pleito, pero desde el punto de vista artístico no me cabe la menor duda de que Onetti es inocente. Porque los temas no significan nada por sí mismos.

Aunque me parece indudable que Onetti desarrolló su historia a partir de la situación básica narrada por Faulkner, también es indudable que lo hizo a su manera (quiero decir, a la manera de Onetti); y si bien la forma fragmentaria y casi indirecta de ir acumulando los datos que arman *Los adioses* es también la forma narrativa de «Idilio en el desierto», no me parece apropiado hablar de plagio. Cuando la admiración de un autor por otro autor es muy grande, y Onetti nunca ocultó su admiración por Faulkner, al que admira de tal modo le resulta casi inconcebible que se pueda escribir de otra manera. La palabra *plagio* implica una intención delictiva, un intento de apropiación indebida; yo

creo que lo que hay en estas coincidencias debería ser llamado más bien *contagio* o, incluso, si se quiere, homenaje.

Puedo imaginar sin mayor dificultad a Onetti leyendo el cuento de Faulkner y quedándose prendido, sin poder despegarse de la historia; los personajes comienzan a vivir en su imaginación y, bueno, la única forma de librarse de ellos es escribir, él mismo, la historia. La hace suya. La mejora. Aunque «Idilio en el desierto» es un relato excelente, en mi humilde opinión *Los adioses* es mejor.

Busqué en la biblioteca de mi amigo y encontré un volumen de obras de Onetti, prologado por Rodríguez Monegal. Rodríguez Monegal cita abundantemente la influencia de Faulkner en Onetti, pero siempre a grandes rasgos; no señala este caso particular. ¿Me encontraba yo ante un hecho ignorado por los especialistas?

Me dispuse a comunicar mi hallazgo a uno de estos especialistas, mi amigo Hugo Verani; había sido justamente Hugo quien me convenciera, unos cuantos años atrás, de la imperiosa necesidad de leer todo lo de Onetti (y apoyó este trabajo de convencimiento obsequiándome una hermosa edición de *La vida breve* que encontró en la feria de Tristán Narvaja).

Me quedé pensando si realmente Onetti nunca habría dicho que se inspiró en «Idilio en el desierto» y, en ese caso, por qué no lo dijo. La verdad es que *Los adioses* permite muchas preguntas, porque hay muchas cosas que no están dichas y que generaron varias especulaciones entre algunos críticos. Y el Viejo disfrutaba con esas especulaciones, y disfrutaba mucho más guardándose las respuestas definitivas. Tal vez se guardó este dato para darles a los críticos el placer de descubrirlo algún día.

### Reflexión trasnochada

Un campeón mundial de ajedrez perdió una partida contra una computadora.

Un campeón olímpico perdió una carrera contra un automóvil.

Mi sobrino es incapaz de dar la hora con la exactitud de un reloj.

El ser humano ha sido superado por las máquinas.

### Confesión, descubrimiento y polémica (III)

En un número anterior se publicó la segunda parte de esta serie; allí daba cuenta de mi descubrimiento de que, aparentemente, Onetti había escrito su extraordinaria novela *Los adioses* a partir de un relato de William Faulkner, titulado «Idilio en el desierto». Decidí comunicar mi descubrimiento a Hugo Verani, quien en ese entonces, y desde hacía muchos años, se desempeñaba como profesor de literatura y español en una universidad norteamericana. Verani ha escrito entre otras cosas uno de los mejores libros, si no el mejor, acerca de la obra de Onetti: *Onetti: el ritual de la impostura*.

En esta última parte, titulada sin mucha propiedad *Polémica*, transcribo casi textualmente y, con la debida autorización, fragmentos de los mensajes intercambiados, por correo electrónico, con el profesor Hugo Verani.

### III) Polémica

Le envío a Hugo, pues, un mail urgente dando cuenta de mi hallazgo:

[...] *estoy lejos de mis libros, aunque no definitivamente separado de ellos; momentáneamente, entonces, no tengo acceso a tu libro sobre Onetti, por lo que no puedo com-*

probar si esto será una novedad para vos. Supongo que no, pero por las dudas... Resulta que mi amigo tiene en su biblioteca un formidable libro de relatos de Faulkner, y allí encontré «Idilio en el desierto» (no figura título en inglés; relato escrito allá por 1930). Es Los adioses o, mejor dicho, el borrador de Los adioses. El Viejo lo adaptó al uruguayo y lo mejoró infinitamente, pero al parecer nunca dijo que era una traducción de Faulkner.

Recibo pronta respuesta de mi amigo:

Ni idea tenía de ese relato. Lo busqué y es muy poco conocido. Se llama igual que en español «Idyll in the desert» y es de 1931. Lo leeré muy pronto, sin duda, si está recogido en sus cuentos completos. Hay una sola edición, por separado, que no está en la biblioteca, pero se puede conseguir. ¿No exagras? ¿Traducción? Si te interesa te envío el original en inglés. ¿Vas a publicar el descubrimiento o me regalás el dato?

Bueno, muy contento de haber podido retribuir a mi amigo algo de lo mucho que recibí de él, respondo en seguida:

Te lo regalo, maestro. Me alegra mucho poder hacerle un aporte en lo que es tu tema. Lo de «traducción» es en un sentido amplio, pero no creas que exagero. (Yo siempre pensé que La ciudad era una especie de traducción de Kafka al uruguayo, pero en este caso las similitudes permitirían casi hablar de plagio o, más bien, de una relación similar a la del guión de una película con el libro original: adaptación al medio, variantes argumentales que lo hagan más apropiado para cierto público, ese tipo de cosas. Ya verás.)

Cautelosa respuesta de Hugo:

Veremos, veremos. Acabo de conseguir el texto en inglés (que supongo es lo que leyó el Viejo, ya que «Idilio en el desierto» es prácticamente desconocido, aunque pudo haber sido traducido en su momento), y lo leeré con cuidado este fin de semana.

Yo no me bajo del caballo; le escribo simplemente:

«¡Ya verás!»

Y me pongo a esperar que pase el fin de semana. Y pasa, y pasa otro fin de semana, y no tengo noticias de mi amigo. Preocupado, le escribo preguntando qué sucede, y después de unos días me entero de que había sido atacado por un virus furibundo que lo tuvo a maltraer. Finalmente, después de larga espera, me llega el veredicto:

Parece que los escritores tienen radares especiales o, tal vez, muchísima imaginación, lo más probable. Leí dos veces «Idyll in the Desert» y no veo las similitudes con Los adioses. Esta novela, como todo lo de Onetti es faulkneriana, como lo primero de Levrero es kafkeano, pero de allí a hablar de traducción, plagio, etcétera... en ambos casos, me parece una exageración. Hay algunos ecos, que se pueden encontrar en muchas obras del primer Onetti. Me gustaría saber cómo llegás a esas conclusiones, sería para mí una fascinante lección de un proceso creativo. O un gran juego imaginativo. De todos modos, interesante y valioso. Ilustrame, maestro.

Y así se entró en la polémica, que por ahora no llegó muy lejos. Respondo:

*Me extraña, profesor, que no hayas advertido que una obra sale de la otra. No hablé estrictamente de plagio; es una remake, una traducción en un sentido muy amplio, una adaptación.*

*Contestando a tu pregunta acerca de cómo llegué a mis conclusiones: agarré la máquina de escribir y describí en pocas líneas el argumento de Faulkner. Luego describí en pocas líneas el argumento de Onetti. Luego describí el mé-todo narrativo de uno y de otro. Después comparé.*

Ahí me acordé de que le había cedido el honor de publicar el descubrimiento, y como parecía evidente que no lo iba a utilizar, agregué: «¿Entonces puedo recuperar el derecho a publicarlo?»

Después siguen unas líneas ajenas al tema y al final, por las dudas, agregó una posdata:

*PS: me interesa mucho que me contestes si renunciás a publicar el descubrimiento. Por favor, no se lo entregues a [aquí el nombre de un crítico que no me cae simpático] mientras no lo haya publicado yo.*

Con tono reposado, llega la respuesta de Hugo:

*Por supuesto, maestro, con la condición de que me envíes una copia de tu trabajo cuando se publique. No te preocupes, no se lo menciono a [y aquí el nombre del crítico].*

*En cuanto pueda haré ese ejercicio que me sugerís, para aprender, pero espero leerlo en tu artículo.*

Y eso es todo. Pasó más de un año, y recién estoy cumpliendo con mi promesa de publicación. Le di esta forma anecdótica, y no ensayística, porque me da mucha pereza tratar de encatarlo con la seriedad académica que el tema merecería; me faltan las herramientas necesarias y, sobre todo, la vocación; si estoy en un error, que sea entonces la historia de un error, y no un ensayo chapucero y encima equivocado.

Espero que desde este momento la polémica se genere. ¿Es plagio, es remake, es traducción en un sentido amplio, es un eco casi inaudible? ¿O se trata simplemente de una pequeña casualidad o, más simplemente aún, de una fabulación de mi mente enferma?

*(Fin de Confesión, descubrimiento y polémica.)*



Estoy en el dormitorio, pedaleando en la bicicleta fija. Miro por la ventana, para distraerme del cuentakilómetros; si lo miro, me parece que va muy lento, que no se mueve. En realidad el ejercicio no me disgusta, pero me provoca ansiedad porque lo hago siempre al levantarme y entonces pienso en el desayuno y en fumar y me parece que pedaleo en esa bicicleta es perder el tiempo. Miro por la ventana y veo esa hermosa callecita y las azoteas, y al fondo un sector del puerto, y a mi derecha una araña en la pared. Es la pared posterior de un edificio que está en la vereda de enfrente del edificio donde vivo, pero no muy lejos porque nos separa un callejón estrecho. Esa pared es gris, uniforme, monótona, con apenas una ventanita enrejada y multitud de pequeñas manchas oscuras como de alquitrán o de humedad. Una de esas manchitas tiene un color ligeramente distinto, y patas. Es una araña. Me sobresalto, porque justamente ayer de noche se me ocurrió pensar que por la ventana de mi dormitorio, que dejo abierta durante el día, podría entrar alguna araña. Y si ahora hay una araña en la pared de enfrente, muy bien podría haber arañas en la pared de mi edificio y muy bien esas arañas podrían entrar por la ventana. Es más: podrían haber entrado y estar ocultas en el dormitorio. Ya no volveré a dormir tranquilo.

Pero esa araña del edificio de enfrente podría no ser una araña; podría ser una manchita oscura un poco distinta, y las

patas podrían ser manchitas todavía más pequeñas, distribuidas de tal forma que me parecen patas. La araña puede ser muy bien una construcción de mi mente porque ayer pensé en arañas. Tengo que estar alerta y ver si se mueve, aunque a veces las arañas se quedan quietas durante mucho tiempo.

Mejor trato de olvidarme del asunto por hoy, y ver qué pasa mañana, si todavía está allí. Justo frente a mí hay algunas palomas en un pretil de azotea de ese mismo edificio de la araña. No hacen nada; están allí paradas. Una se revisa las plumas. Las otras parecen dormir, o simplemente descansar. Me pregunto si las palomas comerán arañas. Creo que no. Las palomas no sirven para nada.

Me bajo de la bicicleta y voy a buscar los lentes de mirar lejos. Miro ahora con los lentes puestos y la araña sigue siendo una araña o, quizás, una manchita especial de esa pared. Nada que hacer. Mejor ahora me olvido y mañana me fijo otra vez.

18:00, aproximadamente. Voy a mirar, y la araña sigue ahí.  
19:00. Sigue ahí.

19:50. Sigue ahí, pero ya no parece una araña. Apenas hay un poco de luz natural. Las sombras difuminan las manchas de la pared. La araña es más oscura que el resto, pero ahora no se le ven las patas. Me pregunto cuánto tiempo puede estar una araña sin moverse. ¿Horas, días? ¿Semanas? ¿Meses? Me pregunto cuánto tiempo debo esperar para alcanzar la certidumbre incontestable de que eso que hay ahí no es una araña, sino una mancha. Tal vez en Internet pueda conseguir información sobre los hábitos de las arañas. Mi vida se vuelve más difícil cada día.

Antes de dormir. Pienso en la araña. Después de todo, pienso, mi preocupación por la araña de ahí enfrente solo

tiene sentido porque ayer había pensado que podrían entrar arañas a mi dormitorio por la ventana abierta. Muy bien. Supongamos que no es una mancha, sino realmente una araña. Ello no significa que necesariamente haya una legión de arañas ahí afuera, esperando condiciones apropiadas para meterse en mi cuarto. Si en vez de haber visto una araña, si es que se trata realmente de una araña, hubiera visto, digamos, cincuenta, o treinta, o incluso tres o cuatro, sería lógico pensar en una invasión de arañas en la zona y entonces mi aprensión tendría sentido. Pero un solo ejemplar no es mayormente significativo. Hay mil motivos para que un bicho aislado haya ido a parar ahí. Por otra parte, si no es una araña, si solo se trata de una manchita más, ¿acaso por ese motivo debo quedarme tranquilo, con la seguridad de que no va entrar ninguna araña por mi ventana? Desde luego que no. Por lo tanto, no tiene sentido mi preocupación por averiguar la naturaleza exacta de eso que he visto en la pared. Hay cosas que pueden entrar en cualquier momento, incluso ladrones. O el gato de los vecinos; ya sucedió que una vez entrara por el balcón. Corrí hasta el dormitorio y se metió bajo la cama. Tuve que llamar a los vecinos para que lo sacaran. Del mismo modo podrían entrar ratones, o ratas. Claro que el gato anda a menudo por los pretilos y los balcones. Pero *a menudo* no es *siempre*, y las ratas son veloces. Cucarachas. Moscas. Todas las tardes entran tres o cuatro moscas. Me pregunto por qué tres o cuatro, y no una, o ninguna, o dos, o veinte. Tiene que haber razones para ese número casi constante. Es posible que haya una relación matemática entre el número de moscas que andan por ahí afuera y el número de moscas que se sienten cómodas en mi dormitorio. En el viejo apartamento había más moscas: cinco o seis. Es cierto que la ventana era más grande y la

habitación también era un poco más grande. Pero si hubiera una gran, gran cantidad de moscas ahí afuera, seguramente serían más las que se meterían en mi dormitorio, aunque no estuvieran tan cómodas. No sé si alguien habrá investigado este tema; me resulta muy interesante. Tiene que existir alguna fórmula muy precisa, por ejemplo  $cm = tm/td$  (donde  $cm =$  cantidad de moscas que entran al dormitorio,  $tm =$  total de moscas,  $td =$  tamaño del dormitorio). Claro que también habría que determinar a qué volumen de espacio se refiere  $tm$ . Para ello habría que averiguar cuál es el radio de acción habitual de una mosca, es decir, cuánto pueden alejarse de determinado punto inicial al cabo de unas horas. De ese modo, conociendo la cantidad en un momento dado y en un espacio dado, se puede hacer un cálculo de probabilidades para las horas siguientes. También habría que incluir en la fórmula el tamaño de la ventana; me parece que eso debe de influir bastante. A veces también pienso que la cantidad de moscas es constante en mi dormitorio porque son siempre las mismas... pero no puede ser: a la caída del sol se van por la misma ventana que usaron para entrar. A menudo las he visto cómo se van. Y en ese momento, o un poco más tarde, entran los mosquitos y me pican. Entonces cierro la ventana y echo flit. También está el problema de los bichos canasta... de la termodinámica... de los moluscos...

Me dormí.

Al otro día. Lo primero que hago al levantarme es subir la persiana y mirar hacia la pared de enfrente. La araña ya no está.

El espanto en el silencio de la madrugada. Tangenciales, se mueven cerca, imposible mirarlas de frente, dan vueltas, evolucionan, desaparecen, nunca estuvieron. Difícil poder diferenciarlas de intuiciones o emociones o impulsos propios, aunque hace tiempo que no puedo conformarme con esto de propio o ajeno cuando se trata de fenómenos psicológicos; todo es una zona confusa, y mi mente está confusa, y estoy tratando de aclarar mi mente, pero mi mente no es mi mente, nunca fue mi mente, nunca nada fue mío, y *mi* y *mío* solo son palabras provisionarias, como *yo*. Sudo, tengo los brazos rígidos. Hace tiempo, mucho tiempo que no escribo, que no quiero escribir porque sé que lo que quiero decir no se puede decir, y quizás no sé si quiero decirlo o decir algo; lo que quiero, concretamente, es poder ponerle un punto al pensamiento, hacer una pausa, respirar, mirar a mi alrededor, levantando la vista desde la punta de mis zapatos, levantar la vista y mirar alrededor, mirar hacia arriba, respirar, volver a mirar, y retomar un pensamiento acotado, útil, distinto, un pensamiento que pueda servirme para algo, en lugar de este telón enfermo que solo quiere velar un trasfondo enfermo CORTE: aquí aparece el nítido recuerdo de aquella noche extranjera cuando elegí esto. Ella estaba dormida, enferma y dormida, yo como siempre solo a solas con mis pensamientos, sin prestar atención casi a esos pensamientos que llamo *míos* pero que, hoy lo sé, no

puede saberse exactamente de quién son, de quiénes son, si es que son de alguien; los pensamientos parecen formularse solos, tener vida propia, como vegetales o medusas que flotan en un Internet invisible en torno de nuestras cabezas. Un Internet casi imposible de navegar, al menos para mí. Ese Internet invisible me sugiere o me lleva de esto a lo otro pero algún pensamiento debe de tener su origen en mi ser, creo yo, y otra vez este *mi* impertinente. ¿Qué es mi ser, sino un fragmento del Ser? Costumbre de pensar desde el yo, esa formación convencional y reciente, y olvidarse de lo inmenso que es el resto, y desperdiciarlo, como quien comiera un trozo de la cáscara y arrojara el resto de la ciruela a la basura.

En aquella noche extranjera me surgió una imagen que después utilicé en un libro de cuentos; dos muchachas muy jóvenes masticando un solo chicle, unidas por un hilo de chicle, y van acercando las caras, mascan el chicle, sonrientes, como pretexto para acercar las caras, y los labios se tocan y se detienen en un beso, y luego se alejan, y al alejarse, en aquella noche extranjera, al separarse los labios y alejarse las cabezas, se recorrió el telón de mi mente, con los pensamientos dibujados //eso se llama *satori*, supe después, mucho después//, como impresos, detenidos: los pensamientos se detuvieron y quedaron dibujados, eran dibujos aceptables, como caligráficos, eran como palabras escritas con *florituras*, quietas por fin, y el telón con las palabras impresas comenzó a abrirse y a mostrar el fondo, un fondo vacío, una nada perfecta, una sensación de descanso total, y entonces algo me impulsó, me obligó a elegir.

Tenía la mente clara, demasiado clara. El universo parecía suspendido, esperando mi decisión. «¿Qué debo hacer? ¿Qué debo hacer?», pensaba, pero no pensaba; era algo

que estaba dado, no un pensamiento; era una voluntad o un sentimiento, algo que estaba fuera del telón con pensamientos. No podía pensar, hasta que elegí pensar. Elegí esto. Empecé a pensar de vuelta, y hasta ahora seguí pensando, o dejándome pensar por ESO que piensa a mi alrededor y me atraviesa. Elegí esto porque creí que lo otro, aquel vacío que me permitía descansar, era la locura. Tal vez lo fuese. Tal vez haya elegido bien, pero después pensé que había elegido mal. Era, quizás, la locura, pero esto ¿qué es? Estos años... más de veinte, veinticinco, veintiséis años cargando con todo esto. Elegí por temor, lo conocido; porque, pensé, no tengo derecho a cargar con un loco a esta mujer enferma que ahora duerme a mi lado —pensé, en la noche extranjerá—. Habría sido feliz, tal vez, pero qué vida más extraña. O quizás no. Quizás ni siquiera elegí, aunque estoy seguro de que algo me obligó a elegir. Después volví muchas veces a buscar aquel vacío, pero no encontré la forma de llegar. El telón siguió corrido siempre, sin nada escrito, quieto, sin nada impreso; las palabras siguieron pasando invisibles, con el nombre de pensamientos. Palabras que forman dibujos, un trazado errático, con idas y vueltas, infinito, inútil. La mente. El espanto en el silencio de la madrugada.

El dentista me atiende a horas poco usuales, y cuando toco timbre debo esperar que baje desde su piso porque ya se ha desconectado el portero eléctrico. A veces demora unos cuantos minutos, y es inevitable que trate de entretenerme observando el entorno y que en algún momento vaya y me pare ante la vidriera de un comercio vecino, dedicado al tráfico de artículos para zapateros, y quede prendado de un cartelito muy prolijo que tienen allí. En realidad, de esa vidriera es lo único interesante, al menos para un lego en materia de zapatería. Tiene por fondo los colores de nuestra bandera, y sobre las franjas blancas se destacan unas palabras que copio textualmente sobre mi cajilla de cigarrillos:

«UN ZAPATO URUGUAYO CREA UN EMPLEO  
UN ZAPATO IMPORTADO CREA UN DESOCUPADO».

Alguna vez tendré que investigar mejor este asunto; por ahora, solo puedo especular en el vacío. Dejo de lado el problema, que suena a un acto de magia, de cómo puede hacer un simple zapato, objeto inanimado, para crear un empleo; doy por sentado que si eso dicen, así será. Pero me pregunto qué características tiene esa creación, como por ejemplo su frecuencia. Por ejemplo, mi zapato derecho, uruguayo como el izquierdo: ¿cuántos empleos crea a lo largo de su vida? ¿Uno solo? ¿Uno cada tanto? ¿Cada cuánto?

¿Cada día, cada semana, cada mes, cada año? Porque hace mucho tiempo que uso estos zapatos, y me haría feliz saber que han creado infinidad de empleos. Pero luego pienso que el cartel dice «un empleo», y es probable que quiera decir exactamente eso. Me consuelo pensando que mis zapatos han creado dos empleos, uno cada uno, y eso ya es algo.

El cartel tampoco dice qué clase de empleo crea un zapato uruguayo. Supongamos que creara un empleo público; sería nefasto. Y con la cantidad de zapatos uruguayos que andan por ahí, no habría que ir muy lejos para explicar el fenómeno de la burocracia. También podría ser que crearan empleos mal remunerados o que exigieran demasiado sacrificio. No sé; el cartelito debería ser más explícito para que uno pudiera mirar sus zapatos uruguayos con simpatía.

Por otra parte, y pensándolo bien, el cartel dice «un empleo» pero también dice «un zapato». Un zapato crea un empleo; pero eso no significa necesariamente que dos zapatos creen dos empleos; puede significar justamente todo lo contrario, que dos o más zapatos no crean ningún empleo. Porque si quisieran decir que al hacerse los zapatos en el Uruguay se crean empleos para los uruguayos, lo cual sería lógico y se entendería claramente, lo dirían. Pero no lo dicen; dicen que es un zapato lo que crea un empleo, y no dos zapatos, ni diez, ni mil, ni una cantidad indeterminada como *los zapatos*.

Y si sigo ahondando en el tema, me doy cuenta de que el cartel no dice dónde es que un zapato crea un empleo; a lo mejor no lo crea en el Uruguay, sino, por ejemplo, en Bulgaria. Es obvio debo averiguar más sobre el tema; así de improviso no logro darme cuenta de la importancia que pueda tener para quienes pergeñaron el cartel, o para sus destinatarios, que se les cree un empleo a los búlgaros o a

los mexicanos o a los asiáticos. Y el cartel tampoco dice en qué momento es que el zapato crea ese empleo, si apenas hecho, o al cabo de un tiempo, y en tal caso, de cuánto tiempo. También habría que saber en qué momento un zapato pasa a ser un zapato y deja de ser una serie de elementos como pedazos de cuero, goma, etcétera. Un cuero con forma de zapato pero que todavía no tiene pegada la suela, ¿ya puede crear un empleo, o hay que esperar a que tenga la suela pegada? O si le falta el primer lustrado, ¿es ya un zapato capaz de crear un empleo, o no? Evidentemente, el cartel es muy críptico, o muy parco.

Luego viene el tema de los zapatos importados, que crean, cada uno de ellos, un desocupado —aunque también se habla de *un* zapato importado, y quizás si se importan dos zapatos la desocupación detiene su avance. Pero si se diera el caso de que cada zapato uruguayo creara un empleo y cada zapato importado creara un desocupado, ambos en nuestro país, estaríamos ante el hecho curioso de un país con una buena cantidad de empleos (creados por zapatos uruguayos), pero con otra buena cantidad de desocupados (creados por zapatos de importación). Es decir, los empleos están, pero vacantes. A menos que los empleos se creen en un lugar y los desocupados en otro; por ejemplo, un zapato uruguayo crea un empleo en Bulgaria y un zapato importado crea un desocupado en la India. Si el zapato uruguayo creara el empleo en Uruguay, seguramente el zapato importado crearía un desocupado en el país de origen del zapato.

El cartel tampoco explica si ese desocupado que se crea es un desocupado adulto, un ser que de pronto aparece ahí, ya grande y sin ocupación, o si lo que, dentro de todo el misterio, me parecería más natural, lo que hace el zapato importado es dar a luz un bebé que, con el paso de los años

y quizás por alguna incapacidad física o mental predeterminada por el zapato, mostrará que no está en condiciones de ocupar ningún empleo. En ese caso el empleo creado por el zapato uruguayo no quedará automáticamente vacío por obra del zapato importado y esos años que pasan mientras el futuro desocupado se va desarrollando sin incidir sobre las estadísticas, dan tiempo a que los empleos creados por los zapatos uruguayos sean verdaderos empleos y no apenas un nombre carente de contenido real. Es triste que un zapato uruguayo solo pueda crear una institución, como esa del empleo, mientras que un zapato extranjero es capaz de crear un ser vivo; desocupado, es cierto, pero vivo, con todo el encanto y el misterio de la Vida. Creo que hay cierta falta de pudor, al exhibir un cartelito que delata de ese modo nuestra condición de subdesarrollo. ¿Por qué un zapato importado es capaz de crear un ser humano viviente, mientras que nuestros zapatos no pueden crear ni una mísera hormiguita?

Veo que por fin la blanca figura del dentista viene avanzando desde el ascensor; en un instante me abrirá la puerta. Me gustaría comentarle estas reflexiones, pero es sabido que a los dentistas uno solo puede escucharlos y abrir la boca sin decir palabra.

### Pequeños y grandes

De mañana temprano voy a la cocina. El sol ha comenzado a iluminar el césped y los árboles de esa amplia extensión que puede verse a través de la ventana y de la puerta abierta. El piso de la cocina aún está en sombras, y descubro que en una depresión rectangular hay un par de cucarachas, ambas muy negras y muy feas. Una está tratando de subir, como para alcanzar el nivel normal del piso. La otra está quieta. Tomo una escoba y golpeo a una y otra hasta asegurarme de que están muertas, porque si mi amiga llega a verlas es probable que quiera abandonar esta casa. Pienso en recogerlas con la pala y tirarlas afuera, pero mi atención es atraída por otro objeto que recién descubro en esa parte del piso; no sé qué es. Parece un monedero de color negro, o en todo caso una caja de material blando, como cuero; tiene, como los monederos, un cierre de bronce o material similar. Esa especie de monedero está medio abierto, y por la abertura empieza a salir un insecto. En un primer momento creo que se trata de otra cucaracha, y apronto la escoba, pero después veo que es un bicho elegante, alargado, parecido a una libélula pero de mayor tamaño y menos compacto, como formado por infinidad de pequeñas piezas finas y articuladas. El insecto se ve atontado y con dificultades para salir del monedero, como si algo lo retuviera. Renuncio a matarlo, y recojo con la pala el monedero o lo que sea y lo arrojo con bicho y todo por la ventana, hacia el pasto del fondo.

Me acerco a la puerta para admirar la mañana, justo a tiempo para ver aparecer por el costado derecho de la casa, y como si hubieran estado esperando el aterrizaje de monedero e insecto, dos elefantes; y hay un tercero que emerge desde el costado izquierdo. Caminan lenta y majestuosamente todos al mismo ritmo, y el elefante que quedaba en medio de los otros dos recoge con la trompa el monedero con el insecto y pasa a encabezar la procesión.

Cerca de allí hay una pequeña fuente circular. El elefante deposita el monedero con el insecto en el centro de la fuente, donde hay una pequeña isla de cemento cubierta de tierra y pasto descuidado. Los tres elefantes quedan detenidos por un momento, en silenciosa contemplación. Luego dan media vuelta y, tan calmadamente como habían venido, y por donde habían venido, se van.

«Hermoso y singular homenaje de lo muy grande a lo muy pequeño», pienso.

En el restaurante, por tratar de discutirle a mi mujer una de sus habituales afirmaciones absurdas, una migaja de galleta tomó el camino equivocado. Como siempre, hice lo que de niño me enseñara mi abuelo: levanté los brazos y miré al techo, mientras respiraba por la nariz y expulsaba el aire por la boca. Me ayudé con un sorbito de vino. Mi mujer se arrojó al piso. Tosí brevemente un par de veces y recuperé la respiración normal. Vi que desde una mesa vecina nos dedicaban sonrisas burlonas.

—Ya está —le dije a mi mujer—. Podés levantarte.

Ella se puso en pie sacudiéndose con las manos el vestido blanco, sin necesidad porque el piso estaba perfectamente limpio. Yo me acerqué a la mesa vecina, ocupada por dos parejas de mediana edad.

—Con el permiso de ustedes —dije, arrojándome una silla—. Adelina es un poco nerviosa, pero dentro de lo normal. En realidad hay poderosas razones para que haya hecho lo que hizo.

Vi que, aunque todavía risueños, trataban de acomodar el rostro en una expresión neutra; las dos mujeres no pudieron, sin embargo, ocultar un sentimiento de aprensión que les asomaba a los ojos. Los hombres no borraron del todo la sonrisa, y uno de ellos, el que parecía ser el de más edad, hizo un gesto de asentimiento como dándome permiso para contar la historia.

—Cuando yo era muy pequeño mi abuelo me enseñó que si uno se atora con la comida debe levantar los brazos, mirar hacia el techo, respirar hondo por la nariz y echar el aire por la boca —dije—. Siempre lo hice así, y siempre me resultó. Curiosamente, nunca conseguí que en casos parecidos nadie me hiciera caso. Se atoran, y yo digo: levánta los brazos, mirá al techo, respirá por la nariz y echá el aire por la boca, pero nadie lo hace. Sacuden obstinadamente la cabeza, me hacen señas con las manos para que me calle y siguen tosiendo. Les lloran los ojos, parece que se ahogan, pero no ceden. Nunca pude entenderlos.

»Una vez, en Chile, estábamos con mi mujer en un supermercado, cerca de las cajas, acomodando las compras en las bolsas, junto a una gran vidriera. Me atoré con saliva, simplemente con saliva. Empecé a toser y sentí que me estaba ahogando; entonces levanté los brazos, miré al techo y empecé a respirar por la nariz y echar el aire por la boca. Justo en ese momento pasaba por la puerta una pareja de policías, y uno de ellos me vio con los brazos en alto y creyó que me estaban asaltando; entró en seguida con un revólver en la mano. Se dio la casualidad de que en el supermercado había una pareja de maleantes a punto de cometer un asalto; uno de ellos creyó que el policía los había reconocido, y sacó un revólver y le disparó. Lo hirió en un costado. El otro policía, todavía en la calle, corrió a un teléfono. El herido se tomó el costado con la mano izquierda, se ocultó tras una columna y con la derecha empezó a disparar. La gente gritaba y trataba de refugiarse. Los maleantes también se refugiaron, tras góndolas distintas, y también dispararon sus armas. Nosotros estábamos fuera de la línea de fuego y nos fuimos corriendo lentamente hacia una salida lateral, que en realidad no era una salida sino la entrada de emplea-

dos. Siempre está vigilada por un portero, pero el portero también tenía un revólver y había corrido a buscar un lugar apropiado para participar en el tiroteo. Ya habíamos conseguido salir por esa entrada lateral cuando una bala fue a dar a un surtidor de nafta que había afuera, a la entrada, y hubo una gran explosión. Al ruido del tiroteo y de los gritos de la gente se sumó el de unas sirenas que se acercaban. Nosotros nos alejamos por la calle lateral, tratando de no correr para no llamar la atención. Por suerte no habíamos perdido las bolsas con las compras.

»Después nos enteramos por la televisión de que también el gerente había aparecido con un arma, y los policías que llegaban lo confundieron con un maleante y lo balearon. El fuego del surtidor de nafta se extendió hasta dos surtidores más. Esa noche hubo seis muertos y treinta y dos heridos, algunos baleados, otros pisoteados y otros quemados por el incendio, entre ellos, cuatro bomberos. La mitad del supermercado quedó en escombros. Comprenderán entonces por qué, de ahí en adelante, cada vez que yo levanto los brazos en un lugar público, Adelina en seguida se tira al suelo.

Mi tono grave y triste los había puesto serios. Me miraron sin saber qué decir. El hombre de más edad sacudía la cabeza, como para borrar las imágenes que yo le había transmitido.

—¿Por qué tuviste que inventar esa historia? —me preguntó mi mujer con un ligero tono de reproche, cuando estábamos volviendo a casa—. ¿Y se puede saber cuándo fue que estuvimos en Chile? ¿Y desde cuándo me llamo Adelina?

—¿Por qué tuviste que tirarte al piso? —repliqué—. Se reían de nosotros, como si fuéramos una pareja de cómicos. Ahora quedaron mansitos.



—Me tiré al piso porque estabas tomando vino tinto —me explicó—. ¿Te acordás de la última vez que te atoreaste cuando tomabas vino tinto? Este vestido es nuevo. Quedamos unos instantes en silencio. Después, Herminia

agregó:

—Me parece que en realidad, sí, somos una pareja de cómicos.

Ya he dicho que vive haciendo afirmaciones absurdas. Esta vez no quise entrar en otra discusión.

*Desde luego, debo decir que los personajes de este relato son imaginarios, y que cualquier similitud con personas existentes es una pura, curiosa y lamentable coincidencia.*

La mujer podría haber sido hermosa y atractiva, pero no era hermosa ni atractiva, probablemente por propia elección; había elegido dedicarse a negocios inmobiliarios, y la avidez por el dinero le daba a su mirada una frialdad repulsiva. Un poco entrada en carnes, tipo robusto, se mantenía sin embargo dentro de lo aceptable.

—Hubo un pequeño error en el aviso —me informó, mientras cerraba la puerta del negocio—. En realidad el apartamento está un poquito más abajo, sobre la calle Tal.

«Podría habérmelo dicho por teléfono y ahorrarme el viaje», pensé, pero no lo dije. Pensé, además, «Hija de una gran puta», y tampoco lo dije. Hacía meses que buscaba inútilmente un apartamento adecuado, y había sido sometido a todos los vejámenes usuales de las inmobiliarias. Es cierto que también había conocido a las infatigables excepciones, gente notablemente honesta y cordial. Pero ella no parecía contarse entre las excepciones. En ese momento debí decirle adiós. Era muy claro que había caído en una trampa, y que en adelante todo formaría parte de la trampa, incluido el apartamento; pero seguí por inercia, tratando de endulzar la frustración.

La mujer echó a andar.

—¿No tiene auto? —pregunté.

—¡No! —respondió casi con furia.

El dolorcito en el pie derecho me recordó que había tenido una torcedura. Decidí exagerar un poco, porque la mujer

caminaba muy rápido y a mí me gusta andar lentamente. Se detuvo, miró el reloj como diciéndome *apurate* y taconeó nerviosamente sobre una baldosa.

—Tengo un problema en el pie —dije, compungido, y me le acerqué rengueando—. No puedo ir muy ligero.

Torció la boca en un gesto de desagrado y siguió andando un poco más lentamente, pero siempre unos cuantos pasos adelante. Pensé que tenía aspecto de mujer casada, y ello me llevó a pensar en el marido. «¡Pobre!», exclamé para mis adentros, pero después me arrepentí; también él debía de ser un tipo desagradable.

Había que cruzar la calle. Ella se largó casi corriendo, porque se trataba de una calle muy transitada. Decidí esperar a que no pasara ningún vehículo y ella quedó pataleando en la vereda de enfrente mientras yo disfrutaba del tibio sol del atardecer. Hice con los brazos ademanes de resignación. Ella sacudió la cabeza con furia. Por fin la calle quedó despejada y pude cruzar, arrastrando patéticamente mi pie cada vez con mayor dificultad y sintiendo cómo, paralelamente a los nervios y la furia de ella, en mi interior iban creciendo el gozo y la alegría de vivir.

Por fin llegamos a la calle Tal, pero ella no dejaba de andar.

—¡Eh! —le grité, para hacerme oír desde esos metros que siempre me llevaba de ventaja—. ¿No era por acá?

—Bueno —dijo—, hay que cruzar la otra calle.

O sea que me había engañado otra vez; no quedaba esquina Tal, sino esquina Cual; y me imaginé que tampoco muy cerca de la esquina. Efectivamente: hubo que caminar casi dos cuadras enteras más. A esa altura resolví que no alquilaría el apartamento aunque fuese un palacio. Por otra parte, el barrio había ido cambiando, transformándose en una especie de páramo inhóspito. No había comercios cerca, no había

transporte a mano, y para como la calle había comenzado a hacer un pronunciado declive. Si me iba a vivir ahí, cada vez que quisiera trasladarme a algún lugar civilizado debería en primer lugar escalar una especie de cerro y, al llegar a la cumbre, seguir caminando unas cuantas cuadras.

No tuve que hacer mayores esfuerzos para renunciar al apartamento. Cuando me hizo entrar lo recorrí rápidamente, ya muy mejorado de mi mal de pie. Era un lugar infecto. Los «dos dormitorios» del aviso los habían conseguido por el expediente de levantar una pared en medio de un dormitorio de tamaño normal. La cocina se superponía astutamente con el living. Si había baño, no me di cuenta. El lugar era oscuro; la estrecha «ventana a la calle» se abría ante la copa de un plátano frondoso. Las paredes tenían la pintura gastada.

—Bueno —dije en seguida—. Ya lo vi —y empecé a moverme hacia la puerta.

—Me tiene que firmar acá —dijo, alcanzándome un papel y una birrome.

—Cómo no —respondí, e iba estampar mi firma cuando advertí una cláusula que decía, palabra más, palabra menos, que si ese apartamento era alquilado por mí o por algún pariente mío, yo tenía que pagar la comisión.

—Eh, yo no puedo firmar esto —le dije, intentando devolverle el papel.

Ella se encocoró.

—¿Cómo que no lo puede firmar? ¡Tiene que firmarlo! El apartamento puede estar en varias inmobiliarias y ahora que lo vio, usted puede ir y alquilarlo por otra inmobiliaria, y yo me pierdo la comisión.

—Usted le saca esa cláusula de los parientes, y yo se lo firmo. Yo puedo hacerme responsable de mis acciones, pero no

de lo que hagan otros. Supóngase que viene mi primo Pocho y lo alquila; ¿cómo voy a tener que pagarle yo la comisión?

Pero es inútil esperar un mínimo de sentido del humor en una mujer como esa. De inmediato la expresión se le tornó entre sospechosa y astuta.

—¿Usted está buscando apartamento para su primo? —preguntó.

—Hace años que no veo a mi primo —respondí, con cansancio.

Me siguió mirando con severidad. Es posible que, siendo como es la gente en este país, esa fuese la primera vez que alguien se negaba a firmar.

—¿Entonces no firma? —preguntó al fin.

—No, no firmo —respondí, y le entregué el papel y la birome. Hace unos años había leído dos libros de autoayuda que me vinieron muy bien. Uno se titulaba *Cuando digo no, me siento culpable*, y el otro *No diga sí cuando quiere decir no*. Uno de los libros era bastante bueno; el otro estaba cerca de la basura habitual en el género. No recuerdo cuál era cuál, ni tampoco los contenidos de ninguno de los dos, pero creo que por lo menos los títulos me ayudaron mucho. Ahora me resulta más fácil, y más cómodo, y más placentero, decir que no—. Sáquele esa cláusula y se lo firmo —insistí.

—No le saco nada —dijo, con aire enfurruñado. Se cogió de hombros y salió, taconeando. Yo la seguí escaleras abajo, alegremente. Abrió la puerta de calle, me dejó salir, salió, cerró la puerta de calle.

—Muchas gracias por mostrarme el apartamento —le dije, con toda cortesía, tratando de que en mi voz no apareciera ningún dejo burlón—. Encantado de haberla conocido.

No dijo una palabra, y se alejó cuesta arriba, siempre haciendo sonar los tacos. Justo pasaba un taxi y le hice señas. Subí, me recliné en el asiento, sonreí de oreja a oreja y pensé que, después de todo, no había perdido la tarde.

—Mi nombre es Eugenio, pero me dicen Genio —se preterpretó. Dijo la frase con algo de humor que bien podría interpretarse como una ironía ácida vertida sobre sí mismo; y en el tono había también algo del cansancio de quien ha repetido demasiado un mismo chiste.

No sé cuántas veces habré visto realmente a este Genio, pero solo recuerdo dos, y tal vez no haya habido otras: la del día en que me invitó a su casa, y la del día en que fui a su casa. Sería de mi edad, unos diez u once años. Seguramente no íbamos a la misma escuela, y no puedo imaginarme cómo apareció en mi vida, ni cómo desapareció, o por qué; aunque del porqué de la desaparición puedo intuir que se debió a que yo lo decepcioné o, más bien, a que nos decepcionamos mutuamente.

El hecho es que cuando me invitó a su casa se me creó todo un mundo de expectativas; era el acceso a un mundo desconocido, casi prohibido, con el que apenas podía atreverme a soñar. La palabra mágica que signaba a ese mundo y a la vez lo creaba, era: *mecano* (más bien *Meccano*), un juego de construcción que estuvo de moda durante muchos años. No solo era un juego caro; tenía además una serie de versiones que lo iban extendiendo y jerarquizando. Se trataba de comprar el número 1, y luego ir agregándole el 2, el 3... En uno de esos números, quizás el 4, ya aparecían los motorcitos que podían animar las construcciones. El juego

elemental consistía en una serie de varillas perforadas y tornillos con tuerca, y otra serie de pequeñas piezas especializadas, tales como ruedas y ejes para las ruedas, poleas... Se podía construir edificios, vehículos, aparatos, cualquier estructura. Muchos niños que yo conocía hablaban de sus mecánicos y yo quería tener uno, y sus actualizaciones, y poder utilizar el motor para crear estructuras móviles autónomas. Cuando me volví insoportable, mis padres me regalaron uno... pero no era un auténtico *Meccano*, el de las piezas perfectas con una terminación impecable, sino una copia barata, probable industria nacional. Los tornillos y las tuercas tenían rebabas, y las varillas perforadas también, y las varillas eran endeables y se doblaban con facilidad y hasta raspaban las manos. Además le faltaban todos aquellos artilugios complementarios y, desde luego, ni hablar de motor. El poco uso que le di confirmó a mis padres en la idea de que no valía la pena regalarme juguetes costosos, porque de todos modos yo me desinteresaba rápidamente de ellos, lo cual no es completamente cierto, aunque hay en ello un fondo de razón. Yo vivía decepcionándome de los juguetes que me compraban porque, en primer lugar, siempre eran copias absurdas de un original; pero también es cierto que el poco uso que les daba probablemente se lo hubiera dado también al original, porque la decepción estaba en otro lado: lo que yo perseguía a través de los juguetes era una mezcla de investigación y de creación mágica —algo que solo pude conseguir años más tarde a través de la literatura y, muchos años más tarde, a través de la computadora.

Genio vio el mecano trucho que me habían comprado y su cara adquirió una expresión desdenosa, algo entre la tristeza y el asco. Tocó una de las varillas endeables y movió la cabeza. Luego me habló de sus mecánicos y de otros

juguetes maravillosos que tenía. Y me invitó a su casa. Y como faltaban varios días para cumplir con esa invitación, que fue para un sábado o domingo de mañana, pasé varias noches de ansiedad, sin saber cómo contener esa premura que me oprimía el pecho.

Genio era demasiado adulto para su edad. Un tanto obeso, no muy alto, quizás asmático. Tenía modales corteses y se expresaba hasta con un exceso de corrección. Yo lo admiré desde un primer momento, y luché por no sentirme disminuido pero no lo conseguí. De su casa no conservo ningún recuerdo; sí del recorrido, ya que no estaba lejos de mi casa. Ese sábado o domingo de mañana, bastante temprano, casi diría a una hora impropia como las nueve, me encontré tocando timbre nerviosamente, con el temor de que apareciera algún adulto para decirme que no molestara. Pero fue el propio Genio quien me abrió la puerta, y estoy seguro de no haber visto a ningún otro habitante de la casa. Quizás estuvieran durmiendo. Y fuimos al cuarto de los juguetes y me encontré ante el enorme despliegue de mecánicos y otros lujos, y Genio en el medio de ellos, con las manos en los bolsillos, contemplándolo todo con aire de propietario. Nos sentamos en el suelo y me fue mostrando sus construcciones, todas de acuerdo con los modelos que se veían en un cuadernillo. Puso a funcionar un autito fabricado con aquellas varillas y aquellas ruedas y aquel motor, y el autito anduvo unos metros en línea recta. También me dio una serie de datos técnicos, acerca de los números de las actualizaciones de los mecánicos, y seguramente me habrá hecho demostraciones de sus otros juguetes. Pero mis expectativas se habían disuelto. Con el mecánico no se podía construir *aquello*, o por lo menos a Genio no se le había ocurrido construir algo distinto, algo especial, algo que no fuera una

pobre imitación de objetos existentes; ni yo hubiera podido explicarle qué era *aquello* que yo quería construir, porque yo mismo todavía lo ignoraba.

Y Genio era un niño triste, cansado de la vida, muy solo entre sus juguetes. Los juguetes formaban un muro entre nosotros, pero no solo los juguetes; éramos distintos. Nuestras respectivas soledades no tenían nada en común, nada que se pudiera compartir. No podíamos jugar. En un rato se terminó la conversación; no había de qué hablar. Me fui a mi casa. Nunca más lo vi ni supe de él, pero entre tantas y tantas cosas y personas que fueron devoradas por los agujeros negros de mi memoria, él quedó intacto; lo sigo viendo y quizás envidiando —no ya sus juguetes, sino su cortésia, su estoico cansancio, su madurez.

## Ajedrez 1

Cuando yo tenía unos doce años, mi primo Pocho, unos cuantos años mayor que yo, me enseñó a jugar al ajedrez. Él siempre fue muy buen jugador y estuvo a punto de ser campeón nacional, o al menos me lo hizo creer. Es de esos tipos capaces de prever ocho o diez movidas; yo, en mis días más brillantes, puedo prever una o dos, y con mucho riesgo de equivocarme. Una vez él definió mi estilo ante un tercero, como el de un jugador mediano (mediocre, bah) pero con algunas jugadas muy fuertes.

Creo que eso de *algunas jugadas muy fuertes* venía a cuento de la tarde en que le gané una partida. Yo jugué como siempre, un poco en babia, y de pronto me encontré ganador. Era todo un acontecimiento. Mi primo Pocho quedó unos instantes pensativo.

—Esa variante no la tenía —murmuró después, como hablando consigo mismo. Se levantó y fue hasta un ropero, cuyo contenido yo había ignorado hasta ese momento.

El ropero tenía todos sus estantes llenos de cuadernos. Cada cuaderno contenía variantes de partidas de ajedrez. Buscó el cuaderno correspondiente y anotó la variante que yo acababa de utilizar; maldito si tengo la menor idea de qué se trataba, y ni siquiera en aquel momento tenía la menor idea. Yo simplemente había movido las piezas con toda mi buena voluntad.

Esa historia de los cuadernos me dejó estupefacto, y me resolví a desentenderme del ajedrez para siempre. Seguí jugando, de tanto en tanto, a veces con verdadera pasión; todo es cuestión de encontrar un adversario adecuado. Pero eso de anotar las partidas... Eso ya sería trabajar.

## Ajedrez 2

Me sucedió jugar una partida de ajedrez contra un adversario tenazmente agresivo. Era una especie de campeón local del balneario, y solía ganar la mayoría de las partidas que jugaba. Por razones de oportunidad nunca nos habíamos enfrentado, pero nos habíamos observado cuando jugábamos con otros, y había un mutuo respeto. Lo cierto es que el hombre empezó un ataque feroz apenas pudo, y yo empecé a defenderme, y no encontraba la menor oportunidad para desarrollar mi juego; siempre tenía que sacarme de adelante una terrible amenaza. Y siguió así todo el tiempo, movida a movida, sin que yo pudiera tener una sola iniciativa. Y de pronto, sin transición, sin ningún esfuerzo de mi parte, le gané. Quiero decir: él perdió. Nunca había visto a nadie organizar con tanto entusiasmo la propia derrota.

## Minutas

«M I N U T A S» decían unas letras negras y desprolijas, sobre una pared blanca. Lo extraño del caso es que el letrero estaba a la altura de un quinto o sexto piso, en una de esas construcciones más bien pequeñas que hay en las

azoteas de los edificios altos. Me pregunté qué sentido tenía poner un letrero allá arriba; imposible verlo desde la calle.

Después vi que las letras se hamacaban con el viento, y forzando la vista pude darme cuenta de que no eran letras, sino algunos pares de medias negras, tendidos en un alambre que la distancia había vuelto invisible.

—¡Ese niño se hace el santito en la escuela, pero cuando vamos a la casa nos maltrata y nos pega! —exclamó la niña, de pie en toda su estatura, señalándome con un dedo acusador en la punta del brazo rígidamente estirado.

Yo sentí que me hundía en un pozo muy hondo: se había puesto en evidencia lo peor de mí mismo delante de toda la clase y delante de aquella maestra que me adoraba. Y la niña agregó detalles precisos: cómo le había pegado al hermano en la cabeza y lo había hecho llorar, y cómo me reía de él, y cómo a ella le había tirado del pelo, y cómo mi abuela me había defendido cuando ellos fueron a contarle, y los había echado.

Se produjo un fenómeno inexplicable, por lo menos inexplicable en aquel momento: aparte de mi bochorno, no hubo consecuencias. La clase no estalló en una algarabía infinita, la maestra no expresó ninguna opinión, nadie me habló más tarde del asunto, y fue exactamente como si no hubiera pasado nada. Yo mismo olvidé el incidente hasta el día de hoy, cuando un libro de Rosa Chacel me lo trajo mágicamente a la memoria.

No tengo idea de cómo fueron a dar a mi casa aquellos niños; no puedo imaginarme invitándolos espontáneamente. Solo los recuerdo ahí, en mi casa, como una presencia extraña, fuera de lugar. No sabía bien qué hacer con ellos. Me consta que la escena denunciada por la niña realmente

azoteas de los edificios altos. Me pregunté qué sentido tenía poner un letrero allá arriba; imposible verlo desde la calle.

Después vi que las letras se hamacaban con el viento, y forzando la vista pude darme cuenta de que no eran letras, sino algunos pares de medias negras, tendidos en un atambre que la distancia había vuelto invisible.

—¡Ese niño se hace el santito en la escuela, pero cuando vamos a la casa nos maltrata y nos pega! —exclamó la niña, de pie en toda su estatura, señalándome con un dedo acusador en la punta del brazo rígidamente estirado.

Yo sentí que me hundía en un pozo muy hondo: se había puesto en evidencia lo peor de mí mismo delante de toda la clase y delante de aquella maestra que me adoraba. Y la niña agregó detalles precisos: cómo le había pegado al hermano en la cabeza y lo había hecho llorar, y cómo me reía de él, y cómo a ella le había tirado del pelo, y cómo mi abuela me había defendido cuando ellos fueron a contarle, y los había echado.

Se produjo un fenómeno inexplicable, por lo menos inexplicable en aquel momento: aparte de mi bochorno, no hubo consecuencias. La clase no estalló en una algarabía infinita, la maestra no expresó ninguna opinión, nadie me habló más tarde del asunto, y fue exactamente como si no hubiera pasado nada. Yo mismo olvidé el incidente hasta el día de hoy, cuando un libro de Rosa Chacel me lo trajo mágicamente a la memoria.

No tengo idea de cómo fueron a dar a mi casa aquellos niños; no puedo imaginarme invitándolos espontáneamente. Solo los recuerdo ahí, en mi casa, como una presencia extraña, fuera de lugar. No sabía bien qué hacer con ellos. Me consta que la escena denunciada por la niña realmente



existió, porque recuerdo mi bochorno cuando fui denunciado públicamente, pero la escena en sí no la recuerdo, ni la recordaba en el momento de la denuncia. Mi vergüenza en ese momento fue muy grande porque me habían puesto súbitamente en evidencia no solo ante los demás, sino especialmente ante mí mismo.

Aparecían en mi casa y yo me sentía incómodo porque no era posible jugar con ellos y, por otra parte, tenían un olor desagradable. No es que fueran sucios o que verdaderamente olieran mal, lo que se entiende habitualmente por oler mal; pero sí tenían una cualidad especial que molestaba a mi olfato. Tal vez es que fueran demasiado limpios, como sucede a menudo con los chicos muy pobres, que lucen las túnicas más blancas, y las mejor planchadas, porque sus madres hacen de ello una especie de militancia en la pobreza digna. No digo que eso esté mal, ni lo digo desde el punto de vista de un rico, pero lo cierto es que esos niños no olían a baja clase media y me irritaban el nervio olfativo.

Además del olor irritante tenían una presencia irritante. El varón era un verdadero zoquete, una cosa rígida que se movía como un fantoche detrás de su hermana. Ella llevaba siempre la batuta y tanto la voz como la forma de hablar eran ásperas y desagradables. Desde mi actual experiencia de vida, podría decir que esa niña tenía una presencia cultural: uno recibía su mirada y sentía que algo no andaba bien con uno, y ella hablaba con un estilo admonitorio, citando continuamente reglas de conducta. No lo hacía desde una posición afectada, de niña bien que con voz gangosa recita triviales reglas de urbanidad, sino desde la posición del fanático religioso, dueño absoluto de una verdad revelada. Y ahí está la clave, porque la niña protegía y sobreprotegía a su hermanito, el zoquete, sacando a relucir a menudo su

vocación sacerdotal: el hermanito, a pesar de ir a una escuela pública, tenía el firme propósito de tomar un día los hábitos. O al menos alguien tenía el firme propósito de que él un día los tomara, porque a él no se le oía formular ningún propósito. Tenía una voz profunda, un vozarrón totalmente desproporcionado con sus años, y solo lo utilizaba para farfullar necesidades o para repetir las admoniciones de su hermanita haciéndole coro, o más bien con el breve desfase de un eco. Más los traigo a mi memoria y más insufribles me parecen.

—Esas revistas no son para niños —decía, por ejemplo, la niña—, y no deberías ponerlas a la vista de mi hermano.

Se refería concretamente al *Rico Tipo*, que circulaba por mi casa sin ningún pudor a pesar de sus tapas con llamativas mujeres dibujadas por Divito, y de algunas fotos de chicas en traje de baño que aparecían en páginas interiores. Yo me nutría semana a semana de quienes fueron mis verdaderos maestros en materia de cultura: César Bruto y Oski; y las chicas de las fotos no me disgustaban, pero me despertaban más admiración que ideas eróticas. Siempre fui un adorador de las figuras femeninas; mucho antes de aprender a leer me quedaba extasiado incluso con las tapas del *Para Ti*, que mostraban invariablemente un rostro de mujer serio de una mirada casta y soñadora.

—La Iglesia prohíbe que se lea *Rico Tipo* —concluía la niña.

Tampoco podíamos jugar, si es que venían a jugar; no sé a qué venían. Les mostraba un rompecabezas y se quedaban paralizados, y a lo sumo el varón trataba de encajar una pieza donde era evidente que no iba; una vez forzó una pieza, que era de cartón, y la estropeó. Cómo no iba a pegarle. Eran incapaces de usar la imaginación, o de disfrazarse, o

de resolver una adivinanza. Se movían siempre juntos, como siameses, y la única acción concreta que puedo recordar de ellos era esa capacidad de la niña para hacer observaciones culpabilizantes y la de su hermano para hacerle eco con su vozarrón.

La explicación de lo inexplicable —aquella falta de consecuencias cuando la denuncia de la niña— se me aparece ahora con absoluta nitidez. Si bien es cierto que en mi clase más de una vez hubo algarabías si yo quedaba malparado, porque el favorito de la maestra siempre cosecha odios y envidias, también es cierto que había algo que la clase debía odiar más que a mí, y ese algo era esta peligrosa pareja de fanáticos. Estoy seguro de que todos los tenían entre ojos. Y que cuando la niña trató de dejarme en evidencia, hacerme caer de mi pedestal, sumergirme en el oprobio y el descrédito público, fracasó miserablemente, porque nadie, nadie —ni siquiera la maestra, y ni siquiera mi abuela— la podía tragar. Creo que secretamente todos me aplaudieron —hasta la maestra.

Y ahora recuerdo que, al ser golpeada con los nudillos, la cabeza del futuro sacerdote sonaba a hueco.